

CAPITULO IV

ICONOGRAFÍA SOCIOCULTURAL DEL NARCOTRÁFICO

“Las manifestaciones comunicativas están insertas a **un mismo** tiempo en diversas relaciones con el mundo. La acción comunicativa se basa en un proceso cooperativo de interpretación en que los participantes se refieren **simultáneamente** a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo”

Jürgen Habermas

El estado de Sinaloa está constituido por un variado escenario social con diversificadas muestras y construcciones signílicas y culturales, expresiones, costumbres, estilos, creaciones, obras y retablos que remiten simbólicamente a la desviación social y a los transgresivos ámbitos del llamado submundo de las drogas prohibidas. En tanto rasgos, elementos, sustancia, aspectos y formulaciones de la cultura y de sus grupos y sus actores sociales, que se han venido construyendo desde hace unos cien años, desde los tiempos de la inmigración china en los alrededores del Siglo XX, tales formas aparecen y se observan en diferentes ámbitos territoriales, planos geográficos, segmentos, estratos y sectores sociales. De tal manera que en la sociedad sinaloense se han generado, reconstruido, resemantizado y extendido, aunque no necesariamente inventado, representaciones sociales, formulaciones ideológicas y prácticas cotidianas que dan cuenta de proposiciones, usanzas y creencias que tienen que ver con una cultura infiltrada y sincrética, y que se mira en términos gruesos, desde dentro de las perspectivas regionales, como una sociedad claramente estigmatizada, en función de la parafernalia de las drogas y la violencia; es un estigma que se refleja y que tiene su referencia política, sociocultural y mediática, también en las percepciones nacionales e internacionales.

Tanto en los ámbitos urbanos como en el campo, la propia población local intuye, presiente y reconoce la fuerza inherente del narcotráfico, como fenómeno que ha crecido social e históricamente, y que geográfica o espacialmente se resienten sus alcances, efectos e impactos objetivos: en función de los recursos y

bienes económicos que de múltiples maneras se han irrigado y distribuido, en distintos montos y niveles, en la economía local, y que termina por observarse de forma concreta a través de bienes materiales en individuos, familias y grupos sociales diversos. Pero también se observa el fenómeno en el ambiente hostil y sórdido, donde la sospecha es el común denominador que se vive y se respira de manera cotidiana; los aires paramilitares y parapoliciacos se padecen de manera constante en la cotidianeidad visible de la vida social --entre retenes del ejército y de los agentes policiacos federales, entre la ostentación de las armas largas y de grueso calibre-- y que también, a fuerza de la costumbre de años, lustros y décadas, se han terminado por mirar como parte de los escenarios normales de un mundo social edificado entre la desviación social y las respuestas represivas, de vigilancia y de control del sistema político hegemónico.

Los ámbitos objetivos que se identifican por medio de las acciones (producción y distribución por ejemplo de las drogas) y luego a través de los productos, recursos, satisfactores y bienes materiales que otorgan estatus o simplemente vestimenta y alimentos, encuentran su expresión en las percepciones subjetivas que los individuos construyen y reproducen sobre un mundo social en el que se debaten de manera tácita los ilegalismos de una actividad tolerada y reconocida en tal condición, contra las normas de la socialidad propia del sistema. Es decir, se reconoce la dimensión de la conflictiva situación social, pero las expresiones populares encuentran siempre justificaciones casi de índole fatalista: “qué se le va a hacer. Así se han dado las cosas para poder vivir y comer en estas tierras”. La violencia, como consecuencia de los diferentes combates que se libran en torno a la industria ilegal de las drogas, aparece como un signo distintivo de una representación social socorrida del imaginario cultural de la propia población local; unos y otros, tirios y troyanos, grupos legales e ilegales, luchan por sobrevivir y sobreponerse a una situación de perenne conflicto, de acuerdo a su perspectiva, su lógica e intereses particulares. Por supuesto, se trata de un hábitat teñido por el vigor

de la confrontación, por la intranquilidad y la desconfianza que anida como raíz fundamental de un mundo que se ha alzado a partir de una actividad eminentemente transgresiva de valores, normas y leyes. No hay un registro confiable, pero en gran cantidad de los hogares de los sectores urbanos y rurales, como símbolo del ambiente sórdido, las armas forman parte de los moblajes y utensilios de la sobrevivencia. “Por si acaso, hay que estar prevenidos”, es el comentario de un padre de familia de una pequeña rancharía de pescadores estuarinos, por los rumbos de la llamada Isla de la Piedra, al sur de Mazatlán, mientras muestra la vieja escopeta que ya no le sirve ni para cazar palomas. Reconoce que difícilmente las familias comunes podrían enfrentar, en defensa de su vida o su escaso patrimonio, a los grupos de delincuentes o a las acciones de intimidación y prepotencia, la mayor parte de las veces ilegales, de las propias policías.

Esa población sabe que, por ejemplo, no es prudente para su seguridad, referirse al tema de las drogas de manera abierta y clara, como si se hablase de beisbol, la carestía, el carnaval de Mazatlán, sus reinas o los temas políticos. A menos que se haya adquirido confianza. Pero en las ciudades y casi en cualquier poblado rural, en el imaginario colectivo se asumen como ciertas las versiones que dan cuenta de que fulano, zutano o perengano, se dedican precisamente a la siembra, al cultivo o al trasiego de las drogas, que las policías están inmiscuidas y de que “todo mundo lo sabe”. Esas actividades no se pueden ocultar, arguye don Pedro, oriundo de San Javier, un pequeño pueblo del municipio de San Ignacio, donde inclusive priva y destaca la amabilidad festiva de sus habitantes: “nos damos cuenta de a qué se dedican los hombres y sus familias por sus formas de vida, por sus derroches, por sus compras, por sus casas y por sus camionetas”. Y ejemplifica:

“Imagínate: los fines de semana los campesinos bajan de la sierra a San Ignacio en los taxis aéreos para comprar la despensa y surtirse de los bienes y alimentos que allá en las montañas no pueden cultivar, porque los cerros con sus desfiladeros y cañadas no son aptos para la

siembra de maíz, frijol y hortalizas. La tierra no da ni siquiera para los pequeños hatos de ganado. ¿Y entonces de qué viven, qué es lo que producen y cultivan y cómo es que bajan con dólares? Todo mundo sabe a qué se dedican. Pero no sólo allá arriba, sino también aquí abajo, pues resulta más redituable el cultivo de las cosas prohibidas. Y la verdad es que todos nos hacemos 'güajes' y como decía Salinas, a esos sujetos como que ni los vemos ni los oímos".¹

Los pobladores han terminado por habituarse a tales escenarios, llenos de anécdotas como las que cuenta don Ignacio Gómez, escritor de un par de libros, en ediciones de autor, sobre la historia de la sindicatura de San Javier; narra que a pesar del contexto de los alrededores, durante todo el siglo XX, sólo se tiene registrado un crimen con violencia en el poblado. "Y eso nos distingue del resto de las poblaciones de Sinaloa", anota don Nacho. Pero eso no quita, coinciden ambos, don Pedro y don Nacho en charlas por separado, que en las comunidades vecinas se viva siempre con el "Jesús en la boca", porque la de las drogas es una actividad que termina por afectar las buenas relaciones de los amigos, los conocidos y hasta de los mismos familiares, debido a las ganancias "siempre tentadoras" y al sigilo con que están obligados a conducirse los involucrados en "el negocio".

Estas impresiones y sensaciones son similares en otros lugares, como los pequeños poblados El Tecomate, San Panchito, El Roble, Mármol, El Verde, Villa Unión, El Walamo, La Concha, El Trébol, entre múltiples pueblos y rancherías de los municipios sureños de Concordia, El Rosario y Escuinapa, pero sobre todo en las demarcaciones municipales del centro de la entidad. En la vida cotidiana y en las prácticas sociales, en los bienes materiales y en las impresiones ideológicas sobre sí mismos, en la idea de Habermas², los pobladores observan y viven de forma permanente un hábitat sociocultural de intercambios comunicativos cotidianos y que se miran en las labores y faenas del campo, en las relaciones sociales y en la idea que se tiene sobre los demás. Y uno de los rasgos de distinción tiene que ver con el

¹ Don Pedro, charla con el autor.

² Jürgen Habermas (1999), **Teoría de la acción comunicativa**, Tomo II, Ed. Taurus, Madrid.

“etiquetaje” construido por la sociedad y al que la propia población ha contribuido, a partir en ocasiones de los valores entendidos, a veces directamente por la complicidad y en otras por el disimulo.

En las comunidades, ejidos y rancherías en realidad casi todos los habitantes conocen la vida y la historia de sus vecinos. Se trata de una imbricada historia de hechos, hallazgos, chismes, decires y rumores, bajo el imperio de un ambiente de conocimiento directo, pero sobre todo de medias verdades y medias mentiras, sospechas y dudas, en donde las familias y los individuos han terminado por vivir y moverse con recelo y prudencia declarativa ante los extraños, pues, por si acaso, cuidando a los demás también se protegen ellos mismos. Sin embargo, en tales pueblos, también se tiene idea sobre quiénes siembran, quiénes distribuyen de forma significativa, quiénes se dedican al “narcomenudeo” y hasta quiénes son los habituales consumidores. En muchos de los antros, cantinas y bares de los poblados y las ciudades, siempre habrá alguien encargado de las ventas a parroquianos, clientes, consumidores ocasionales y turistas. Y bajo este ambiente y hábitat de confianzas forzadas, en corto o entre amigos, suelen escucharse los recurrentes dichos populares de “Anda en malos pasos”, “Está metido en el negocio”, “Vaya usted a saber en qué cosas está metido” o “Se hizo rico de la noche a la mañana”, para referirse a vecinos y conocidos relacionados o sospechosos de estar ligados con la producción o el tráfico de drogas. Pero como ha señalado Giddens, “no está claro” que el etiquetaje tenga en realidad el efecto de fomentar las conductas desviadas. Y advierte el sociólogo que

“El comportamiento delictivo tiende a aumentar después de una condena, pero ¿es el resultado del propio etiquetaje? Puede que haya que tener en cuenta otros factores, como el aumento de la interacción con otros delincuentes o el saber de la existencia de más oportunidades para delinquir”.³

³Cfr. Anthony Giddens (2000), **Sociología**, Op. Cit., p. 240.

Los llamados “financieros” de la industria, que viven fuera por supuesto de las zonas de siembra y cultivo de enervantes, contactan y eligen a sus hombres de confianza en los poblados, y éstos son los que de manera paulatina se encargan de construir los diversos tipos de redes que llegan a involucrarse en el negocio. Y múltiples son los factores, en efecto, que tienen que ver para la incorporación de los agricultores a las fases de la producción, protección, distribución y comercio. La interacción social y comunicativa, los intercambios de experiencias, la vecindad, la confianza, las necesidades económicas, la ambición, poco a poco van incidiendo en la decisión que habrá de marcar la vida de los pobladores, quienes en general trabajarán como jornaleros en la siembra, la “pisca” o el mantenimiento de las plantaciones de dueños ajenos de marihuana o amapola, sencillamente como un medio para sobrevivir. Las oportunidades, como retos para destacar en la vida podrían estar ahí, al alcance de la mano, de la audacia y el valor, sea como sembradores, personal de mantenimiento, vigías, “burreros”, distribuidores, elementos de seguridad, guardaespaldas y sicarios especializados, y por qué no, si el destino sonríe, en un momento dado y con suerte, hasta como futuros jefes de plantaciones, grupos o de comandos. Para los jóvenes de los sectores rurales y urbanos, la sociedad les brinda muy escasas oportunidades de vivir, construir y realizar una vida favorable en el marco de los cánones convencionales.

Sin embargo, como suele ocurrir en las rutas de la industria de las drogas, las importantes ganancias serían, como siempre, en ese orden, para los contactos y líderes regionales como comisariados ejidales o síndicos, para los intermediarios y “financieros”, para los jefes policíacos y militares, para los líderes medianos de los grupos más o menos visibles del tráfico, pero principalmente para los llamados grandes “capos”, dirigentes y estrategias de esta industria oligopólica de nexos multinacionales y que despachan, bajo fachadas de progreso y formalidad

institucional, en las grandes urbes, desde sus corporaciones empresariales, industriales o comerciales legales, o desde sus oficinas políticas o públicas del estado y de diferentes regiones del país y del extranjero.

Las redes de la industria de los estupefacientes, esos retos para intentar salir de una vez por todas de la pobreza o superar las carencias y limitaciones económicas, ha tentado a centenares y miles de individuos, incluidos quienes otrora fuesen vistos como respetables ciudadanos con negocios legales, de las esferas políticas, universitarias, en donde se han involucrado hasta individuos otrora identificados como luchadores sociales, ex guerrilleros y hasta intelectuales. En este sentido, muchos han quedado marcados de por vida en función de realidades o simplemente por los decires de la **vox populi**. Una canción muy popular de los “Tucanes de Tijuana”, dice, por ejemplo que “Cuando llega el dinero/ la envidia llega con él/ y empiezan a señalarlo/ como enemigo de la ley”. Y ahí están, como protagonistas de una historia inacabada, en disímbolas empresas de rostros y fachadas múltiples, o en las cárceles del país cursando condenas por delitos federales, o bien como legado y testimonio muerto en los cementerios y tumbas de las poblaciones del estado y del país. Vecinos, conocidos, amigos y parientes, suelen ser los actores de estos guiones realistas de la historia regional.

Bajo la sombra de algunas palmeras, ficus, guayabos, limones y unos cuantos platanares, desde el patio de la casa de un pescador ribereño, que es una sombra escuálida y de chiste frente a la ruda canícula del verano inclemente, los integrantes de una familia, como tantas otras, realiza sus actividades de siempre, mientras los olores de pescado y camarones inundan el ambiente. “Uno ya está acostumbrado a las tentaciones de esas gentes”, dice un joven, quien cursa una licenciatura en la Universidad Autónoma de Sinaloa en el puerto mazatleco, pero que tiene que colaborar con su padre en las duras faenas de la pesca. Explica que por todos lados llegan las proposiciones para inmiscuirse en los caminos de las drogas, que se han

abierto y construido en rutas inverosímiles: “Desde la ciudad, desde el campo y desde el mar”, dice, en tanto insiste en sus advertencias de que por ningún motivo hablemos sobre el tema con cualquier vecino. “Es peligroso”, anota. Y puntualiza: “A menos que conozca bien a las personas y que a usted ya le tengan confianza”.

Conforme avanza la tarde, el clima se suaviza y el ambiente se relaja. En la casa están presentes las tradiciones y los nuevos tiempos de la tecnología. Imágenes e iconos de deidades y de santos comparten espacios y paredes con fotografías de cantantes y personajes, mientras desde la grabadora se escuchan los sones de la música nortea. Dentro de la casa, los niños ven la televisión. En esta ocasión, los Tigres del Norte encabezan la lista de las preferencias musicales de la familia, sin excluir a grupos más rudos como Exterminador, Los Capos de México, Los Originales de San Juan y hasta Valentín Elizalde. El joven universitario muestra un afiche que, dice, “es un mero adorno”, un collar de baqueta que descolgó de una de las paredes de su cuarto: la imagen, en escapulario, de Jesús Malverde. “Sí, sólo es porque me parece simpática su historia”, arguye, entre bromas, mientras el padre sentencia, también entre bromas: “Fue un santo muy cabrón”.

En una reciente, amplia y sistemática investigación sobre la **mafia** italiana, el historiador Giuseppe Carlo Marino, ofrece un panorama detallado sobre el proceso de gestación, surgimiento, desarrollo y consolidación de los grupos delictivos sicilianos, a los que en algún momento llega a identificar como grupos “orgánicos” (en el sentido gramsciano), de la sociedad y la cultura regionales. Destaca que la “mafiosidad” llega a constituirse como tal en virtud de los “difusos” y “tenaces” comportamientos grupales que remiten a una mentalidad vinculada al espacio y a la geografía, pero sobre todo ligado a un extendido sentimiento popular, “expresados por procesos culturales profundos y de larga data”, en donde, en relación con la honda raigambre e hibridación sociocultural entre sociedad, economía y delito, en

cierto momento, segmentos importantes del pueblo llegan a realizar “un pacto tácito con los delincuentes”. De manera que, explica el investigador italiano,

“El fenómeno mafioso se habría desarrollado a la medida de su capacidad para arraigarse en la sociedad rural y ciudadana, asegurándose, con una irregular pero capilar red organizativa (articulada en “hermandades”, “bandas” y “familias”), el control efectivo del territorio. Habría conseguido arrancar fidelidad y obediencia a los campesinos y a la plebe urbana haciendo ostentación, entre otras cosas, de la defensa del sentido común y de los valores de la cultura popular con una casi fanática adherencia a las costumbres tradicionales”.⁴

Aunque no se trata de un paralelismo entre el fenómeno italiano de Sicilia y el que ha crecido en Sinaloa, en muchos sentidos hay rasgos y características similares del derrotero que han seguido ciertos grupos delictivos sinaloenses, en particular en zonas como Badiraguato, Culiacán y San Ignacio, municipios que han destacado históricamente entre los rumbos de la transgresión y la delincuencia organizada, sobre todo los dos primeros territorios, desde las primeras décadas del siglo XX. En relación a los intereses y afinidades familiares y vecinales, bajo la impronta de las costumbres y valores como la amistad y la lealtad, se habrían de gestar y fortalecer las acciones, cada vez más socorridas y frecuentes y que se fueron haciendo habituales, entre el disimulo o la complicidad, hasta transformarse en significativas, respecto del tráfico de enervantes. En el proceso, han formado parte los gustos y las tendencias ideológicas en la región, que se han expresado, por ejemplo, a través de la música e incluso de la religión. Por lo pronto, las imágenes que se han construido en torno a la población, el campo, la sierra y las ciudades sinaloenses, difícilmente pueden quitarse de encima la vigorosa marca social que remite directamente al fenómeno de la narcocultura.

⁴ Giuseppe Carlo Marino (2002), **Historia de la mafia. Un poder en las sombras**, Ed. Vergara, Barcelona, pp. 24-36.

A) Imágenes y Valores Populares

En este sentido, se trata de una sociedad que ha asumido mediante distintos mecanismos de socialización, interacción y comunicación, a varias aristas del narcotráfico como engranes y aditamentos de sus componentes identitarios más notorios y significativos. En el largo y subversivo lapso de alrededor de un siglo, toda esa carga simbólica ha surgido y se ha desarrollado históricamente tanto desde las entrañas populares como desde las mediaciones de la industria de la comunicación. Y muchos de los artículos de la cultura de masas se han nutrido de los afluentes del pasado y las tradiciones, como de las innovaciones propias del presente, alusivas a las transformaciones, los cambios y los nuevos rumbos pautados por la industrialización, el progreso y la globalización. Lo rural y lo urbano con sus inclinaciones *kistch* y *camp*, la tradición y la modernidad, el folclor y la tecnología, han terminado por decantarse en un mosaico cultural abigarrado de tendencias espectaculares y expresionistas, pero que no ha soslayado tampoco los detalles llamativos e impresionistas, como elementos efervescentes y festivos de una población ligada orgánicamente a un territorio con características culturales, folclóricas y cotidianas visibles y reconocibles.

Lo anterior incluye, en lo que concierne a las formas objetivadas de la cultura, a ciertas costumbres y hábitos comunes que son como muestrarios factuales; vestimenta y moda; afiches, enseres y adornos simbólicos personales; medios de transporte; anuncios, logotipos, retablos y eslogans de negocios y comercios, leyendas y grafitis de barrio; festividades cíclicas, de santos patronales populares y conmemoraciones de calendario; ritualizaciones de muchedumbres y masas en torno al ocio, el espectáculo, la farándula, el esparcimiento, el entretenimiento, el gozo, la fiesta y la diversión; relaciones, vínculos y prácticas familiares, grupales y vecinales; lenguaje y dinámicas básicas de comunicación interpersonal; hasta las propias elaboraciones relativas a literatura, música, teatro, arte pictórico, artesanía,

que se reiteran además en la comunicación mediática, pasando por algunas edificaciones peculiares, híbridas, de una arquitectura urbana y rural de ostentosos relieves, y que se extienden y concretan en los mismos estilos arquitectónicos referenciales de la muerte a través de cementerios, panteones, tumbas y mausoleos. Se trata del hábitat construido social e históricamente por una población determinada, sustentado además en el sentido de pertenencia a una región. En las formulaciones iconográficas se ponen de manifiesto y llaman la atención varias características distintivas de una sociedad específica, ubicada en una región determinada, en la que resultan destacables detalles y elementos compulsivos, iconoclastas, y muchas veces escatológicos, como una densa manifestación descriptiva de lo sociocultural.

En tratándose de las manifestaciones subjetivadas o interiorizadas de la cultura, las que por supuesto tienen que ver con la ideología y las representaciones sociales, conviene hacer notar que se encuentran estrechamente ligadas a las formas o realizaciones objetivadas, como expresiones y extensiones dialécticas; las primeras, que están constituidas como creencias, valores y pensamientos, encuentran su referencia, expresión y cristalización, aunque de manera oblicua e indirecta, en la diversidad de los artículos, los productos, la vestimenta, la moda, los gustos, la apariencia y las usanzas de los grupos y los individuos de la sociedad y la cultura de masas. Aunque son aspectos de más compleja aprehensión en tanto que constituyen elementos no tangibles, ni concretos, sin embargo los aspectos subjetivos se reflejan inevitablemente en los comportamientos y las actitudes individuales, grupales y colectivos. Las creencias, los conocimientos populares, los mitos y las leyendas, los valores y la ideología como componentes de una cultura, terminan por evidenciarse finalmente en la multitud y variedad de las realizaciones objetivas que integran el mundo de la vida o el mundo social, con sus objetos, rituales, enseres y aspectos, como contenido, haber y existente que se forjaría al paso del tiempo. Constituyen, pues, una parte de la sustancia cultural, y los artículos y objetos materiales fungen

como ejes y anclajes indispensables en la dinámica de socialización, interacción, transmisión, comunicación y percepción particulares.

Nos estamos refiriendo, por ejemplo, a aspectos subjetivos como las valoraciones en torno a los sentidos de la vida y la existencia. Para muchos actores vinculados a la producción o el tráfico de enervantes ilícitos, la idea postulada por la letra de una corrido de extracción popular y rural resulta como una figura inevitable. Dice la canción en su parte medular:

“más vale vivir cinco años como rey,
que cuarenta y cinco como güey”.

Tales versos hacen referencia a la atractiva pero al mismo tiempo peligrosa encrucijada vital que se juegan muchos traficantes al dedicarse a una actividad que puede dejar altos dividendos económicos, pero en los lindes con la muerte por los desafíos a las leyes y por los riesgos de enfrentamientos con otros grupos dedicados al mismo trasiego de las drogas. Ese mismo “rey” de cinco años vivirá y aderezará su fugaz paso por la vida derrochando dólares y pesos y adquiriendo bienes materiales como automóviles de lujo; camionetas 4 por 4 especiales para caminos rurales sinuosos; residencias y departamentos; aparatos electrónicos y de comunicación; armas sofisticadas; mujeres concebidas y adquiridas como objetos de lujo, adorno, uso y desuso; además de múltiples “narco extravagancias” que muestran, enseñorean y exhiben al sujeto como un actor social con poderes, facultades, bienes y recursos --entendidos como presumibles portadores simbólicos de estatus--, que pueden ser impresionantes y muchas veces ridículos, como los excesos en la joyería, los atuendos o los festejos mismos donde dan rienda suelta a sus emociones, pasiones y delirios de grandeza.

Hablamos, dice el historiador, escritor, investigador cultural y actor profesional de teatro, Sergio López, de una suerte de **Art Narcó**, visto también como **Culiacán Style**, y hasta **Mazatlán polvó**, con ubicaciones geográficas estigmatizadas por la vox populi: “Gomas de Mazatlán” y “Gomas del Boulevard” que aluden a Lomas de Mazatlán y Lomas del Boulevard, y otros fraccionamientos y colonias como Tierra Blanca, Guadalupe, Sábalo Country o El Cid, famosos barrios que albergan residencias y bunkers edificadas a fuerza de dólares y detalles arabescos de **Las mil y una noches** y combinaciones campiranas haciendo contrastes de pésimo gusto con los brillos y aires de la modernidad. Dentro de varias casas a las que en alguna ocasión hemos sido invitados --dice Sergio López, en entrevista--, uno encuentra mármol alfombrado, esculturas y bustos a pedido de porcelana y oro, retratos de familia enmarcados en brillantes metales preciosos con incrustaciones diamantinas, esmeraldas, perlas y rubíes, espejos de cuerpo entero con churriguerescos marcos dorados. “Y ocurre que la señora de la casa puede ser una “beata” del Opus Dei con marido narco pero que suele protestar, luego de asistir a misa, contra la violencia”, apunta con sarcasmo Sergio López.

En los escenarios sinaloenses pueden mirarse chalets estilo suizo; extrañas pagodas con motivos marroquíes; haciendas y búnkers urbanos con miradores y panópticos medievales; edificaciones con aires barrocos y torres y balcones del medioevo; antros, bares y discotecas de neón y cristalería de sabida concupiscencia donde conviven “cotorreo, nalgas y coca con la mayor naturalidad del mundo”; la hereje, sencilla, pero simbólica y montaraz capilla de Malverde; amén de las rojas zonas de los suburbios y ciertos poblados como Sanalona y Altata en la zona de Culiacán, con los tendejones disfrazados, los surtidores y los “piqueteros” al menudeo; o bien la zona dorada del puerto mazatleco con sus “aurigas”, “pulmonías” y taxis con choferes expertos en las ofertas del bajo mundo, forman parte de una suerte de corredor para “el narcotur” o el “narcofolclor”; y esto incluye

uno que otro arrabal de “mala muerte”, las marisquerías-carretas de la calle y las cantinas donde está siempre viva la infatigable música de banda. Muchos visitantes quedan fascinados y con el corazón prácticamente en vilo por la emoción y el hallazgo –que no resulta tan extraordinario en los antros sinaloenses-- de haber visto y conocido en vivo a, a escasos metros, “un narco de carne y hueso”, departiendo tranquilamente con los demás parroquianos en las cantinas o restaurantes, describe Sergio López, que hace notar su cercanía familiar con Surutato, el simbólico poblado de los altos de la Sierra Madre, en “los rincones del diablo” de Badiraguato, así como con Guamúchil, poblaciones ambas de socorrida fama en torno a la siembra de mariguana y amapola. Y anota que casi todas las leyendas, que abundan en el imaginario cultural del mundo, como las de los personajes sinaloenses, nacen precisamente “desde la transgresión”. Irónico y sin perder la ecuanimidad, el escritor e investigador formula que

“Si en Sinaloa no hubiésemos construido esta imagen y esta historia, que viene incluso desde mucho antes de la Segunda Guerra Mundial, la habría inventado Walt Disney”.⁵

Respecto al “narcotur” o el “narcoturismo”, que es un paseo para turistas que se oferta especialmente en Culiacán, incluye la visita de barrios y residencias de personajes ligados al tráfico de estupefacientes; sitios de batallas épicas entre grupos de narcotraficantes como la de los Quintero (de los municipios de Culiacán y Badiraguato) contra los Salcido (del municipio sureño de San Ignacio) que se verificó en torno a la céntrica clínica Santa María de la capital del estado y que dejó decenas de muertos en los albores de la década de los ochenta, refriega mortal en que las propias bandas enfrentadas recogían los cadáveres y heridos y sin que el ejército o las corporaciones policíacas se hubiesen atrevido a intervenir. Además, el famoso mercado Garmendia, donde los sierreños típicos (vestidos, de acuerdo a la tradición regional, con el pantalón vaquero, la camisa estilo versace, el cinto piteado,

⁵Sergio López, entrevista con el autor, Mazatlán, Sinaloa.

las duras botas de piel y el infaltable sombrero, más las llamativas y abundantes joyas, además de los celulares en ristre) suelen cambiar los dólares por pesos; restaurantes y negocios comerciales sin clientes que funcionan, según los secretos públicos, como lavaderos de dinero; antros, bares, cantinas y marisquerías frecuentados otrora por personajes de leyenda y mito; vistazos a los cementerios que albergan a varias generaciones de actores sociales de la transgresión regional; así como la obligada visita a la capilla del “santo” patrón de los traficantes y maleantes de todo tipo, Jesús Malverde, ubicada casi enfrente, a unos cuantos pasos, del moderno edificio que alberga al poder ejecutivo del Gobierno del Estado.

El conductor del noticiero “Hechos” de Televisión Azteca, Pablo Latapí, en conferencia organizada por el diario **Noroeste** de Culiacán, reiteró que la información y las noticias principales en torno a Sinaloa que más frecuentemente llegan a ese noticiero televisivo del Distrito Federal, son las relacionadas con el tráfico de drogas “y se tiene la percepción” de que en la entidad sinaloense “matan”, además de que “hay balazos por todos lados”. Y en efecto, todos los días los medios registran asesinatos y ejecuciones, en el campo y las ciudades, relacionados con la producción, el traslado y el comercio de los narcóticos, y que la prensa, en particular, destaca como noticias de primer orden. En su visita a la capital del estado, el periodista y lector de noticias refirió, por ejemplo, que a su llegada le tocó precisamente un “narcotur” en donde de manera especial le fueron señalados los sitios donde habían matado a varios narcos.⁶

En otros términos, tales productos sociales, así como las figuras de los imaginarios culturales --materiales y espirituales-- gravitan y son significativos para un mundo socialmente observable y verificable. Son engranajes del hábitus que aparecen en los ámbitos particularizados de la vida y sus contornos, en los hechos y los acontecimientos, como evidencias simbólicas de individuos, enajenados o no, y

⁶ Diario **Noroeste**, Mazatlán, Sinaloa, 10-oct-04.

de grupos, segmentos sociales, muchedumbres y masas, y que se transmutan como cosificaciones, objetivaciones, fetichizaciones y contradicciones; están ahí en sus impactos públicos; y en sus ásperas y curiosas dimensiones, peculiaridades estilísticas, perfiles, tonalidades y coloridos, que abigarran de texturas, discursos y artículos múltiples de la sociedad de consumo, el complejo entramado de la textualidad social, con su ideología y sus figuraciones y representaciones. En los productos, afiches y obras edificadas y cultivadas por los actores sociales, individuales y colectivos, se cristalizan y decantan, se filtran y concretan finalmente las subjetividades humanas.

--De músicos y estereotipos.

El estereotipo del sinaloense de los tiempos actuales, ligado especialmente al campo y a las actividades de la industria de las drogas, es el ya clásico personaje vestido como ranchero e incluso hasta como vaquero del viejo oeste norteamericano del Siglo XIX. Su vestimenta ofrece un abanico de opciones alusivas a un auténtico muestrario que resalta por sus connotaciones escatológicas de virilidad y fuerza. El sombrero, generalmente, es del tipo texano; el pantalón suele ser ajustado (jeans de mezclilla azul o negro); los huaraches han sido en muchos casos sustituidos por las botas puntiagudas con acabado metálico y estoperoles, de tacón alto y metido, fabricados de piel de víbora, avestruz o cocodrilo, o en su defecto, de imitación; cinturón de piel, piteado, con enormes hebillas metálicas, en ocasiones de plata y hasta de oro; camisas “versace” originales y de imitación; camisas a cuadros de colores chillantes; y gruesos collares y cadenas, esclavas, relojes y anillos de oro en bruto, que precisamente dejan poco a la imaginación.

En no pocos narcos se da cita, en pleno, el culto al fetichismo a través de múltiples adornos y bisuterías de la mercancía. Uno de esos individuos, con cerveza en mano y en charla informal en medio de un multitudinario concierto nocturno de

Los Tigres del Norte en el antro al aire libre de “El Bacanora” del puerto mazatleco, revela: “Así es, mi amigo: a las mujeres les gusta vernos con todas estas cosas; y si tenemos estas joyerías pues hay que mostrarlas y lucirlas, cómo de que no. ¿A poco usted no lo haría?”. En efecto, el individuo, vestido por supuesto a la usanza sinaloense, prácticamente se mostraba atiborrado de oro, que exhibía mientras bailaba entusiasta con sus acompañantes, dos jóvenes trigueñas, altas y esbeltas, al son de las canciones nortañas. Miles de parejas más, bajo la luna llena de una noche de vientos fríos a fines de octubre del 2004, danzaban y disfrutaban a su modo con una de las agrupaciones que se han transformado en leyenda popular.

Un maestro sonorense radicado en Mazatlán, especializado en educación, ex líder político de izquierda, además de compositor de temas musicales románticos, Elio Edgardo Millán, hace énfasis en torno al mito de la forma de ser del sinaloense y exclama:

“Yo he andado por todo este país y las distinciones culturales me resultan evidentes. El sinaloense es muy “echón” y bravucón, festivo y retador. En general la gente del resto del país no se parece a la de Sinaloa. Acaso por la historia y las condiciones sociales particulares, el temperamento de muchos actores sociales “revienta” en cualquier momento; y esto lo observamos hasta en los estilos musicales, como el de la banda: gritería, histeria, ruido, muy alta y hasta irresponsable sonorización”.⁷

Respecto a la presentación de Los Tigres del Norte en Mazatlán, las crónicas periodísticas elevaron al paroxismo el espectáculo de los cantantes de narcocorridos. Los medios de comunicación (televisión, radio, prensa) no ocultaron su admiración e incluso su fervor por el grupo, como los diarios **El Debate** y **Noroeste**. Este último titularía al mismo tiempo, como nota principal de primera plana y con despliegue informativo en páginas interiores, la vinculación propagandística del concierto de

⁷ Elio Edgardo Millán, entrevista con el autor.

Los Tigres con la campaña a gobernador de Jesús Aguilar Padilla, del Partido Revolucionario Institucional, el domingo 31 de octubre de 2004. Una reportera, por ejemplo, escribió en su crónica:

“Con un espectáculo sin precedente y una tecnología como los grandes (sic), Los Tigres del Norte hicieron que más de 15 mil mazatlecos amanecieran bailando con ellos.

“La ausencia de casi dos años del grupo originario de Rosamorada, Sinaloa, fue recompensada pues “Los Jefes de Jefes” hicieron excederse de entusiasmo a sus seguidores.

“Y la voz del pueblo se hizo sentir. Los Tigres del Norte dieron de principio a fin un concierto de mucha “garra”.

“En Bacanora parecía no haber ni un alma más, sin embargo aún así los 15 mil fanáticos que acudieron al evento soportaron empujones y tropiezos para bailar al ritmo de las canciones...

“Con los acordes de **La banda del carro rojo**, Los Tigres... volvieron a escena para cantar temas de su nueva producción: **Pacto de sangre** y otras como **Nos estorbó la ropa**, **Contagio de amor**, **Corazón de oro**, **No pude enamorarme más** y **Camelia La Texana**.

“La hora de la despedida llegó, sin embargo el público no estaba dispuesto a dejarlos ir tan fácilmente, por lo que el baile se prolongó hasta cerca de las 5.00 horas del sábado.

“La presentación duró cuatro horas, mientras el quinteto se desvivía por hacer todo lo que su público pedía, por lo que aunque sus fans quedaron desvelados, se fueron bailados y muy bien complacidos por sus ídolos”.⁸

Como nota especial que no ocultó sin embargo la atención del medio hacia el grupo, el periódico señalaba, “Para comentar”, que llamaba la atención la desmesurada campaña del PRI alrededor del baile de Los Tigres. Unos 15 trailers luciendo el nombre del entonces candidato a gobernador del estado, Jesús Aguilar Padilla, “fueron colocados” en los alrededores del popular antro, y en el que el PRI repartió 15 mil camisetas rojas, gratis, con su logotipo de campaña. Es de tal dimensión la **tigremanía** en la región, con impactos importantes en el país y el

⁸ Diario **Noroeste**, Mazatlán, Sinaloa, 31 de octubre de 2004.

mundo, que el propio líder del grupo, Jorge Hernández, asegura que se inventan datos e información sobre Los Tigres...Dice, por ejemplo, que lo publicado recientemente en la revista **Expansión** sobre sus ingresos (que fueron tasados en 150 millones de dólares al año), era un cálculo erróneo. Lamentó que tal información los pusiera en riesgo y “en la mira de los delincuentes” y de los potenciales secuestradores (**Noroeste-Mazatlán**, 31-X-04).

Al ser cuestionados sobre su filiación política, los miembros del grupo fueron evasivos: “Tenemos nuestros principios y valores firmes”, y dejaron entrever que una cosa son los negocios y otra sus preferencias ideológicas. Y en este sentido se ha comentado, tras las bambalinas de los escenarios, que Los Tigres del Norte suelen realizar donaciones para causas diversas como problemas de migración y pobreza, a través de centros de investigación independientes del país, en donde se ha hablado de montos hasta por 100 mil dólares.

Lo cierto es que su comunión y su relación temática, social y cultural con los sectores populares resulta evidente, visible, la cual se ratifica año con año, luego de más de tres décadas en los escenarios y los decibeles propios de la peculiar música nortea, y que ha trascendido hacia todo el continente americano y Europa, por lo menos, en especial en España donde provocaron una auténtica conmoción en los años recientes. En lo que concierne a los conciertos masivos que se verifican en Mazatlán, Culiacán, Guamúchil, Guasave o Los Mochis, en Sinaloa, o en las ciudades de los estados de Durango, Chihuahua o Sonora, miles de hombres y mujeres bajan y llegan del campo y la sierra circundantes como un ritual de fiesta trascendente para sus vidas, en donde bailan y cantan siguiendo las canciones que por lo general, alusivas al narcotráfico o no, suelen contener en sus letras dosis de cuestionamiento y crítica social. El catedrático y músico Elio Edgardo Millán sostiene que el fenómeno musical, social y culturalmente, ofrece aspectos muy llamativos e ilustrativos:

“En broma y en serio decimos que se trata de la vuelta del campo a la ciudad y de la ciudad al campo. El protagonista es el narco empaquetado y formateado en la estructura de la música que cuenta sus andanzas, en la que los sectores rurales y populares se sienten representados e identificados. Estamos ante la presencia de una música muy ligada a un sentimiento de pobreza y desesperanza, pero al mismo tiempo es de reto a las autoridades. No es una música de protesta, pero sí un reto cabrón: me chingas, gobierno, y yo te chingo oyendo pendejadas. Estamos inundados por este tipo de canciones. Muchos compositores románticos y lacrimógenos hemos sido relegados y desplazados. De unas cinco mil canciones con temas violentos que se graban, acaso va una sola de esas canciones clásicas de amor, pero sólo como relleno, a veces hasta por lástima para los compositores serios”.⁹

El maestro universitario de la UAS y la Universidad Pedagógica Nacional, que ha recorrido el país por razones políticas, dice que en el caso de Los Tigres del Norte, éstos se “cuecen aparte”: su música y sus temas poseen una gran calidad, al margen de que toquen canciones sobre narco y violencia. Surgieron de las honduras del campo sinaloense, pero han sabido utilizar los mecanismos de la industria de la cultura en México, Estados Unidos y Europa, en donde han sido apreciados, entre otros aspectos, por su distinción y raigambre campirana y su vigor musical, por públicos de diversos estratos sociales. Por algo residen en la actualidad en el sur estadounidense: han sabido utilizar la mercadotecnia, la tecnología y la industria de la cultura para impulsar aún más su nombre y su fama. En Rosamorada, un pequeño poblado al norte de Sinaloa, el gobierno del estado, encabezado por el exgobernador Juan S. Millán, les rindió un homenaje en el que a la plazuela central se le dio formalmente el nombre del grupo musical, ante la algarabía de la población. Explica entonces Elio E. Millán que la fuerza del grupo reside, en parte, en que han sabido captar y

⁹ Elio Edgardo Millán, entrevista con el autor, Mazatlán, Sinaloa.

“le han atinado al sufrimiento popular, la marginación, el destierro y la “jodidez” de la gente, tanto de la que reside en el sur de Estados Unidos como la de los desvalidos, los explotados y hasta los miles de transgresores que viven en México y América Latina. Los Tigres son los amos y no necesitan de padrinos de la industria musical o de la industria de las drogas, como al parecer ha sido el caso de Los Tucanes de Tijuana (que fueron inventados y diseñados comercialmente para competir con Los Tigres), para arrasar con la audiencia en donde quiera que se paren. Los Tigres eligen con cuidado sus temáticas y procuran no abandonar nunca sus nexos orgánicos con el mundo social. Están estrechamente ligados a los sentimientos populares, y además con excelente factura. Se asimile o no, lo acepten o no los intelectuales, se trata de una música muy fina. Esto los distingue del resto de los grupos y bandas”.¹⁰

El entrevistado, que reside en el puerto mazatleco desde hace unas tres décadas, no duda en afirmar que tanto la mayoría de los grupos nortños como las bandas, que por cierto han transformado su estilo al incorporar elementos electrónicos y tecnológicos para ampliar sus áreas y su alcance comercial, se han aprovechado de la bonanza de la industria de las drogas de forma directa e indirecta. Los que no han tenido “padrinos” del mundo de la droga, “por lo menos” se han beneficiado de esta socorrida problemática, al margen de que muchos cantantes y compositores siguen realizando canciones por encargo de traficantes menores y medianos, “que quieren pasar a la inmortalidad como héroes de su tiempo”. Pero en términos generales, añade Millán, se trata de una música lamentable, de formatos rupestres, de estructuración deforme, de contenidos absurdos, cantados de la peor manera posible, por intérpretes de un tenor espantoso que, como paradoja de la cultura de masas, deben su éxito precisamente a lo horripilante de su voz, como en el caso de Chalino Sánchez, el sinaloense prófugo que destacó en la industria de la música artesanal y popular, desde Los Angeles, California, con una entonación y una vocalización infame, “de borracho de pueblo” y caricaturesca.

¹⁰ **Ibidem.**

Muchos otros músicos han seguido la huella de este peculiar cantautor que es especialmente un caso paradigmático en el ámbito de la narcomúsica. Inició su carrera grabando de manera elemental y rudimentaria, casera, sus primeros cassetes, que vendía de mano en mano en los mercados callejeros de Los Angeles, hasta que alcanzó notoriedad y se colocó como un cantante con gran éxito comercial, aceptación y hasta veneración en los estratos sociales pobres y populares, particularmente entre los chicanos, en los Estados Unidos, así como en el norte de México. Unos años después de ser ejecutado, en una presumible acción de venganza, por sicarios del narcotráfico en Culiacán a principios de los noventa luego de su primer concierto en Sinaloa, a Chalino Sánchez le siguió por la misma ruta musical uno de sus hijos (“El Chalinillo”), quien habría de fallecer también, según los rumores y según la prensa local, en un “extraño” accidente automovilístico en el 2004 en una carretera al sur de Mazatlán; junto con éste, han alcanzado importantes ventas y nombre una gran cantidad de cantantes identificados como “los chalinillos”, debido a su parecido con el primer Chalino Sánchez, producida tal semejanza con el abierto propósito de la imitación, y por supuesto sin sentido creativo, sin pretensiones de hacer aportaciones originales o de un mínimo esfuerzo, y en lo que finalmente es un vulgar trabajo de mercadotecnia: “Igual o peor de malos que el original Chalino”, señala con molestia Elio Edgardo Millán.

Un poco más de 25 cantores de este tipo, de inusitado impacto, han aparecido luego del fenómeno “Chalino”, varios de ellos con turbios nexos con grupos de traficantes. Uno de ellos, amigo de Chalino, Saúl Viera, conocido como El Gavilancillo, fue también asesinado en 1997. El caso es que tales cantantes de rancho como El Gallo Elizalde y luego los hermanos Joel y Valentín Elizalde; El As de la Sierra; Los Grandes de Sinaloa; Los Maleantes de la Presa; Miguel y Miguel; Lupillo Rivera y su hermana Jenni Rivera; El Canelo; la niña Lolita Capilla, “La Bronca de Sonora”; Julio Preciado, exvocalista de la banda El Recodo, mediática agrupación mazatleca de fama internacional; Casimiro Zamudio, exvocalista del

grupo también mazatleco El Mexicano, inventor del “Baile del caballito” han sido y son, entre muchos otros, ídolos de neta extracción popular, y cuya aceptación reside, en parte, en su ausencia de calidad musical. Y en casi todos los temas violentos han sido el camino seguro hacia el éxito. El mismo As de la Sierra (José Manuel Camargo), intenta explicar las razones de su popularidad y revela, de paso, sus relaciones con individuos dedicados al tráfico de las drogas, de acuerdo a una entrevista que le hizo el periodista e investigador norteamericano Elijah Wald:

“siento que a toda la gente le caigo bien, no sé qué será... es un ambiente muy difícil, para lograr lo que yo he logrado, y pues yo realmente puedo decir que no he batallado nada. La gente me ha aceptado, y (sin apoyo) de la radio (que) no nos ha tocado. Todas las radios de México y de Estados Unidos se hacen esa pregunta: ¿porqué sin la ayuda de la radio está vendiendo?. Pues, porque le gusta a la gente. Sobre todo lo que yo grabo son corridos de narcotráfico, corridos bravos, por decir así...

“Entonces, mi público es gente que vive en las orillas de las ciudades, pero en la ciudad también hay mucha gente de rancho, por decir así, y pues la mayoría de la gente es público mío...

“A mí me pagan por hacer un corrido, yo lo hago, ¿por qué no? Para mí no es un delito, porque es mi trabajo. Entonces sí a mí llega un narcotraficante, que yo le componga un corrido, yo lo hago con gusto. Claro, yo trato de protegerlo todo el tiempo, le digo “Dame un apodo”, pero muchos no:

--Yo quiero mi nombre.

--Ah, bien, es tu problema. Yo te lo hago con tu nombre...

“Es algo muy bonito mi carrera, para mí, pero muy peligroso también. No nada más es subirse a cantar arriba. Mi público es un público --cómo le diré-- un público de narcotraficantes. No todos, o sea que hay gente que tiene la ilusión de ver a El As de la Sierra, de conocerlo, pero en mi público todo el tiempo va a haber gente de negocio, así le llamo yo”.¹¹

En otros términos, explica Elio Edgardo Millán, estos cantantes han sido hábiles dentro de un mercado ávido y sediento, y han sabido explotar “los bodrios terribles” de sus letras y notas, así como

¹¹ Elijah Wald, *Narcocorrido*, Ed. Rayo, de HarperCollinsPublishers, New York, 2001.

“lo espantoso de sus berridos, aullidos y entonaciones de campesinos desafinados. Lo curioso es que en sus presentaciones masivas, sin duda, son una explosión que contagia y enardece a la “perrada”. Como que el pueblo descarga su energía y su vida social reprimida en una fiesta y entrega a los pseudocantantes, y que en primera instancia resulta, el comportamiento público, hasta incomprensible. Pero tiene su lógica: en la cultura de masas, ciertos sectores sociales suelen identificarse con lo malo, con lo pésimo, con lo mediocre. Son profesionales que cantan igual o peor que cualquier hijo de vecino. De ahí, en parte, deviene su éxito, que es impresionante no sólo económica, sino también social y culturalmente”.¹²

Sin embargo, las canciones hablan de sucesos que en los medios de comunicación resultan comunes y cotidianos. Guadalupe Quintero, vocalista del grupo “Los Incomparables de Tijuana”, en una entrevista sostiene que él no defiende al narcocorrido, y resalta que en los acontecimientos que en éste se narran, sólo se habla “de lo que se lee en la prensa, de lo que se ve en la televisión, de lo que se escucha en la radio”.¹³ En el mismo reportaje, el cantante y productor Pedro Rivera, dice, por su parte, que

“Yo soy un productor de discos que tengo mucho roce con personas que se dedican al narcotráfico, como en mi caso, que soy amigo del ‘Güero Palma’, y de muchas personas...Mi negocio es hacer discos y poco me interesa el procedimiento de sus fortunas o que tan fácil las obtuvieron, y no por eso voy a ser narcotraficante.

“Además, yo conozco el principio y el final de la mayoría de los narcotraficantes y para mí es muy fácil abstenerme de todo eso, yo sigo siendo productor, y el que sea amigo de ellos no me hace narcotraficante, uno puede andar en lo peor de la vida, y salir limpio”.¹⁴

Una costumbre en Sinaloa, y en otras entidades como Chihuahua, Durango, Sonora, Tamaulipas, Nayarit, Jalisco y Michoacán, consiste en que individuos,

¹² Elio Edgardo Millán, entrevista con el autor.

¹³ Araceli Calva, “Satanizados pero adorados”, reportaje publicado en el suplemento “¡Hey!”, **Milenio-Diario**, 17 de abril de 2005, p. 6

¹⁴ **Ibidem**.

familias y grupos de narcotraficantes suelen bajar a las ciudades a contratar a cantantes, grupos y bandas, para sus fiestas particulares y patronales, en lo que luego se constituye, de facto, en auténticos secuestros de los músicos para que prosigan divirtiéndolo y amenizando las pachangas que se prolongan a veces durante varios días. Las remuneraciones pueden ser de importantes montos, pero ese tipo de tocadas son de alto riesgo: “en no pocas ocasiones se canta con el Jesús en la boca”, dice uno de los músicos de los Internacionales Cadetes de Linares, en charla informal con el autor, mientras el baile en algún rancho de la sierra inhóspita alcanza altos decibeles, en tanto se consume con abundancia comida, cerveza y alcohol y otras cosas, y mientras truenan las metralletas y las armas de alto poder como exaltación de un tipo especial de felicidad violenta. Ancianos, mujeres y niños también participan de los rituales, que son muy frecuentes, y que muchas veces terminan con muertos y heridos.

Elio E. Millán tiene la impresión de que los estilos del baile sinaloense en el campo, y también en los suburbios citadinos, son como “una explosión”, como un exceso de alegría y de temperamento festivo. Los músicos, cuando van a las comunidades, a los pueblos y los ranchos “van llenos de pavor”. Pero se arriesgan por las posibilidades y por la apuesta de las grandes y significativas bolsas monetarias por presentación. En ciertas ocasiones especiales, como los cumpleaños de los líderes y jefes de los clanes, familias y facciones, una de esas tocadas puede implicar, de ingresos para el grupo musical, lo que significaría trabajar durante todo un año en presentaciones normales. Pero los músicos, en ese ambiente que nunca deja de ser hostil y potencialmente una antesala de la muerte,

“Están tocando y están sufriendo y están temblando y a veces ocurre que ni siquiera les pagan. Pero muchos aguantan y se conforman, y no les queda de otra, porque podrían llegar a ser amigos de tales sujetos. Es un “pinchi” mundo sórdido, en el que familias enteras del

sector rural están hasta el tuétano dentro de las actividades ilegales, pero que no son vistas, éstas, como delictivas”.¹⁵

Se trata de un fenómeno que también se refleja y se vive y se mira, ya, dentro de las ciudades, a través de las propias fiestas de escándalo que se organizan de forma perenne, constante y ruidosamente en los antros y los arrabales, en las casas, las calles y en las barriadas, que han llegado a ser auténticos ghettos en el que personas ajenas quizá podrían entrar pero no salir de manera incólume; las formas de la transgresión también se verifican a través de las múltiples manifestaciones sociales y culturales y particularmente en relación con los problemas y conflictos de barrio y de familia. Se trata de un hábitat social en el que la pobreza es el común denominador, a la cual se enfrentan muchos individuos abrazando a las transgresiones como forma básica de trabajo y sobrevivencia.

En algunos céntricos barrios mazatlecos, cercanos a la colonia Reforma y los Cerros de la Nevería y del Crestón, grupos delictivos conocidos como “Los Cristos”, “Los vagos” y “Los cristaleros”, no tienen empacho en ofrecer sus servicios (“ya sabe que estamos para servirle”), hasta como sicarios de 500 ó 1,000 pesos por cliente. Al respecto, anota el profesor Millán que los traficantes, los vendedores, consumidores de drogas y criminales de todo tipo, por ejemplo, suelen ser personas comunes, conocidas y hasta resultan ser amigos personales. El productor, el distribuidor y el consumidor de enervantes, y la amplia red que la industria llega a requerir, diríamos que se han unido “estructuralmente” dentro de la sociedad, y la verdad, apunta el entrevistado, es que desde hace bastante tiempo, “dejamos de espantarnos” ante la expansión del crimen. En la colonia Juárez, de Mazatlán,

“donde yo vivo, se sabe quiénes venden y quiénes consumen y quiénes hacen otros trabajos. Y resulta que pueden ser vecinos, conocidos y hasta amigos de la familia. Las mamás, los papás, sólo alcanzan a mirar cómo sus hijos se involucran en algún eslabón de la

¹⁵ Elio Edgardo Millán, entrevista con el autor.

cadena delictiva y cómo se van sin mayores aspavientos hacia el mundo de la transgresión. Y se trata de un actividad protegida no sólo por las diferentes agrupaciones de policías, sino también por la propia gente, por los propios vecinos, que no dudan en dar los pitazos de alerta cuando éstos llegan a ser necesarios”.¹⁶

Por su parte, el investigador universitario Alfonso Santos Palacios, oriundo de Sonora y avecindado actualmente en la ciudad de México, que se ha dedicado también a la música y la poesía y quien durante varios años residió en la ciudad de Culiacán, coincide en varias apreciaciones con el profesor Millán, y sin embargo, en entrevista afirma que el repertorio musical sinaloense que alude a las tramas de la violencia y las drogas, resulta “representativa de los escenarios simbólicos de la cultura en la región”. Sobre todo, dice, en lo que concierne al formato y las peculiaridades de fondo de la música nortea, en las que destacan y llaman la atención las peculiares tonalidades de los acordeones de botón (o de “la cochi” como es denominado el acordeón de ese tipo en los ranchos), así como el imprescindible bajo sexto, y en donde, sin duda --muchas de las canciones--, poseen “una agresiva y extraña calidad”. Y explica que su impacto social, su éxito y aceptación popular,

“se deben no sólo a las denotaciones comerciales, a las tendencias y las modas de la programación de la industria cultural. Inclusive podemos observar tales características y connotaciones de buena música en cantantes cuestionados y denostados por académicos e intelectuales, como por ejemplo el caso de Chalino Sánchez y algunos otros. Este, de hecho, se ha transformado en un “icono” para segmentos importantes de la población del norte del país y del sur estadounidense. Es más, en los sectores sociales medios y en los círculos intelectuales se suele escuchar con frecuencia al cantor sinaloense. Y me refiero no sólo a los estados del norte, sino también a las grandes ciudades como Monterrey, Guadalajara o el Distrito Federal. Pero como siempre ocurre, existe pudor o demasiada hipocresía para reconocer valores en lo que proviene culturalmente de los sectores populares y marginados. No digo que Chalino haya hecho música de gran calidad artística, pero posee un estilo coherente desde la perspectiva de su forma y de su

¹⁶ Elio Edgardo Millán, *Ibidem*.

singular tesitura vocal; responde lógicamente a un ambiente y a un contexto social y narra situaciones del imaginario popular”.¹⁷

En el caso de los tonos y los timbres de las voces cuestionadas de los cantantes populares, Santos Palacios arguye que una de las razones de su aceptación masiva, estriba en la identificación que se da entre la entonación de los cantores y el habla cotidiana de la población rural, desde la perspectiva semántica; y en segundo lugar, aunque no necesariamente de menor relevancia, es la identificación de naturaleza socioeconómica y cultural entre las tramas y episodios que se narran, como los de la violencia, por ejemplo en las estrofas de un compositor como Chalino Sánchez, con la vida, las carencias y los conflictos de los sectores pobres de la sociedad. Argumenta:

“Nos puede o no gustar el género, el timbre de voz, el estilo, pero hay que tener cuidado y medida al valorar los fondos de las formas, el ritmo y las estructuras musicales. Y esto es lo que hay que decir con franqueza: Fulano nos gusta o no nos gusta. Pero con el simple criterio del gusto personal no se vale descalificar, o en su caso, cualificar. Chalino Sánchez tiene inventiva, es versátil, difícilmente desentona, y sus melodías y su tenor, acaso mediocres y sin altas formulaciones estéticas y artísticas, forman parte de los estilos propios de la crudeza de la **vox populi**. Igual que ocurre con los cantantes y artistillos mediáticos de la industria de la cultura, que en la mayoría de los casos televisivos y radiofónicos son realmente basura adornada y estereotipada desde la comercialización y la massmediación. Pero los prejuicios sociales siguen siendo un obstáculo para evaluar de forma adecuada a los productos de la cultura. Y Chalino Sánchez, lo sabemos, fue un transgresor con deudas y pendientes frente a las leyes del sistema y frente a las leyes no escritas de ciertos clanes ilegales sinaloenses. Por si esto no fuese suficiente, era un sujeto estigmatizado culturalmente por su procedencia y extracción social. Pesa demasiado, en este caso, la discriminación no racial sino social”.¹⁸

Lo cierto, argumenta el académico, guitarrista y cantor, es que la música nortea, incluida la variante de la “narcomúsica”, hasta el momento goza de raíces

¹⁷ Alfonso Santos Palacios, entrevista con el autor, Ciudad de México, enero de 2005.

¹⁸ **Ibid.**

hondas y sólidas, tradición, historia y presencia social y popular, expresa y refleja realidades socioculturales que se dirimen en los bajos fondos del mundo de la vida y son una vía simbólica, de muy densa significación, para acercarnos al conocimiento de la sociedad. A pesar de que ésta ofrezca un abigarrado arcoiris de contradicciones estructurales y culturales, con todo y sus mitologías, apariencias y mistificaciones, con todo y sus verdades a medias y con sus sospechas y dudas y medias mentiras. Frente a los cuantiosos y múltiples intereses que están involucrados en la industria de las drogas, los artículos de la cultura y el arte,

“y en el caso que nos ocupa, la música popular, también es un mecanismo valioso de comunicación y realización vital no sólo para sus autores e intérpretes, sino como representación propia de los segmentos sociales de donde proviene. Y por otro lado, nos permite la indagación sobre ciertas peculiaridades y rasgos simbólicos de nuestro entorno”.¹⁹

¹⁹ **Ibidem**, entrevista con el autor.

B) Simbolismo e Ideología

Por otra parte, José Angel Sánchez López, exdirector de diferentes diarios en el estado y presidente del Comité Estatal de Consulta y Participación Ciudadana, vincula los aspectos sociales y culturales con las prácticas judiciales. Habría que volver, dice, la vista “al interior” de las corporaciones policiacas para darse una idea de los tentáculos de la delincuencia organizada. Luego de destacar que bastaría con advertir la forma en que viven para saber quiénes son los sujetos, el periodista describe a los comandantes y jefes de las partidas militares y judiciales federales y estatales en Sinaloa, que presumen y ostentan autos y camionetas del año, evidentemente de “superlujo”. Esos detalles “nos dicen en qué pasos andan” y que nexos, ligas y tipos de negocios cuidan, vigilan, dirigen o administran. Y para empezar habría que reparar y observar, en este sentido,

“sus cuellos, sus muñecas, sus dedos, y mirar las esclavas y los collares gruesos, además de los anillos impresionantes. Basta fijarse en el pecho, porque no ocultan sus pertenencias, fijaciones y carencias. Y luego las pistolas, y los cuernos de chivo (armas AK47), con incrustaciones de diamantes, ramas de mariguana, pétalos de amapola, y a veces crucifijos también de oro, para que uno vea y sepa quiénes son. Les gusta lucir y exhibirse. Y eso que puede tratarse tan sólo de un modesto comandante de una partida de la policía ministerial, y en ocasiones se trata de un simple agente que ha sabido moverse en las rutas perniciosas del crimen. Suelen ser contactos coptados y comprados, directos y cercanos, de la delincuencia organizada”.²⁰

El testimonio de un sexagenario policía sinaloense, publicado en el semanario estatal **Ríodoce**, confirma lo que resulta un secreto público, de **vox populi**. Dice la nota, titulada textual y francamente como “Gracias a Dios soy corrupto”:

“La corrupción es como la lepra. Si estás en un lugar donde hay, se te pega”.

²⁰ José Angel Sánchez López, entrevista con el autor, Mazatlán, Sinaloa.

“Con 33 años al servicio de lo que hoy se llama Policía Ministerial del Estado, ya con el grado de jefe de grupo, confiesa que es prácticamente imposible sobrevivir en una corporación policíaca siendo derecho:

“Si te resistes a entrar al aro, lo menos que te puede pasar es que te corran. La cosa viene de arriba, de muy alto. Y mira: los sueldos de hambre...no te dejan otro camino. A ver, que vaya un policía honesto a decirle a su vieja y a sus hijos que hoy van a tragar condecoraciones”.²¹

El policía prosigue con sus declaraciones que, dado el contexto social, más que insólitas parecieran ser “realistas”, en donde los valores sociales como la honestidad son vistos como contraproducentes o hasta aparecen invertidos y en la vida práctica, de hecho, como un “antivalor” con el que se pretende justificar un comportamiento específico de corrupción. En este sentido, y desde la lógica transgresiva del gendarme anónimo, no le ha quedado otra opción: describe el periódico que el policía guarda en su casa una camioneta cherokee, con placas gringas, para sacar a su familia a pasear los domingos. Entonces explica con franqueza y hasta orgullo el agente policial:

“Esa me la dio un **buchón** por avisarle que ahí adelante, por la Sanalona, había un retén de la AFI (Agencia Federal de Investigaciones). Ya mero cae el cabrón. Me dijo que luego me buscaba y me dio coraje. Yo pensé que no me iba a pagar el favor. (Pero) al día siguiente me llega con la **troca**”.

“...Se oye mal que lo diga, pero gracias a Dios que me hizo corrupto. Si no lo fuera ya me habría cargado la chingada”.²²

John B. Thompson, al referirse al concepto de ideología, explica precisamente que durante el curso de sus vidas diarias, comunes y cotidianas, en la ardua y permanente lucha por subsistir, los hombres se desplazan y se mueven entre una diversidad de contextos, esferas y espacios sociales (hogar, trabajo, escuela, sitios de entretenimiento y deporte, transporte colectivo, círculos de amistad,

²¹ “Gracias a Dios soy corrupto”, semanario **Ríodoce**, Culiacán, Sin., lunes 29 de marzo de 2004.

²² **Ibidem**.

reuniones de barrio, convivencias de pandilla, charlas interpersonales, intercambios vecinales, conmemoraciones cívicas, jolgorios y celebraciones familiares), viviendo, sufriendo, padeciendo y resistiendo múltiples procesos sociales conflictivos que marcan el sentido, los rumbos y los derroteros de su existencia. Y en la compleja síntesis, una consecuencia puede ser, sintetiza el autor, que el sujeto rechace un conjunto de valores y normas, pero tal rechazo al mismo tiempo puede coincidir con “la aceptación de otro” o de otros.²³

En este sentido la configuración de los escenarios culturales sinaloenses se da en el marco de una historia de conflictos y contradicciones sociales, los que a la postre han confluído sobre una imagen de transgresión que ha terminado por destacar por encima de las demás acciones, actividades y valores de la sociedad. Y en ello han tenido un papel protagónico y relevante las prácticas laborales, económicas y sociales ligadas al tráfico de los enervantes ilícitos. Cuando los procesos en torno a un fenómeno, con sus incidencias frecuentes y escandalosas de violencia, adquieren fortaleza, historia, densidad y extensión, devienen los perfiles o las representaciones que pueden marcar o definir a los pueblos. Se trata de un camino que conduce del estigma hacia el emblema, como ha formulado Pierre Bordieu, y que han retomado sociólogos e investigadores específicos de la temática como los académicos Luis Astorga y José Manuel Valenzuela, y escritores y periodistas como Carlos Loret de Mola, Jean Francois Boyer, Andrés Oppenheimer, entre otros; así como políticos protagonistas de la historia como Manuel Lazcano y Ochoa; la etnomusicóloga suiza Helena Simonnet; los norteamericanos Elijah Wald y Sam Quinones, investigadores de la temática de la cultura popular mexicana, además de brillantes y sólidos literatos como los sinaloenses Elmer Mendoza y César López Cuadras, conocedores, éstos últimos, por lo demás, de aspectos diversos de la historia, la sociedad y la cultura regionales.

²³ John B. Thompson (1998-A), **Op. Cit.**, p. 135.

La posición de un trabajador administrativo de la UAS en Mazatlán, aunque oriundo de Guasave, acaso resulta ilustrativa del cómo se mira la problemática de las drogas ilícitas en el estado. Entre la lógica elemental y el pragmatismo, se tiende a observar solamente la superficie del fenómeno. Con tendencia ideológica de izquierda, con formación de licenciatura y hasta con estudios de maestría, el universitario, a quien denominamos aquí simplemente como Celio, en una charla informal con un grupo de otros universitarios argumentaba:

“Lo que pasa “compa”, es que ustedes los de Ciencias Sociales sólo ven las cosas teóricamente. La vida es mucho más cruda, complicada y ruda. El narcotráfico es una realidad y si nuestros campesinos y los sinaloenses no le entran duro, pues vendrán otros de fuera y aprovecharán el negocio. Yo creo que tenemos que seguirle entrando con fe, porque es indudable que las drogas provocan muchos problemas, pero también le han dado muchos beneficios económicos al país, al estado y además a la población más jodida. Si no se siembra en Sinaloa se va a sembrar en otra parte. Así que no nos hagamos, más vale vivir en el riesgo y no dejar que sólo los extranjeros se beneficien de algo que por principio nunca se va a terminar: la producción y el consumo de las benditas drogas”.²⁴

Los otros universitarios, por supuesto, terminaron por asentir y darle la razón a Celio quien, medio en broma y medio en serio sentenció: “Así que en lugar de escribir libros deberías dedicarte a vender mota”.

Por otra parte, Felipe Guerrero Bojórquez, periodista y columnista político, arguye que por las acciones de reducidos grupos delictivos, que sin embargo poseen ya una larga y espectacular historia, se ha forjado una cultura de “antivalores”:

“delincuencia, crimen y muerte, que sin ninguna duda se ha reflejado también en el ejercicio del periodismo regional”.²⁵

²⁴ Celio, diálogo con el autor.

²⁵ Felipe Guerrero Bojórquez, entrevista con el autor, Mazatlán, Sinaloa, diciembre de 2000.

Sinaloa es una entidad vista y definida así, como estandarte de la violencia y la desviación social y que encuentra, dice Guerrero Bojórquez, exjefe de información del diario **El Sol del Pacífico**, en una gran cantidad de espacios y esferas de la vida pública, “sus ecos, herencias y ramificaciones”. Porque, explica el periodista y comunicólogo egresado de la UAS, los recursos ilícitos provenientes de la producción y el tráfico de narcóticos, difícilmente, hoy, podrían ser ubicados, identificados y detectados por sí mismos en ciertos rubros, corporaciones y empresas, debido, sobre todo,

“a los subterfugios legales históricos en el lavado de dinero. Si eso ocurrió en la economía, pues se deduce que en los ámbitos ideológicos y culturales su influencia resulta etérea, pero igualmente inobjetable a través de los símbolos y de la ideología. Sin duda, la sociedad ha sido permeada e infiltrada hasta el tuétano. Por ello no puede reconocerse con claridad dónde empieza lo legal y dónde termina lo ilegal”.²⁶

Según el economista y escritor César López Cuadras, nativo del poblado de Surutato, en Badiraguato, enclaustrado en las alturas recónditas del “Triángulo dorado” de los estupefacientes que integra la montaña sinaloense junto con las entidades de Durango y Chihuahua, el estigma en torno a las percepciones sobre el estado de Sinaloa ni siquiera admite discusión. Dice:

“Más que hablar de que en la entidad existe una subcultura del narco y la violencia, Sinaloa más bien representa y es de forma fidedigna la cultura del narco y la violencia”.²⁷

Los hechos vinculados a la producción y el tráfico de estupefacientes, el registro y la consignación de los mismos, o por lo menos de los más destacados en los archivos de las agencias antidrogas estadounidenses y de los medios periodísticos, se remontan a los primeros años del Siglo XX. La propia percepción

²⁶ **Ibidem.**

²⁷ César López Cuadras, entrevista con el autor, Guadalajara, Jalisco.

social sobre el tema constituye un fenómeno cultural en sí mismo, construida por supuesto en relación con el contexto social, el objeto cultural y los organismos, instituciones y empresas que tienen que ver directa e indirectamente con la construcción social de la problemática. En este sentido, han sido factores cruciales para la construcción de la imagen sinaloense, primero como estigma y luego como emblema del narcotráfico en el país. Empero, en la abigarrada y enrarecida imagen de la industria de las enervantes ilegales, advierte Luis Astorga, esta historia se encuentra “plagada de mitos, fantasías, etiquetas policíacas, políticas y mediáticas”, así como lugares comunes que caracterizan al discurso hegemónico en torno al tráfico de drogas ilícitas y los traficantes. La verdad, apunta y recuerda el sociólogo, el fenómeno y el discurso son precisamente “una construcción social”.²⁸

En la configuración histórica del fenómeno, en el diseño sociocultural de su imagen, así como en su percepción, han incidido intereses económicos y políticos que en general tienden a ser soslayados, difuminados y mezclados de anécdotas, chismes, invenciones y rumores populares, que inciden en la construcción de la mitología. Y por otra parte, en la observación, la percepción, el tratamiento y el combate contra las drogas, ha tendido a imponerse comunicacional y políticamente la versión del más fuerte.

Así, por ejemplo, la percepción y la política de los gobiernos estadounidenses sobre el tráfico de drogas en México, “construida a través de varias décadas” y por medio de su personal policiaco, político y diplomático, a la postre ha sido también la percepción mexicana, en términos gruesos, acerca de la problemática. De tal suerte que el gobierno norteamericano construyó su percepción y, puntualiza Astorga, **reforzó** sus convicciones como “poseedor de la verdad”. En este derrotero histórico, en cambio, los gobiernos de México “se resignaron” a ser condenados, juzgados y calificados de forma perenne. En realidad se ha actuado defensivamente y en su

²⁸ Luis Astorga (2003), **Drogas sin fronteras**, Ed. Grijalbo, México, p. 12.

defecto se han alegado patrióticas y soberanas respuestas de indignación ante las actitudes del gobierno norteamericano, mediante las retorcidas pero clásicas formas de la retórica para el consumo interno de la vida pública nacional, pero finalmente para “darle gusto” al vecino del norte, en cuanto, por ejemplo, al cese y sustitución de funcionarios y representantes gubernamentales comisionados al combate del tráfico de drogas, o bien respecto de

“la elaboración o modificación de leyes, la aceptación de condiciones de cooperación, y la puesta en práctica de estrategias coercitivas en territorio nacional, mientras los miembros de la élite política no fuesen relacionados directa y abiertamente con el tráfico de drogas, a pesar de algunos señalamientos aquí y allá sobre ciertos personajes poderosos del campo de la política en el ámbito local y nacional”.²⁹

--El aquelarre lúdico sinaloense.

Uno de los acontecimientos más llamativos, que funge metafóricamente como caja de Pandora o caja de resonancia de la subcultura sinaloense de las drogas, es el Carnaval de Mazatlán, que se verifica durante alrededor de una semana entre los meses de febrero y marzo de cada año. Varios cientos de miles de personas se dan cita en el puerto del Pacífico mexicano para dar rienda suelta a una fiesta desenfrenada, de éxtasis disímbolo, virtual y real, que se desarrolla frenéticamente durante las noches sin fin, entre los espectáculos en vivo de los conciertos musicales, el baile, la danza popular, los desfiles alegóricos, la cerveza, el vino, el alcohol, y que se observa inclusive, casi sin tregua, durante las mañanas, las tarde y las horas diurnas de la expansiva y lúdica celebración. En el ritual multitudinario, el escenario de masas combina las bifurcaciones, los nexos y los vasos comunicantes de las tradiciones, las costumbres y la modernidad, en donde se alza como un

²⁹ **Ibidem.**

personaje primordial, a través de su simbolismo, el mundo del narcotráfico y su espectacular y curiosa parafernalia.

De hecho, podría categorizarse a esta fiesta pagana como un festejo carnavalero mayoritariamente campirano, diseñado en lo fundamental para públicos de los sectores rurales. Decenas de miles de visitantes del campo y de la sierra y de las franjas rurales de los estados vecinos como Nayarit, Durango, Chihuahua, Sonora, y de entidades un tanto más distantes como Baja California, Nuevo León, Jalisco y Michoacán, bajan y arriban puntualmente al bullicioso puerto. Y terminan por ser copartícipes con la población urbana y con los turistas, nacionales y extranjeros, de un aquelarre y de una catarsis que ofrece un panorama y un paisaje iconográfico en el que, de facto, ciertas transgresiones simbólicas invaden abierta y libremente los escenarios y sitios de festejo, los estrados y las calles mazatlecas.

Entre el arcoiris escenográfico, hombres y mujeres ataviados de voluptuosidad, fervor, hedonismo y/o sensualidad, no tienen empacho en reiterar y ratificar el gozo, el placer y el gusto por una fiesta carnestolenda que les permite exhibir y desinhibir, en parte, su condición social y sus tendencias ideológicas y culturales. Se trata, en la suma y la síntesis cultural, de un espectáculo masivo que constituye, o por lo menos representa, una invasión y una toma popular --con la aquiescencia y el auspicio de los poderes formales municipales, estatales y hasta federales--, de la calle y de los escenarios públicos ciudadanos.

La fiesta popular, según algunas fuentes, se remonta al año de 1827, aunque se señala el año de 1899 como el de su formalización cuasi-institucional. A lo largo de su historia ha resentido cambios, pero su esencia sigue siendo la misma: la aceptación simbólica de diversos mecanismos de transgresión por parte de la sociedad. Un autor sostiene que el carnaval interrumpe la monotonía de la existencia y... pone a muchos (individuos) “en su verdadero carácter”. Es decir: los

transgresores a los que se han referido Arendt y Giddens, que están potencialmente en la sociedad “normal”, aparecen de pronto, se desinhiben y se exhiben de múltiples maneras, a veces cruda y realmente, sin inhibiciones, a veces virtual y simbólicamente durante las fiestas y las manifestaciones culturales construidas por la sociedad. Enrique Vega Ayala, historiador y cronista del puerto mazatleco, en un texto breve sobre la historia del festejo, afirma que estos son los tiempos de las multitudes y de la cultura de masas. En este marco, la fiesta del carnaval

“es una de las formas multitudinarias más antiguas, quizás en su género la más vívida, la más contundente respuesta masiva frente a la opresión individual cotidiana... En sentido estricto el carnaval es bullicio, multitud, música, embriaguez, transgresión de las formas sociales del **decoro y la urbanidad**. Carnaval implica la desaparición virtual de la autoridad... Este “relajo” no requiere promociones ni organizadores, no se rige por reglas estrictas ni obedece a planeación algunas, es por naturaleza espontáneo y a los hipócritas les escandaliza, les asusta”.³⁰

Actualmente en el Carnaval se han establecido espectáculos para diferentes tipos de público en zonas y foros distintivos. Sin embargo, en general la festividad tiende a vincular e imbricar simbólica y culturalmente a diversos sectores y clases sociales. A final de cuentas se trata de una manifestación de masas, ocasional, en el que las particularidades tienden a diluirse y desaparecer bajo el imperio y la égida del desahogo tumultuario. En la fugacidad de la convivencia, sin embargo, se corroboran rasgos comunes, identitarios, que cruzan, tocan y unen, aunque sea de manera incidental, a una diversificada y diferenciada estratificación social, a través fundamentalmente de los productos de la industria de la cultura y la comunicación. La música regional, reformulada, expandida y explotada nacional e internacionalmente por las corporaciones **mediáticas**, en este caso, es la elaboración cultural y el medio que abre las compuertas, en buena medida, para posibilitar y

³⁰ Enrique Vega Ayala (1992), **Historia del carnaval de Mazatlán**, Ed. DIFOCUR-CODETUR, Mazatlán, Sinaloa.

enmarcar las coincidencias, los acercamientos, las afinidades y los nexos entre los distintos públicos y sectores sociales, urbanos y rurales.

La efervescencia de la celebración profana, que se ha ganado al paso del tiempo un tácito derecho público no oficioso a su reiteración como parte de los hechos factuales de la cultura, es una de las magnas tradiciones de mayor arraigo entre la población. Y en tanto que es una parte esencial de la fenomenología, las creaciones y las ritualizaciones históricas, socialmente estructuradas, de la sociedad sinaloense, lo que en la fiesta se verifica y reitera posee connotaciones y denotaciones significativas y trascendentes. De inicio, la población concibe al Carnaval como parte sustantiva, insustituible, de los festejos y prácticamente de lo que se autodefine desde la **doxa** como parte de la identidad cultural sinaloense y mazatleca. Como reflejo y expresión de la textualidad social, amplios segmentos de la sociedad miran y viven la fiesta no sólo como una entrañable tradición, sino hasta como parte esencial de sus símbolos culturales. En esta idea, no solamente por su importancia económica, sino por su significación sociocultural, la conmemoración ofrece un abanico de manifestaciones que permiten visualizar, entender y explicar aspectos diversos de la cultura en la región.

En las poblaciones rurales de los alrededores del puerto mazatleco, en muchos casos los jefes de familia, que convalidan una costumbre, inclusive ahorran lo que pueden a lo largo del año, para contar con recursos que destinan especialmente para la celebración carnavalera. Y ya en ella, contratan a grupos y bandas musicales para que les complazcan de acuerdo a sus preferencias y gustos particulares. En el malecón y las calles porteñas, de hecho, como dice una canción de José Alfredo Jiménez, entre el escándalo que mezcla ritmos, sonidos y canciones de otros grupos que en el paseo costero tocan al unísono, a los carnavaleros “los sigue la tambora”, para arriba y para abajo. Decenas de miles de individuos, con la

indumentaria típica, ratifican en las noches sin tregua a uno de los estereotipos fundamentales de la sociedad sinaloense: el culto a la fiesta desenfrenada.

Aparte del Carnaval mazatleco, y de un pequeño carnaval que se realiza simultáneamente en Guamúchil, en el centro de la entidad, tienen verificativo en los 18 municipios, más de 400 fiestas patronales durante el año en las principales poblaciones urbanas y rurales. En ellas, igualmente, se despliega el temperamento festivo en la entidad, y en la convivencia y la interacción sociocultural de las multitudes aparecen los síntomas constantes de las informalidades, las transgresiones y las desviaciones sociales. Sembradores, productores, distribuidores, traficantes y consumidores comparten espacios geográficos y formas de entretenimiento y diversión, que se desplazan hacia los barrios, calles y diversos sitios de las localidades en juerga, así como a los propios interiores de los hogares familiares. En los albores de uno de los más recientes carnavales fue abatido por presuntos policías uno de los principales jefes del llamado “Cártel de Tijuana”: Ramón Arellano Félix, quien también supuestamente se encontraba en el puerto para intentar asesinar a uno de los altos jefes de un fuerte grupo rival, el de los Carrillo Fuentes, conocido como el “Cártel de Juárez”: el “Mayo” Zambada. Pero más allá de este hecho, la vida sinaloense, como por contagio ofrece destellos de una conmemoración de festejos intermitentes, pero al mismo tiempo de histórica recurrencia y frecuencia. En medio del simbolismo cultural, y ahí en los fondos de las formalidades y normalidades socioeconómicas de la vida pública, la vida cotidiana podría mirarse también hasta como una subyacente y perenne fiesta.

Al referirse a una de esas festividades, la del municipio sureño de Concordia, al pie de la Sierra Madre Occidental, hacia los rumbos del estado de Durango, el sociólogo Arturo Lizárraga ha llamado la atención respecto de ciertos aspectos destacados que aparecen en el prosenio cultural y social. Entre el fervor de las muchedumbres, además de los elementos tradicionales que glorifican el machismo,

la reciedumbre, el escándalo y la virulencia, que intentan reflejar el carácter y el temperamento fuerte de los hombres sinaloenses, circulan otros símbolos que “enaltecen otros valores”, interactuando con los primeros, y entre los cuales se establecen y libran “verdaderas batallas” simbólicas:

“unos para reforzar la identidad, otros para transformarla. Sobran los que hacen alusión al tráfico de estupefacientes, como los dibujos de “cuernos de chivo” y hojas de mariguana en las camisas, imitación seda, que portan algunos individuos”.³¹

Explica que en el caso de las zonas eminentemente rurales, puede hablarse de que se trata de una tierra de gente “de carácter” donde predominan, en las celebraciones, “los símbolos que exaltan lo macho, lo bravío”, la tendencia y disposición hacia el dominio de lo otro, del medio y de los demás. Y es que las actividades cotidianas, propias del medio rural,

“como la doma de las bestias del campo y el cultivo de la tierra, hacen del hombre de la región --junto con la historia sociocultural, por supuesto--, un hombre rudo, y para el punto de vista de la gente de los medios urbanos y del sur del país, hasta violento. Se refleja el carácter en las canciones que escuchan, por ejemplo “El rey de mil coronas”, “La mula prieta”, “Catarino y los rurales”.³²

En las colonias populares y suburbios de las ciudades, y las no tan populares, los constantes festejos parecen una epidemia de festividades y jolgorios. Los vecinos cierran arbitrariamente las calles, instalan el sonido e inician lo que ya de por sí constituye una acción violenta por los altos niveles del volumen. Y entonces la virulencia fiesterera, en la que incluso participan jóvenes y niños, generalmente se prolonga durante toda la noche, y más; y en realidad a nadie parece importarle las

³¹ Arturo Lizárraga, “Concordia enfiestado”, diario **Noroeste**, Mazatlán, 5 de febrero de 2000, Mazatlán, Sinaloa.

³² **Ibidem**.

molestias que se puedan causar a los vecinos. Algún tiempo después estos vecinos terminarán haciendo lo mismo: se trata de prácticas aceptadas y asimiladas por el grueso de la población. “Se generan ruidos espantosos y no hay manera de que se les pueda callar”. Y cuando los eventos son organizados por los narcos, “que nunca faltan”, la policía brillará siempre por su ausencia: “Todo esto forma parte de la influencia que recibimos y que hemos estado recibiendo desde hace décadas”, apunta por su lado Elmer Mendoza, uno de los maestros y talleristas históricos de la Dirección de Investigación y Fomento de Cultura Regional (DIFOCUR), organismo oficial del estado.

En los años de la década de los ochenta, aparte de las múltiples reuniones “selectas” que solía organizar con grupos de periodistas e incluso con empresarios, el mitificado traficante Manuel Salcido Uzeta, “El Cochiloco”, cuando decía que se estaba regenerando de sus actividades en el tráfico de drogas, organizaba en los barrios e incluso en céntricas colonias mazatlecas fiestas de vinculación popular con cientos y hasta algunos miles de invitados, en las que abundaban la comida, las bebidas y la música, con grupos y bandas de renombre; el propósito, decía, era agradecer y agasajar a los vecinos por el afecto que le prodigaban. En esos tiempos, “El Cochiloco” era conocido en los círculos policiales como “el Comandante Martínez”, y sus fiestas eran custodiadas por partidas especiales de las propias policías municipales y judiciales estatales y federales. Y la población recuerda aún aquellas enormes y escandalosas comilonas.

Al respecto, Alfonso Santos Palacios, entre inevitables sonrisas, exclama:

“Yo estuve de colado en alguna de esas comilonas populares. Francamente eran aquellarres, pachangas descomunales”³³.

³³ Alfonso Santos Palacios, *Ibid.*

--El narco y los escenarios cotidianos.

Por su parte, el otrora director de la revista literaria **Luvina**, César López Cuadras, entrevistado en varias sesiones en Mazatlán, Guamúchil y Guadalajara, y en esta ocasión en sus oficinas de la Universidad de Guadalajara, en la capital jalisciense, afirma que el narcotráfico es un poder que se ha ido filtrando, expandiendo y que ha venido cubriendo no sólo lo material del tráfico, sino los aspectos espirituales y culturales. La música, en sus variantes regionales de tambora, banda y corridos, se ha transformado, degenerado y hasta corrompido debido a los impactos de la industria de las drogas, apunta el también catedrático universitario. Así, esta actividad no únicamente opera como un poder económico y de violencia “extraordinaria”, sino que tiende a “desarrollar” las formas concomitantes

“de todo poder, en los planos subjetivos del espíritu y la cultura. De tal manera que ahora tenemos religión, música, literatura, pintura, teatro y arte y espectáculo en general que se inmiscuyen de forma natural entre los asuntos de la producción, el tráfico y el consumo de enervantes. Se trata de un fenómeno complejo que se ha extendido a todos los ámbitos y esferas de la vida social. Es, con toda claridad, un fenómeno cultural, y si su estudio no es abordado de esa forma, como fenómeno cultural, resultará incomprensible”.³⁴

Agrega que existen elementos iconográficos, que ya estaban como afiches de las costumbres y los hábitos culturales, pero que han sido “resemantizados” por la fuerza y la influencia del narcotráfico. Es decir: originalmente tenían otro sentido, y ahora reunidos en un nuevo patrón cultural y de consumo, en un nuevo patrón de comportamiento y contexto, estos materiales, artefactos o “botones” simbólicos, dispersos, cobran una diferente significación simbólica. Están los ejemplos de los cintos “piteados”, los pañuelos rojos alrededor del cuello, el sombrero, el uso extendido de las botas bajo un ambiente climático caluroso y asfixiante, las alhajas y

³⁴ César López Cuadras, entrevista con el autor, junio de 2002, Guadalajara, Jalisco.

la vestimenta de jeans rurales “camp” adoptados en las zonas urbanas. Y apunta el escritor, quien fuera durante varios años investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la UAS en Mazatlán, que en el caso particular de las camionetas “pickup”, en un principio fueron símbolo del poder económico de los agricultores de los ricos valles de riego del centro y norte del estado.

La abundancia de camionetas de diferentes marcas y tipos puede observarse en los sitios más inverosímiles, en valles productivos y en zonas de muy escasa producción agropecuaria legal. Las ciudades y las poblaciones rurales, las carreteras, las calles y los caminos de terracería muestran una constante circulación de tales unidades automotrices. No sólo son utilizadas como mecanismos de trabajo, sino también como símbolo de estatus, de posición social y que en determinados momentos degenera o se extiende hacia una posición de ostentación y extravagancia. En muchos de esos autos imponentes, tras los vidrios generalmente polarizados, aparecen figuras emblemáticas que expresamente sus propietarios han mandado diseñar (en ciertos casos ya vienen de fábrica): el clásico sombrero tejano; una guitarra; una serpiente cobra; una flor de amapola; algunas hojas o hasta una planta completa de marihuana; la imagen de Malverde; una metralleta “cuerno de chivo” (AK-47); o bien los iconos de la Virgen María y Jesucristo. Los nuevos aportes iconográficos, que se ven, claro, en diversos puntos del país, son los automóviles que asemejan haber sido baleados o ametrallados, con la utilización de calcomanías realizadas con detallismo y a veces los dibujos y artificios de ametrallamiento son plasmados directamente con pintura sobre las vestiduras metálicas.

Desde algún lugar de la geografía sinaloense, Segismundo Quintero, citado antes, explica que entre muchos grupos de sembradores, productores y traficantes de drogas se establecen acuerdos tácitos y hasta reglas internas, las cuales pueden observarse a través precisamente de algunas evidencias iconográficas, como en el caso de las camionetas, o en la misma vestimenta. Arguye que los sembradores de

drogas “bajan” a las ciudades, en tanto que se sienten excluidos del mundo, con la intención, entre otras, de reivindicarse socialmente. Y entonces se dedican, mientras pueden, y cuando bajan es que pueden, a “comprar cosas”:

“Compran lo que sea. Por ejemplo, una camioneta nomás porque les gustó, aunque ya tengan en su poder algunas parecidas. Les gusta mucho lo grande, lo grandote, lo exagerado. Lo bestial y lo bruto. Generalmente gustan de las camionetas negras, aunque últimamente están usando un azul oscuro-turquesa. Sin embargo, el negro les fascina. Incluso hay ocasiones especiales, de trabajos especiales, en donde casi todos los integrantes del comando llegan a vestirse de negro. La ropa de mezclilla negra con gorros negros, camisas y camisetas negras, lentes negros, pasamontañas negros y hasta ropa interior negra. Y claro: armas negras. Como que el negro es un tono que apantalla, criminalmente”.³⁵

De su lado, el también periodista de radio, Felipe Guerrero Bojórquez, oriundo de Los Mochis, aunque ha radicado en Mazatlán desde hace unos treinta años, al analizar el impacto de la industria de las drogas, indica que los efectos pueden encontrarse en todos los rincones, esferas y ámbitos de la sociedad: nada ni nadie está exento. Y en cuanto al sector económico, “pues ha permeado y determinado las relaciones en el mercado, así como las relaciones mercantiles”.

A partir de sus múltiples signos corrosivos que tienen que ver con el poder económico, su invisibilidad, su capacidad movilizadora y subterránea, esta industria transgresiva, añade, ha sido capaz de degenerar, trastocar o transformar viejas tradiciones y viejos valores sociales: “Las imágenes y los iconos que ha creado el narcotráfico son muy rentables: venden mucho”. Explica que al fenómeno no basta verlo sólo en torno a la producción, al tráfico y el consumo de enervantes. El problema estriba en que, como una suerte de relación causal en torno a la industria,

³⁵ Segismundo Quintero, entrevista con el autor.

se ha conformado una forma “de crear y vivir”, en donde todo tiene un precio. De tal suerte que “hasta la forma de ser vale, cuesta”. Y esto tiene que ver, por ejemplo, con el tipo de sombrero, los lentes, la indumentaria, los restaurantes, la comida, la marca del whisky, los vehículos y las formas de conducir, los sitios de entretenimiento, la música. Respecto del comportamiento cotidiano de los actores y traficantes medianos y de niveles bajos de la industria, suelen ser escandalosos, altaneros y prepotentes, a diferencia de los jefes y “capos” que prefieren la discreción y el bajo perfil público. Felipe Guerrero ilustra y detalla que en Sinaloa es

“donde más camionetas “Lobo” se venden. Dicho de otra manera: los narcos imponen las marcas de los vehículos que hay que traer. Antes de las “Lobo” fueron las “Rams” (las de borreguito); luego precisamente de las “Lobo”, las camionetas “Durango”; después las “Winstar”; y ahora son las camionetas “Lincoln”, que son por cierto muy caras. Las “Cherokees” son de los federales, de la gente del gobierno. Las “Suburban” son de los políticos y a esas no se suben los narcos, no sea que a éstos los vayan a confundir, aunque entre ambos ámbitos de intereses se haya dado en nuestro país una colusión histórica. Un rasgo de los narcos, para medir incluso su nivel de fuerza, su influencia y a veces hasta su ego, son los estilos y las modas que se atreven a definir: determinan las marcas que hay que comprar y eso permea a los demás miembros de los grupos”.³⁶

En tal sentido, opina el escritor López Cuadras, las “placosas” camionetas son “símbolo” de la subterránea industria: “el narco que no ande en una agresiva camioneta patinando llantas por el centro de las ciudades pues no es narcotraficante que se precie”. Si la gente ve una camioneta determinada, que abundan, y esa gente exclama que “es muy placosa”, sin duda que denota visualmente presunción y altanería. Pero hay que entender que no es la ostentación del viejo rico de carácter aristocrático. Se trata más bien de las exageraciones de los nuevos ricos, envueltos en el consumismo, que recién y abruptamente han llegado: es el “rico narco-naco”, sentencia López Cuadras, quien agrega que aunque la figura simbólica más

³⁶ Felipe Guerrero Bojórquez, entrevista con el autor.

trascendente es la del “santo bandolero” Malverde, empero, las diversas manifestaciones iconográficas, como las de la arquitectura urbana y rural, también son muy llamativas y significativas.

“Con las residencias y “bunkers” increíbles, con sus cúpulas de tipo árabe y oriental, con azulejos, aluminio dorado y cristales ahumados. Estos son también aspectos importantes en la hibridación cultural. Dicen “los pobres nuevos ricos del narco: “como ya tengo lana pues me voy a construir una “casototota”, pa’ que los demás se fijen y pa’ que aprendan”. A estos comportamientos no los puede uno tildar simplemente como expresiones aisladas de pequeñas bandas de ilegales. En la expansión paulatina de los modelos se observa que el problema es social, que es un fenómeno de una parte muy activa de la sociedad, que se resignifica en los medios y la industria de la comunicación y que ha generado una cultura. En suma, se trata de híbridos culturales de pésimo gusto, y lo que sentó un precedente fue acaso el “Partenón” de Arturo Durazo Moreno”.³⁷

En varias zonas, barrios y colonias de las principales ciudades sinaloenses, como Culiacán, Mazatlán, Guasave, Guamúchil y Los Mochis, pueden encontrarse edificaciones de casas habitación con una pretendida elegancia, aunque más bien muestran un colage y mezclas de estilos arquitectónicos de variada procedencia. La colonia Las Quintas en Culiacán y el fraccionamiento Lomas de Mazatlán en el puerto, destacan por la gran cantidad de construcciones que evidencian desde las mismas fachadas a sus moradores y propietarios, aunque muchas de ellas se encuentran abandonadas y deterioradas, pues los dueños andan a “salto de mata”, huyendo, están escondidos o bien han sido detenidos o asesinados. Hay que señalar, empero, que los propietarios de muchas residencias, no han sido solamente personajes ligados al trasiego y producción de alucinógenos, sino que familias y habitantes comunes de los sectores sociales tradicionales y legales, con abundantes

³⁷ César López Cuadras, entrevista con el autor, Guadalajara, Jalisco.

recursos monetarios por supuesto, han adoptado tales modelos como una suerte de moda que gana cada vez más adeptos. El periodista Felipe Guerrero comenta:

“La gente ve una casa con cúpulas y de inmediato dice que se trata de una casa de narcos. Parecen, las edificaciones cupulares con aires góticos, un signo característico de esta arquitectura distorsionada. Y su influencia es cada vez más notoria. Vamos, la industria de las drogas ha distorsionado todo: la música, la vestimenta, a la propia industria radiofónica e incluso a la información de los medios de comunicación. En suma: nos distorsionó la vida, aunque con la tolerancia, la participación y la aceptación de la sociedad”.³⁸

En Mazatlán, por ejemplo, en el paseo costero, resalta por sus dimensiones una auténtica fortaleza particular que abarca prácticamente toda una manzana de construcción, propiedad de un exgobernador de los años de esplendor de la violencia en los años ochenta, aunque el bunker es más bien de estilo modernista y austero en cuanto a fachada y exteriores. El narrador López Cuadras apunta que aunque los estilos y las mixturas coloridas evocan al “kistch” urbano de tipo “wharholiano”. En Sinaloa, aunque se trata de un híbrido, más bien pesan los elementos y signos locales en las edificaciones; de suerte se observa un producto que en su mezcla resulta auténtico, local, y que se ha ido definiendo conforme a los patrones culturales de carácter compulsivo de la entidad, marcados por la efervescencia económica provocada por los dineros abundantes ligados al tráfico de estupefacientes.

En las zonas rurales pueden observarse también edificaciones de esa naturaleza. Abundan casas con pequeñas torres tipo campanario y azulejos, ventanales con aluminio dorado, vidrios oscuros, terrazas y barandales con motivos de colores fuertes y chillantes y adornos multifacéticos. Incluso en lugares muy distantes y apartados, como en los altos de la sierra. En el municipio de Badiraguato, arriba del poblado de Surutato, casi en la frontera con el estado de Chihuahua, en el

³⁸ Felipe Guerrero Bojórquez, entrevista con el autor.

rancho “Las Tunas” es famosa una enorme construcción, destacando de forma extraña o quizá como expresión surrealista, una fortaleza palaciega entre la maleza y los árboles de la montaña, que presuntamente es propiedad de Joaquín Guzmán Loera, “El Chapo”. Y de hecho en todos los municipios de la entidad llaman la atención las residencias-bunker, con vastas extensiones y con capacidad de garaje para varios autos y camionetas, las cuales contrastan con el resto o con la gran mayoría de las viviendas comunes, modestas y humildes de la población.

La escenografía arquitectónica se refleja también en otros espacios, como los destinados al entretenimiento y la diversión, sobre todo en la ciudad de Mazatlán. Aunque no necesariamente sus propietarios estén vinculados con la industria de los enervantes, las fachadas muestran ciertas pistas marcadas por los estilos narcos. Sitios de shows para turistas y noctámbulos nativos, sobre el malecón, ostentan precisamente enredadas formas y estilos en nuevas construcciones como el caso del centro nocturno “Ramsés” que exhibe enormes sarcófagos en la fachada; o bien el centro de espectáculos “Frankie Oh”, incautado por la Procuraduría General de la República, que muestra un estilo que remitía a edificaciones montañosas semi-ocultas y clandestinas del medio oriente, propiedad de Francisco Rafael Arellano Félix y del exboxeador Julio César Chávez, el primero actualmente preso en el penal de La Palma, en Almoloya. Entre una variedad de edificaciones, destaca en especial un complejo de centros de juego y diversión identificado como “Valentinos”, ubicado junto al mar y donde inicia la parte concebida de manera particular para el turismo, conocida como la “zona dorada” (o la zona “drogada”) de Mazatlán. El estilo arabesco y palaciego, espectacular y llamativo, es un icono de identificación o delimitación de fronteras que se observa a varios kilómetros de distancia.

La iconografía del narcotráfico también se ha trasladado al mundo simbólico, por excelencia, de la muerte: los cementerios. En estos, hay tumbas que se construyen como honor y homenaje a los “héroes” fallecidos, y que en la acción post

mortuoria los herederos, familiares y parientes pretenden seguir demostrando y exhibiendo simbólicamente poderío y fuerza. Y como parte del escenario, dice Elmer Mendoza, se ha hecho cada vez más común que los deudos y sobrevivientes coloquen fotografías de los muertos, así como leyendas, letreros, adornos especiales, relicarios y recuerdos que hacen apología de acciones y gestas vinculadas a la violencia. Los difuntos, los que en su existencia estuvieron vinculados al negocio de las drogas y que hicieron de la ostentación de cosas materiales parte de su fugaz filosofía de la vida, prosiguen reiterando sus poderes transgresivos hasta en la muerte. Y esas edificaciones lujosas en los cementerios tradicionales, ya las quisieran muchísimos individuos vivos como casas para vivir.

Comenta el narrador César López Cuadras, por su lado que, además, en los panteones de los pueblos y ranchos se construyen “verdaderos mausoleos” y joyas arquitectónicas para los integrantes de las familias de los narcotraficantes. Lo curioso es que esos cementerios “se han venido poblando muy rápidamente”. La dinámica de la industria criminal de los estupefacientes cobra sus cuotas y facturas de manera implacable. En varios casos, tales cementerios dan la impresión de ser una especie de “reino póstumo y natural de los narcos”, como un símbolo crudo y excesivo, expresivo e ilustrativo de una sociología de la muerte. De cruces y tumbas están llenos, literalmente, los caminos de la geografía sinaloense. El escritor difícilmente abandona el humor y el sarcasmo: “esos muertos siguen viviendo mejor que muchísimos vivos”. Y puntualiza el catedrático de la Universidad de Guadalajara, autor de la novela **Macho profundo**:

“uno entra a un cementerio y rápidamente descubre el tipo de tumbas: las que son de narcos y las de los simples mortales”.³⁹

³⁹ César López Cuadras, entrevista con el autor, Guadalajara, Jalisco.

A la orilla de los caminos y las carreteras que cruzan la geografía estatal se localizan capillas que dan cuenta de accidentes, zafarranchos, ajusticiamientos y enfrentamientos, como detalles simbólicos de una actividad agresiva y delictiva incesante. A la memoria de personajes de oscura estirpe, resaltan también por su tamaño, concepción y diseño esmerado. Por ejemplo, a un costado de la carretera de Mazatlán a Durango, camino a las alturas de la Sierra Madre Occidental, llama la atención un pequeño templo, de unos 2.5 metros de altura por 2 de ancho aproximadamente, como réplica de una iglesia con sus torres de campanarios, construido entre la espesura del bosque y sobre la falda de un cerro de pinos. Como acceso para el altar fue edificada también una esmerada y limpia escalera de concreto de unos ocho metros de altura por uno de ancho, y de unos 20 escalones, que unen precisamente el asfalto de la carretera y el curioso templo, en medio del silencio solitario de la montaña, bajo la fría fronda de las elevadas coníferas. Acercarse no deja de ser una osadía, pues la carretera, sinuosa de por sí, tiene sólo un reducido acotamiento.

Empero, el simbolismo de esta edificación resalta también por el misterio: no se alude a quien falleciera en tal sitio; y mucho menos se sabe el cómo. Pero sin duda que resulta, la obra, de especial valor en la memoria de los deudos: no se muestran señales de abandono, dada la pulcritud, limpieza, cuidado y atención que se le brinda con religiosidad al pequeño edificio de la memoria, el luto y la muerte, cuyo límpido interior es resguardado por una imagen de la Virgen de Guadalupe. Y, colocados a sus lados, como para fortificar una simbiótica creencia, por aquí y allá, veladoras, oraciones en postales y relicarios de Malverde, el ánima sinaloense.

C) De transgresiones y de muerte

“Ninguna sociedad puede dividirse sin más entre los que se desvían de las normas y los que las aceptan. Todos transgredimos en alguna circunstancia reglas de comportamiento generalmente aceptadas...”.

Anthony Giddens

En función de lo que hemos visto, inmiscuirse en el interior de la cultura sinaloense, en un sentido conceptual amplio, entraña transitar entre senderos y desfiladeros, cargado de antemano, al unísono, de precaución y adrenalina. Se trata de un mundo escatológico, sórdido y al mismo tiempo espectacular. En este sentido resulta sugerente como fenómeno sociocultural; en parte, a su mezcla o fusión de aspectos y escenarios debe su atractivo como temática. Y en tanto que problemática, en su rudeza y cercanía constituye un reto para el entendimiento, la comprensión y la explicación. Dada la historia conflictiva, la fama y los hechos espectaculares, los sórdidos y los cotidianos relacionados con la violencia, recurrencia conquistada con base en realidad, creencia y mitología, abordar críticamente la cuestión coloca al observador o al analista en una situación complicada para tramitar adecuada y de manera pertinente las múltiples dimensiones que conforman el fenómeno.

El ambiente social, las redes criminales y las secuelas emocionales de la violencia, el crimen condicionan las acciones y las reacciones cotidianas de la propia población. La sangre derramada entre los caminos y escondrijos de la sierra, de los valles y campos agrícolas, o entre las calles y espacios ciudadanos de la geografía del hábitat estatal, constituyen aún la sustancia o el material primordial, por ejemplo, en la labor informativa de los medios impresos de comunicación sinaloenses. Y es que la muerte, ligada a la industria de las drogas, prosigue con su rutina diaria y su mortaja sociocultural, en el campo, en la sierra y en las ciudades.

En un contexto de riquezas económicas focalizadas en ciertas esferas, pero de innegable pobreza y miseria sociales extendidas, tanto en los ámbitos rurales como en los urbanos, se ha fortalecido en Sinaloa, sobre todo, la incertidumbre en torno a la seguridad, en donde grupos facciosos (sin el añejo control vertical) se disputan mercados y territorios, fundados en una cada vez más caótica pero poderosa industria del narcotráfico. Sin embargo, desde el submundo de la desviación, que ha tocado con sus esquirlas todas las esferas de la vida pública, se han cristalizado diversas manifestaciones ideológicas y culturales, que ocupan de manera central la vida y el imaginario colectivo de la población. Las influencias, los impactos, la asimilación, la reinterpretación y la puesta en juego de estas construcciones socioculturales, simbólicas y significativas, son la trama en torno a la cual se mueven común y cotidianamente los individuos y los grupos sociales y que hacen posible los actos, las acciones y los comportamientos cotidianos.

La maquinaria empresarial del oligopolio de los narcóticos, en tanto matriz ideológica y cultural, ha expandido y heredado su legado a través de formas y prácticas simbólicas en el entorno social, en las concreciones infraestructurales, en el efervescente movimiento de los recursos económicos, en la exacerbación de la violencia y en los circuitos del imaginario y la mitología social. Sin menoscabo de la fantasía popular y de la exageración en que suelen caer los medios de comunicación que le han atribuido, y le atorgan aún, poderes magnos y hasta supraestatales, es indudable que el alcance y el impacto de la industria del “narco” ha sido real, y a la postre ha inducido a la transformación de grupos, segmentos sociales y comunidades. La mezcla de viejos y nuevos hábitos, la mixtura cultural ha implicado en Sinaloa un sincretismo peculiar en virtud de la incorporación de un factor distintivo frente a otras regiones del país: el cultivo de la transgresión.

No estamos refiriéndonos a una cuestión menor: en tanto estado matriz del narcotráfico, como actividad ilegal que a más de cien años de sus primeros escauceos, ha sorteado altas y bajas, presiones, control, dificultades sociales, políticas, jurídicas, policíacas. Empero, a la postre sigue incólume como industria perturbadora pero eficaz, y que según algunos cálculos, subterráneamente da empleo a cerca de un millón de trabajadores en el país. Las redes y las cofradías de productores y traficantes han sabido adecuarse a los cambios sociales y políticos, pese a las persecuciones y detenciones de ciertos jefes visibles. La experiencia, la permanencia y la sofisticación de la industria le ha permitido trascender tiempos, regímenes y políticas nacionales e internacionales. Y es que, como ha dicho Foucault, el incremento de las prácticas ilegalistas resulta correspondiente a “una extensión” y “un afinamiento de las prácticas punitivas”.

En estos primeros tiempos del nuevo milenio, se vive un poderoso auge, aunque caótico en ciertas regiones del país, de la industria de los enervantes ilegales. El orden piramidal de anteriores tiempos, cuando los líderes y las facciones ejercían un poder más cerrado y un control más amplio y eficiente sobre las redes y las distintas fases del “negocio”, se ha transformado en una estructura productiva y comercial dispersa, en el que la proliferación de grupos ha generado una más diversa y dura competencia. Acaso esto tiene que ver con el impresionante y compulsivo incremento del consumo de estupefacientes a nivel local, nacional y mundial. La aparición de traficantes de diversa índole, ralea y estirpe ha desembocado, por supuesto, en una ampliación y compartimentación del mercado, de las rutas y de los territorios productivos en disputa por parte de productores y distribuidores. Una de las consecuencias son los enfrentamientos criminales, las venganzas, los ajustes de cuentas en donde no quedan vivos, literalmente, ni el perro, el gato o el perico, a contrapelo de las añejas usanzas. Sin embargo, en medio de la vorágine y el vértigo, la de las drogas es una actividad que prosigue viento en popa, pese a las muertes, a la inseguridad, y a los miedos y temores que se resienten en la sociedad.

Las venganzas, los ajustes de cuentas y los conflictos por el control de espacios y zonas entre los grupos de productores y traficantes de drogas, así como la diversificación de éstos ante la expansión del mercado y el consumo, ha dado como resultado un más escandaloso comportamiento criminal. Hasta hace pocos años, inclusive durante la última década del siglo XX, los clanes delictivos cuando decidían ajusticiar a algún personaje, aún solían respetar la vida de sus familiares o acompañantes. Esta regla no escrita, pero que en general y en la mayoría de los casos se cumplía entre los grupos de traficantes, al parecer pasó a la historia. En cambio, en los años recientes, las armas de grueso calibre de los sicarios arrasan con todo lo que rodea a la víctima, incluidos mujeres, niños y hasta mascotas. Son los nuevos tiempos y los nuevos estilos, en donde los controles piramidales de antaño que ejercían los grupos se han transformado, ante la aparición de una gran cantidad de pandillas y delincuentes libres, sin nexos estables con los productores y distribuidores más fuertes; estos nuevos grupos de traficantes, definidos muchos de éstos como “narcopiratas”, “narcomenudeos” y “puchadores” en sus afanes por destacar, defender y ampliar sus áreas de influencia en el mercado, se enfrentan escandalosamente de forma cada vez más frecuente con consecuencias fatales, incluyendo vecinos y transeúntes inocentes, en el campo y en las ciudades.

Como ejemplos de esos diferentes estilos de ejecución, resaltamos algunos sucesos que llamaron la atención de los medios de comunicación y que conmocionaron a la sociedad. El 22 de febrero de 1988 el periodista Manuel Burgueño Orduño, profesor de bachillerato en la UAS, articulista del diario **El Sol del Pacífico** y editor del periódico marginal y artesanal **Deslinde** en Mazatlán, a través de los cuales realizaba una crítica punzante, y hasta beligerante se decía, en donde fustigaba a personajes, políticos y actores de la vida pública regional, y en los que ponía especial interés sobre los asuntos del narcotráfico, fue ejecutado en su domicilio por tres jóvenes sicarios. Era un mediodía de un lunes caluroso en el

fraccionamiento Infonavit Playas, como cualquier otro en el puerto, y el periodista, acompañado de tres de sus hijas, dos yernos y sus pequeños nietos, aún no se reponía del fallecimiento de su padre, ocurrido recién el viernes anterior.

Charlaba Burgueño con un amigo cercano que había llegado a expresarle sus condolencias, cuando de pronto irrumpieron tres sujetos con antifaz (la puerta a la calle estaba abierta, como es costumbre en ciertos barrios populares) pretendiendo que se trataba de un asalto. Mientras ordenaban que entregaran carteras y dinero, preguntaron quién era Manuel Burgueño. En medio de gritos y empujones, en una habitación encerraron a los yernos y a los niños, y en el baño a las mujeres; en la refriega a uno de los sujetos se le caería el antifaz, pero de cualquier modo en otra habitación, encañonado por supuesto, pusieron boca abajo al amigo del periodista, a quien advirtieron: “¡No voltees porque te mueres, cabrón!”. Minutos después se escucharon tres o cuatro detonaciones en la sala de la casa: habían herido de muerte al periodista. Los sicarios abandonaron el lugar dejando como mudos testigos carteras y dinero, y con vida a las mujeres, los niños, los yernos y al amigo. Este último, en entrevista, confiesa aún con los recuerdos y las emociones a flor de piel, que el episodio le trastornó y le transformó la existencia. Y rememora:

“Cuando escuché el primer disparo hasta pensé que había sido contra mí. Ya estaba resignado a que se trataba de los últimos instantes de mi vida. Pero en realidad su objetivo único era el periodista Manuel Burgueño Orduño.”⁴⁰

Alrededor de una década más tarde, las vendettas y ajusticiamientos ya habían cambiado de estilo en prácticamente todo el estado. Mujeres y niños empezaron a ser alcanzados por las ráfagas de metralleta de la venganza y los escarmientos. Funcionarios, abogados, periodistas, magistrados, líderes políticos y

⁴⁰ Entrevista con el autor, Ciudad de México, julio de 2005.

sindicales, profesores, académicos e investigadores universitarios y hasta exguerrilleros, fueron abatidos por los tentáculos de los grupos criminales. Pero en los nuevos tiempos las ejecuciones incluían a las personas cercanas y parientes de los sentenciados. Como en el caso de quien durante la década de los ochenta fuese un líder universitario, Ramón Lizárraga (cercano al exgobernador Juan S. Millán Lizárraga), así como de su esposa y familiares, del municipio de El Rosario a quienes, uno a uno, la muerte les habría de alcanzar de forma sistemática. En cuanto a asesinatos selectivos, destacó la muerte del ex procurador de justicia estatal en el gobierno de Francisco Labastida, Rodolfo Alvarez Fárber, cuando en 1993, en compañía de su esposa, realizaba ejercicios físicos en el Parque Hundido de la Ciudad de México; hasta ahí llegaron los sicarios y lo acribillaron, exclusivamente a él. La más reciente ejecución de ese tipo contra un ex funcionario fue la del también ex procurador de justicia del estado en el sexenio de Antonio Toledo Corro, y ex colaborador del gobierno de Alfonso G. Calderón, el abogado Jorge Chávez Castro, quien había fungido como coordinador del Consejo Estatal de Seguridad en el gobierno de Juan S. Millán Lizárraga. El ex presidente municipal de Culiacán, habría acuñado una frase célebre, siendo procurador con Toledo Corro, cuando ante la necesidad de usar a la policía para rescatar a una jovencita que había sido secuestrada por un grupo de narcotraficantes “juniors” en Culiacán, habría expresado: “No estoy loco ni soy suicida”.⁴¹ Chávez Castro también había expresado, frente a los riesgos que implicaban las bandas de traficantes sinaloenses, que “el que nada debe nada teme”. Su muerte reveló, entre otras cuestiones, que en Sinaloa nadie puede estar seguro de nada.

Pero los escarmientos, auténticas matanzas en lo que concierne al ámbito rural sinaloense, son en parte la secuela o los resultados de esos cambios de estilo de los ajusticiamientos entre las bandas criminales. En el derrotero de esta larga historia

⁴¹ La anécdota fue contada por el periodista José Angel Sánchez López, en entrevista con el autor.

de muerte, los sucesos de escándalo han sido cada vez más comunes durante los últimos años en la sierra, el campo y hasta en las ciudades. Por ejemplo, el 15 de julio de 1999 en la comunidad de Higueras de Abuya, en el municipio de Culiacán, fueron ejecutadas siete personas, la mayoría jóvenes habitantes del poblado. Sus cuerpos fueron localizados precisamente dentro de un plantío de mariguana. Unos meses después, en mayo del 2000, en la comunidad de Santa María, en la serranía del municipio sureño de El Rosario, fueron emboscadas y ejecutadas otras siete personas; eran trabajadores de de Comunicaciones y Transportes. Y de acuerdo con información consignada el viernes 16 de febrero de 2001 por el diario **La jornada**, apenas el 1º de enero anterior habían sido ejecutados 6 jóvenes sinaloenses y al siguiente día, 3 muchachos más, “en un presunto caso de *ajuste de cuentas* entre narcotraficantes”⁴². En abril de 2002, serían asesinados otras 8 personas, en una acción que dejaría además 6 heridos, que eran jornaleros que viajaban a bordo de una camioneta, quienes “al parecer se dirigían a preparar la tierra para sembrar amapola”, anotaba el corresponsal de **La jornada**, Javier Valdez. El hecho es que a los jornaleros los emboscó un comando de 10 sujetos vestidos de negro y encapuchados, en los alrededores del pueblo Las Bastantitas, de Tamazula, Durango, en los límites con Sinaloa, ruta de entrada hacia los rumbos de Badiraguato.⁴³

Pero ese día la nota que destacaba el diario en su página 45, decía: “Dieciséis personas fueron asesinadas en menos de 24 horas en Sinaloa”. Y es que en un suceso que llenaría de indignación a la sociedad sinaloense, y por supuesto que llamó la atención en el país y el extranjero, un comando de unos 15 gatilleros encapuchados, tomó por asalto la pequeña comunidad serrana de El Limoncito de Alhayá, y ahí golpearon, ataron y luego acribillaron a 12 personas, incluidos dos menores de edad, a quienes de manera previa habían obligado a subir a la redila de una camioneta. Cuando estuvieron a bordo de ésta, les sicarios dispararon a mansalva unos 100 tiros

⁴² **La jornada**, viernes 16 de febrero de 2001, p. 45.

⁴³ **La jornada**, jueves 25 de abril de 2002, p. 38.

con armas AK-47 y R-15. Los ejecutados fueron materialmente rociados a balazos⁴⁴. Ante el azoro, el llanto y el pavor de familiares, mujeres y niños, los encapuchados abandonaron tranquilamente el poblado de unas cincuenta casas, del municipio de Cosalá, zona de altos índices productivos de mariguana y amapola. Como era de esperarse, las respuestas no se harían esperar por parte de los agraviados, directos e indirectos. En un extenso reportaje sobre la violencia sinaloense, Alberto Nájara, describe al campo y a la sierra de Cósala prácticamente como un sembradío “de cruces”.

“Porque en Cósala, como en el resto de la sierra de Sinaloa, la justicia se obtiene por propia mano.

“Y en este caso, las cuentas ya empezaron a cobrarse: en la semana siguiente a los hechos de El Limoncito, nueve personas fueron ejecutadas, entre ellas un comandante de la Policía Ministerial que trabajó 27 años en el municipio.

“Las cruces del camino, pues, seguirán en aumento”.⁴⁵

El temor se resiente desde hace muchos años también, por supuesto, en los ámbitos urbanos. Pocos meses después del crimen en El Limoncito, por ejemplo, en medio de una fiesta infantil se desató el estruendo de las balas de alto poder. Como a las 8.30 de la noche de un viernes de junio de 2001, un centenar de pequeñines, acompañados de sus padres, se divertían y celebraban el cumpleaños del hijo del empresario Antonio Ovalle Mayré, en el salón Misión de la famosa colonia Las Quintas de Culiacán. De pronto irrumpieron seis sujetos y asesinaron a los dos policías que vigilaban la entrada del salón. Los sicarios, al parecer, buscaban ultimar al empresario, quien ha sufrido varios atentados a balazos. “Durante el ataque, los menores se encontraban en el extremo norte del local, donde un grupo de payasos y jovencitas presentaban un *show*. Los tipos dispararon hacia las paredes y hacia la barra del salón”. En el atentado, fue asesinada una de las invitadas y hubo dos

⁴⁴ **La jornada**, viernes 16 de febrero de 2001, p. 45.

⁴⁵ Alberto Nájara, “Los narcos ganan las primeras batallas”, **Masiosare**, suplemento de **La jornada**, domingo 11 de marzo de 2001.

heridos más⁴⁶. En noviembre del mismo año, en Mazatlán, fueron asesinados dos jueces federales, así como la esposa de uno de ellos, en el exclusivo fraccionamiento El Cid. Los magistrados ejecutados fueron Jesús Alberto Ayala Montenegro y Benito Andrade Ibarra. El Congreso de la Unión y la Suprema Corte de Justicia de la Nación externaron su condena e indignación.

Al margen de las respuestas del Estado, la muerte ha seguido ensangrentando los hogares, los caminos, las calles y las carreteras sinaloenses. Sólo como un par de ejemplos más, en la madrugada del jueves 12 de junio de 2003, a unos 60 kilómetros de El Rosario, sobre el carril derecho de la carretera fueron ejecutadas seis personas, a quienes previamente los asesinos habían acomodado en fila. Los ajusticiados presentaban heridas de bala en la cabeza, aunque del lugar de los hechos fueron recogidos 65 casquillos percutidos de “cuernos de chivo” (AK-47). Durante ese mismo año de 2003, pero en el poblado de Tepuche, en Culiacán, “cuatro policías municipales fueron desarmados, esposados y prácticamente fusilados por un grupo de gavilleros que opera en la zona serrana de ese municipio”.⁴⁷

La incertidumbre y el pánico no sólo se observan y registran en el plano social. El propio gobierno, o sus instituciones encargadas del combate a la industria de las drogas ilícitas, parecieran hallarse entre la descomposición y la desesperación. La toma o aseguramiento, por parte del ejército, de múltiples instalaciones de la Fiscalía Especial de Atención de Delitos contra la Salud (FEADS) de la PGR en más de una docena de estados del país, o la toma militar de Nuevo Laredo, Tamaulipas, y la aparente exhibición de fuerza coercitiva por parte del gobierno de Fox en el año de 2005, son sólo botones de muestra. Los enormes recursos que mueve la industria se filtran como la humedad en todas las estructuras e instituciones. Como varios analistas y estudiosos del fenómeno han planteado, no hay manera de combatir

⁴⁶ **La jornada**, domingo 17 de junio de 2001, p. 38.

⁴⁷ **La jornada**, viernes 13 de junio de 2003.

contra una suerte de “benigno” pero contagioso “cáncer” que se adquirió desde hace décadas. Con instituciones infiltradas, una economía atizada y fortalecida con recursos híbridos, una sociedad y un mercado sedientos y exigentes de los productos enervantes y con un gobierno federal que anda dando tumbos, con programas que a lo largo de décadas no han dado resultados eficaces respecto del combate al tráfico y la producción de drogas, el Estado parece haber perdido una pretendida guerra que nunca inició, porque en el interior de sus estructuras, en los niveles municipales, estatales y federales, siempre han anidado, y siguen estando presentes, los intereses proteccionistas en torno a una industria ilegítima pero sustanciosa.

En el reportaje ya citado “Los narcos ganan las primeras batallas”, de Alberto Nájjar, éste se refiere a la marginación y las carencias de todo tipo, y hasta de comida y agua, de la mayoría de los pobladores de la sierra de Cosalá, donde ejerce y tiene sus propiedades, poderes, dominios e influencias “el ganadero” Javier Torres Félix, famoso en los rumbos y en los medios de comunicación sinaloenses, a quien denominan el “JT”, quien después de la los acontecimientos y la masacre de El Limoncito desapareció por alguna razón del escenario rural. En este páramo de pobreza y miseria, dice el periodista de **La jornada**, el contraste es precisamente el rancho de los Torres Félix, conocido como Los Llanos del Refugio.

“Ubicado en la sindicatura de La Llama, a 500 metros de un centro de adiestramiento de la policía estatal, la construcción de media hectárea cuenta con pozo (de agua) propio, caballerizas, troje, televisión por cable y jardines con árboles de pingüica para las fiestas, que según los lugareños solían durar hasta tres días y eran amenizadas por bandas como Tierra Blanca o El Coyote.

“En los días posteriores a la masacre de El Limoncito algunos familiares de Javier Torres argumentaron que la riqueza les viene de abolengo, herencia de unos antepasados muy ricos.

“Pero en La Llama, algunos de los ex empleados de don Javier no pueden ocultar el secreto de su profesión: sus manos tienen manchas

negras, igualitas a las que, dice un pescador de la presa El Comedero, se forman al cosechar la goma de amapola”.⁴⁸

Entre el espejismo y el miedo y la adrenalina, entre la aventura y la tentación de los dineros fáciles y abundantes, quienes se han involucrado en el mundo de las drogas de hecho transitaron y construyeron, social e históricamente, una odisea de reto y transgresión. Los inversionistas, productores e intermediarios, “mulas”, “burreros”, vigilantes, guardaespaldas y sicarios, integrantes de las redes de la industria, se han involucrado también segmentos importantes de la población rural, en ejidos y comunidades a través de la siembra, el cultivo y el cuidado de las plantaciones de enervantes. Y la mayoría de quienes han intervenido en la industria, o por lo menos los más beneficiados, cayeron en las redes de la enajenación y el deslumbramiento. De suerte que, a lo largo del tiempo, y bajo la iniciativa, la audacia y la presión ejercida por los grupos transgresores diversos, en cuyo interior no han faltado políticos, militares, terratenientes, ganaderos, comerciantes y empresarios, miles de campesinos han enajenado la tierra. Y sus productos. Además, su visión del mundo. Su existencia. Y su destino. Un escabroso destino o una “leyenda negra” que se construyó con base y a fuerza de ilegalidad, crimen y delito.

Tanta es la fuerza de los episodios y las anécdotas mortales relacionadas con las drogas ilícitas, que los medios de comunicación hasta se han solazado de su presencia y constancia. Algunos periódicos, más allá del contexto social y del derrotero histórico de la sociedad sinaloense, se dieron a la tarea de resaltar los detalles, los coloridos y los escándalos cotidianos de la violencia y el crimen, por supuesto por los rumbos del sensacionalismo y el amarillismo. Algunos se han “especializado”, como ocurre con el semanario **Ríodoce**, que desde su fundación en el año de 2003 por parte de un grupo de periodistas que abandonó el diario **Noroeste**, a raíz de diferencias editoriales, no ha cejado en explorar y explotar las

⁴⁸Alberto Nájar, *ibid.*

vetas vinculadas con el narcotráfico. Y el propio diario **Noroeste**, al margen de su cobertura informativa diaria, entre los años 2003 y 2004, tuvo hasta la propia “necesidad” de editar, los domingos, una sección especial dedicada a cuestiones de vendettas, ajustes de cuentas y gestas del narco, y que se identificaba precisamente con el título de “Historias negras”. Los reportajes y las crónicas resultaban por demás sugestivos: “No se “cuadra” ante soldados”; “Con sabor a pólvora”; “Venganza y misterio”; “Bugambilias en escarlata”; “Una cadena de violencia”; “Trágico viaje a Mazatlán”; “Aún jóvenes para morir”; “Sin horario para caer”, etc.

Es que en el cultivo y el trasiego de las drogas, los sinuosos caminos de terracería y las carreteras, llenos hoy simbólicamente de cruces y tumbas, debieron ser andados mediante las maneras propias de las actividades ilegales: con vigor, con fiereza, con fuerza oscura, con una violencia atizada también por el resentimiento y el rencor social generados en parte por la marginación socioeconómica y cultural, pero también con inteligencia, audacia y valentía. Entre el pudor y el temor de seguir las rutas y las redes de lo prohibido, pero empujados a la vez por las luces y las fantasías de la riqueza, y por el atractivo de una vida que normalmente en el campo jamás o difícilmente se habría de adquirir, centenares y miles de familias se involucraron en la fiebre de la sórdida industria. La que hoy mantiene en jaque a la sociedad. Acaso un factor de fondo en torno a la desviación social estriba en lo que, parafraseando a Frantz Fanon, asentó hace tiempo Jean Paul Sartre: la “violencia indomable” es en realidad “el hombre recreándose a sí mismo” y una forma en que “los miserables de la Tierra pueden hacerse hombres”.⁴⁹

⁴⁹ Jean Paul Sartre, Prefacio a **Los condenados de la Tierra** de Frantz Fanon (1969), Ed. FCE, México.

D) Actores y observadores de la transgresión

En el mundo social sinaloense, múltiples son los actores y protagonistas de lo que podría denominarse como la gesta histórica de la transgresión sociocultural, que ha traído consigo el tráfico de las drogas ilícitas. Los personajes que más han llamado la atención han sido, por supuesto, los traficantes visibles que han ejercido un liderazgo entre sus clanes, grupos y sectas de tipo familiar como los Quintero, los Salcido, los Arellano, los Caro o los Carrillo, aunque luego han ampliado su dimensión y cobertura; varios de esos líderes, por su carisma y por muchas de sus acciones, han llegado a ser vistos con admiración, por propios y extraños, y han sido hasta elevados a la categoría de héroes por parte de ciertos segmentos de la población. En sus áreas de influencia y en sus lugares de origen (Badiraguato, Pericos, Sinaloa de Leyva, Guasave, Guamúchil, Culiacán, San Ignacio, Elota, Cósala, Mazatlán, Concordia, El Rosario, Escuinapa y en casi la totalidad de los 18 municipios del estado), tales agentes del trasiego de enervantes han sido objeto de las más diversas muestras de evocaciones generalmente positivas, ora de agradecimiento, ora de alabanza, o en su defecto se narran sus acciones y aventuras, plétóricas de valentía, lo que se ha traducido, por ejemplo, en la confección de anécdotas, leyendas, canciones, corridos y hasta cuentos, novelas, libros y películas en su memoria o su honor.

Personajes de principios del Siglo XX como Valente Quintero y Martín Elenes; pero sobre todo de los tiempos en que los medios de comunicación electrónicos y la prensa los hacen cada vez más visibles, así como la industria de las drogas se transforma en una más beligerante y expansiva actividad, tales individuos tienden a acaparar los escenarios mediáticos y de la vida pública, como los casos de Pedro Avilés o Lamberto Quintero, asesinados durante la década de los setenta; eran los tiempos en los que también destacaría Eduardo Fernández Juárez, quien fuera mitificado por propios y extraños como el primer gran “capo”, ejerciendo sus

poderes en el centro del estado. Luego vendrían otros, ya en pleno auge y esplendor del comercio de las drogas, como Miguel Angel Félix Gallardo, Ernesto Fonseca Carrillo, Rafael Caro Quintero, la banda de los Beltrán Lugo, Manuel Salcido Uzeta, Amado Carrillo Fuentes, el clan de los Arellano Félix, Joaquín Guzmán Loera, el “Güero” Palma Salazar, Ismael el “Mayo” Zambada, entre otros, que forman parte del arcoiris simbólico más representativo o llamativo de la desviación y del narcotráfico de la región.

La industria de los enervantes trajo aparejado no sólo el **boom** de los propios protagonistas o actores sociales de la producción y la distribución de los fármacos ilegales, vinculados muchos de ellos orgánica y ruralmente a su tierra; ni tampoco se quedó sólo en la forja de una industria de la cultura que utilizó masivamente los nuevos estereotipos de la violencia criminal; ni se ha quedado sólo en la explosión mediática de la música con la aparición de grupos como Los Tigres del Norte, Los Tucanes de Tijuana, o cantantes populares como Chalino Sánchez, el As de la Sierra, El Coyote o el numeroso clan de los hermanos Elizalde, encabezados por Valentin y Joel. El mundo de las drogas hizo eco también en las esferas artísticas serias, en los circuitos de la llamada “cultura culta” del estado y ha sido motivo de preocupación y ocupación por supuesto en los ámbitos intelectuales, universitarios, periodísticos y políticos. Y se reflejó hasta en el discurso recurrente de los medios impresos de comunicación, sobre todo con la explotación informativa de la nota roja y el sensacionalismo generados por la constancia de la sangre derramada, la muerte y los ajusticiamientos que se verifican diariamente en las rancherías, los pueblos y las ciudades, con el enfrentamiento abierto y sordo, entre sí, de los diversos grupos por el control de territorios y mercados, y el pretendido e hipotético combate a la industria por parte de las fuerzas del orden y la legalidad del sistema hegemónico. Es decir: todas las esferas y sectores sociales de la vida sinaloense se han involucrado y participado, directa e indirectamente, en el

fenómeno de la narcocultura o de la llamada subcultura de la violencia y de las drogas prohibidas.

En un reportaje reciente titulado como el “Arte contra la narcoviencia”, los artistas más representativos de Sinaloa que han trabajado durante años la temática, entre ellos Oscar Manuel García Castro y Lenin Márquez Salazar, comentan que su obra es expresión de una actitud en la que “se niegan a cerrar los ojos” para externar, artísticamente, una realidad que los políticos han querido minimizar. Lejos del elogio o de la satanización, ambos artistas han provocado reacciones y polémica pública en el estado. Pero más allá de eso, les distingue la calidad de su obra, la que ha obtenido premios y reconocimientos regionales y nacionales. Y es menester recordar que en los certámenes más importantes de artes plásticas que se efectúan en el estado --Bienal del Noroeste, Premio estatal “Antonio López Sáenz” y Salón de la Plástica Sinaloense--, siempre están presentes las líneas y los colores referidos al submundo de la violencia y de las drogas.

García Castro sostiene que no intenta realizar “una apología” del fenómeno: “simplemente retomo el tema que me tocó vivir”. Y Lenin Márquez apunta que en Sinaloa “morir de muerte natural es morir a balazos”. De modo que la llamada “cultura del narcotráfico” ya es parte de un modo de vivir “hechizo”. En el estado, dice García Castro, “todos tenemos un nexo aunque sea indirecto con el narcotráfico, desde que la economía funciona a partir de los acomodados de los cárteles locales y nacionales, hasta la participación involuntaria de la misma sociedad”⁵⁰. En la actualidad, agrega, la sociedad ha terminado por aceptar la inserción de los traficantes en las relaciones de la sociedad.

La periodista describe, respecto de Lenin Márquez, que éste, marcado por la audacia, acude directamente

⁵⁰ Ibid.

“a la escena del crimen, peina el terreno después de que los peritos y el personal del forense hacen lo propio. En esos escenarios donde el narcotráfico deja mensajes muy claros a sus oponentes, Márquez recolecta lo mismo zapatos, cortaúñas, que lazos con los que amarraron los costales o las cobijas en los que aparecen los cadáveres”.⁵¹

La artista Rosa María Robles, escultora y pintora, ha destacado igualmente de manera significativa con su obra, que le han redituado loas, reconocimientos, premios, pero también crítica y censura, en especial de los políticos y de la Iglesia, por la fuerza y la crudeza de sus trabajos. En el mismo reportaje, ella explica que le ha interesado conocer los detalles simbólicos en torno a las ejecuciones y el misterio que entrañan en el mundo de las drogas. De manera que le ha dado por acudir a la morgue, con una interrogante: ¿porqué los ejecutados aparecen encobijados? Las respuestas, dice, la han dejado impávida por lo insólito de sus hallazgos:

“No lo podía creer, la mayoría de esas cobijas son nuevas y las han comprado en Sears y Liverpool. Lo curioso de todo esto es que los sicarios se toman la molestia de ir de compras para poder cumplir con el encargo completo”.⁵² Y puntualiza: los asesinatos y los ajustes de cuentas son vistos como “algo normal, como parte de lo cotidiano”.

Se trata, como diría Thompson, de un mundo social con un suceso histórico de especial relevancia, que ha englobado expectativas, comportamientos y circunstancias particulares, y que resulta “de por sí” significativo para la vida cotidiana de quienes viven, padecen y miran los derroteros y horizontes del fenómeno. En el fondo la problemática, a los diversos actores sociales, también les ha marcado su vida, en los planos profesionales, laborales, cotidianos y personales. Por ello, el testimonio, las valoraciones, la explicación, los argumentos y las percepciones sobre lo que han vivido social, artística, política o culturalmente

⁵¹ Leticia Sánchez, *Ibid.*

⁵² *Ib.*

algunos de esos personajes representativos, resultan útiles, desde una óptica cualitativa, para proseguir en torno al desentrañamiento y la interpretación de las vicisitudes del fenómeno de las drogas en Sinaloa. Y más allá de las particulares formas de entender y percibir la problemática de la producción, distribución y consumo de los estupefacientes, así como su impacto sociocultural, económico y político, lo importante en cada uno de ellos es que se colocan en el centro de la discusión como individuos o actores que han resentido también, de algún modo, los efectos sociales, culturales o simbólicos, a través de la realización de sus propias actividades públicas, profesionales y artísticas.

Las entrevistas seleccionadas, que desglosamos enseguida, fueron realizadas **grosso modo** para esta investigación, aunque algunas de ellas, también sintéticamente como las presentamos aquí, se hayan publicado previamente a través de diferentes medios impresos. Los entrevistados han sido personajes relevantes en sus respectivas disciplinas; uno de ellos (el histórico ex procurador de justicia del estado de Sinaloa, Manuel Lazcano y Ochoa) falleció el 28 de mayo del año 2000, tres meses después de nuestra última conversación, verificada en el despacho de su notaría, en la Avenida Obregón, en pleno centro de Culiacán. Los otros prosiguen en sus respectivas labores profesionales: en el arte pictórico Lenin Márquez; en la literatura Elmer Mendoza; y en el periodismo José Angel Sánchez.

Pero antes de ellos, hemos decidido iniciar con un acercamiento a la figura de Jesús Malverde, en tanto personaje crucial de la trama cultural sinaloense. En su figura se condensa historia, mitificación, transgresión, como un símbolo que se fortalece al paso del tiempo, y que no se circunscribe sólo a las evocaciones que tienen que ver con la violencia, sino que tiene raíces con la rebelión frente al poder político, con un contexto socioeconómico marcado por la pobreza de principios del Siglo XX y con las necesidades espirituales de los pobladores y de los trabajadores más desprotegidos, explotados y marginados del campo y la sierra sinaloense. Idoló

y cosa, que representan, como dirían Erich Fromm y Adam Schaff,⁵³ a la materia inerte y muerta que adquiere vida y significación cultural en virtud de las peculiares formas de la alineación. “Tienen ojos y no ven; tienen oídos y no escuchan”, decía Fromm, involucrando a las partes cruciales de la relación: el ídolo y los adoradores. Pero, más que ello, la imagen de Malverde condensa, representa y significa una parte sustantiva de la doxa y las creencias populares de segmentos importantes de la sociedad sinaloense. Y, como anota Martín-Barbero, la sociedad nos ha vuelto

“sordos a la palabra que se alza desde el silencio de nuestras culturas pobres. Estas culturas hablan un idioma que desconocemos casi por completo y para cuyo aprendizaje nuestro sofisticado instrumental es con frecuencia más un obstáculo que una ayuda”.⁵⁴

⁵³ Destacan, particularmente, de Erich Fromm (1978), **Marx y su concepto del hombre** Ed. FCE, México; y de Adam Schaff (1979), **La alienación como fenómeno social**, Ed. Crítica, Barcelona.

⁵⁴ Jesús Martín-Barbero (2002), **Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura**, Ed. FCE, p. 102.

1.-La semblanza

Malverde: el símbolo cultural del “narco”.

“Jesús Malverde”

(Autor: Jessie Armenta)

Intérpretes: Los cadetes de Linares y Los Serranitos de Malverde

**Voy a pagar una manda
Al que me hizo un gran favor
Al santo que a mi me ayuda
Yo le rezo con fervor
Y lo traigo en mi cartera
Con aprecio y devoción.**

**Algún tiempo ya tenía
Que no venía a Culiacán
A visitar tu capilla
Y a venerar este altar
Tú sabes que no podía
Por las broncas que uno trae.**

**Me fue muy bien todo el año
Por eso ahora vengo a verte
De Culiacán a Colombia
¡Que viva Jesús Malverde!
Este santo del colgado
Me ha traído buena suerte.**

**Tu imagen tiene una vela
Siempre prendida en tu honor
Y cargo yo tu retrato
Por donde quiera que voy
Especialmente en mis tratos
Cuento con tu bendición.
Pese a que tanto te rezo
Yo nunca te pido nada
Humildemente hoy te pido
Sólo Juárez y Tijuana
Una parte de Guerrero
Y las sierras de Chihuahua.**

**Dejo mi suerte en tus manos
 Tu milagro generoso
 Yo volveré hasta el otro año
 Por no ser tan encajoso
 Gracias por lo que me has dado
 Y por ser tan milagroso.**

“Gracias a Dios/ y a los milagros/ de mi pariente Malverde”, dice uno de los tantos ex votos dentro de la capilla. Firma “Chávez Burgos”, de El Salado, un caluroso pueblo a una veintena de kilómetros de Culiacán, con una petición extra: “Danos salud, bienestar y reposo”. Ubicada casi enfrente del moderno edificio que alberga a las oficinas del Gobierno del Estado, junto a las históricas y añejas vías del ferrocarril, la capilla fue construida por el propio gobierno estatal, sobre un terreno que en su momento también donó el que fuera gobernador, Alfonso Genaro Calderón, en el año de 1979. Entre otros apoyos oficiales, el recinto sigue exento del pago de agua y predial, atendiendo quizá a la condición pretendidamente benefactora de la peculiar y profana institución eclesial, que, entre otros, suele ofrecer servicios de funeraria para personas de escasos recursos y para ello cuenta hasta con una vieja carroza fúnebre.

Sincretismo y dicotomía, al mismo tiempo, se expresan significativamente en el fenómeno cultural de Jesús Malverde, símbolo que ha llamado la atención de los analistas y estudiosos de la cultura en diversas partes del mundo. Sin la pompa de las celebraciones litúrgicas de la religión católica y tampoco sin la riqueza arquitectónica y artística que caracteriza a los templos de ésta, la casa de Malverde es más bien la manifestación sencilla, pero cruda, dura, franca y fuerte, además de muy significativa, de las creencias elementales y hasta “silvestres” de varios segmentos marginados de la sociedad. En torno a la capilla hay varios negocios, en los que el apellido “Malverde” se adjunta a los giros particulares, como “Malverde Clutch & Brakes”, “Malverde Lumber” o “Coco’s Malverde” y “Chic’s Malverde”, entre otros. El sitio, en primera instancia da la impresión de una bodega o una

factoría de aluminio, pero acercarse al hogar del ya legendario personaje requiere de especiales dosis de entereza y ecuanimidad, sobre todo si la visita es nocturna, durante las horas en que las emociones están a flor de piel, mientras deambulan sujetos en los alrededores y las camionetas negras de vidrios polarizados hacen su arribo y se estacionan intempestivamente, rechinando las poderosas y anchas llantas. Inclusive hasta se adivinan o intuyen las metralletas cortas de grueso calibre, además de las escuadras de uso “exclusivo” del ejército, pero que siempre están en posesión de grupos e individuos dedicados a la protección de sus vidas y sus intereses. Sea de día o de noche, a cualquier hora, se escuchan desde lejos los clásicos sonos de los tríos de música nortea.

La adrenalina se siente como parte sustancial en los rituales sigilosos, sórdidos y tensos de la noche. Los ocupantes de las camionetas Lobo, las Ram, una que otra Suburbam y otras 4 X 4, aguardan algunos minutos. Suenan los radios de onda corta y los celulares. Un grupo de unos diez feligreses ensombrerados se retira del lugar. Y luego bajan de sus vehículos otros individuos. Y llega también la banda con sus numerosos instrumentos musicales. Estallan de pronto la algarabía y el bullicio y da la impresión de que se está frente a la coreografía de una fiesta improvisada y adelantada; la música de viento de tuba y trompetas y tamborazos eleva los ánimos de los sujetos que llegaron en parvada, poblando la banqueta y el interior de la ermita. Eligio González León, el histórico “capellán” aún con vida en el año 2000, como escultura gélida, seria, de sospechosas vibras y con esa mirada tenebrosa de perdonavidas y perdonapecados y como si estuviese oficiando desde un púlpito en alguna sala de torturas del infierno, se muestra complacido ante la ruidosa feligresía proveniente de los campos sinaloenses. Seguramente las limosnas serán pródigas con la llegada de las peculiares tribus campiranas de la medianoche. Y eso que falta aún una semana para la fecha crucial del día de los albañiles, el 3 de mayo, el importante aniversario de Jesús Malverde. Pero para evitar posibles conflictos y

enfrentamientos con otros grupos o con los policías federales, más vale cumplir con las mandas y patentizar honores y agradecimientos de manera previa e imprevista.

El promotor cultural culiacanense Vicente Jaime Sánchez, irreverente y con su clásico humor negro, ya está más que acostumbrado al espectáculo. “Pero más vale no hacer mucha confianza con estos compas, porque te pueden carraquear”, dice en broma pero muy serio, en tanto devienen, inevitables, el nerviosismo y la ansiedad. Y bajo los dominios mismos del “santón”, acota Vicente Jaime, “en su propio antro de mala muerte”, compartimos las reflexiones. Un aspecto relevante del personaje estriba en la cristalización y concreción simbólica lograda desde las entrañas de la cultura rural sinaloense, a contracorriente de la cultura y las instituciones hegemónicas, públicas y religiosas, en la entidad. Y este aspecto es uno más de los motivos de orgullo, tanto de quienes han resguardado el bodegón malverdiano como de los propios fieles y fanáticos que acuden con cierta frecuencia a expresar, con limosnas y oraciones especiales de por medio, sus peticiones y su agradecimiento “por los favores recibidos”. Ha habido ocasiones en que las ofrendas y mandas han sido más que productos agrícolas o del mar; los hombres han dejado hasta metralletas Ak-47 (“cuernos de chivo”), pistolas, cuchillos, navajas, hojas metálicas de “rayado” de bulbos de amapola y hasta “carrujos de mota”, colocadas las irreverentes ofrendas con prepotencia y presunción a un lado de la efigie, y bajo la mirada hosca y turbia del “capellán” Eligio González León, clavado en la entrada de la capilla de “su otro yo”, como un cuervo vigilante y acechante de la pradera, según las agudas percepciones de Vicente Jaime.

Diversos son los corridos que se han escrito en torno a Malverde (varias versiones de Lino y Seferino Valladares, José Luis Jiménez, Arturo Franco) y múltiples son los retablos que sobre mármol o metal, en las paredes de la capilla, consignan la gratitud y las devociones de familias e individuos de Sinaloa, del país y del extranjero. Salta a la vista en primer término la procedencia rural de la mayoría

de los autores de los mensajes que se leen en los ex votos; y en segundo término, llama la atención el sitio de honor que se le confiere al “santón” sinaloense: a veces es mencionado junto a Dios; en otras al lado de Jesucristo; y en ocasiones junto a la Virgen María. En las jerarquías implícitas, empero, sus fieles son respetuosos, y Malverde nunca aparece por encima de los íconos fundamentales de la religión católica; es mencionado casi siempre supeditado a cercano a éstos, salvo en el corrido de Jessie Armenta, donde no se hace alusión a ningún otro poder milagrero y se canta y confía exclusivamente en las propias facultades y potestades del “ángel de los pobres” que, durante un tiempo, a fines del siglo XIX y principios del XX, según cuentan la leyenda, las letras de las canciones y sus capellanes y devotos, se dedicó a robar y asaltar a los pudientes, explotadores, terratenientes, hacendados y porfiristas para otorgar más tarde las prendas, los bienes y los recursos a los campesinos humildes, a los lisiados y a los marginados de la región.

La letra del corrido de Jessie Armenta, por lo pronto, hace más que evidente la certeza respecto de la apropiación que ciertos individuos y grupos transgresores han realizado de las potestades del símbolo sinaloense y que se verifica y reitera con frecuencia cotidiana, en el cumplimiento por ejemplo de las mandas y las serenatas. El autor del corrido, en este caso, pues no se anduvo con medias tintas y solicitó, de plano, poderes suficientes para trabajar “humildemente” varias regiones, incluidas las zonas de dos de los grupos más poderosos del tráfico de drogas en el país: los llamados cárteles de Tijuana y Ciudad Juárez, así como ciertas partes altamente productivas y estratégicas de los estados de Guerrero y Chihuahua.

Empero, a pesar de su fuerza simbólica actual, ningún registro oficial, histórico ni periodístico han podido encontrar los investigadores sobre la existencia, con ese nombre, de Jesús Malverde. Pero en Sinaloa creció y se fue desarrollando el mito en torno a sus andanzas rurales, aventuras heroicas y atrevidas gestas, y más cuando paulatinamente los narcos lo adoptan como su “ánima protectora”, a la par

de la propia ampliación y fortalecimiento de la industria de los narcóticos prohibidos en el estado y el país. Aparte de la capilla “central” culiacanense, existen otras en la entidad, así como en Tijuana y Mexicali, en Baja California; en San Luis Río Colorado, Sonora; en Los Angeles y San Francisco, California; y hasta en Cali, Colombia. Algunos restaurantes y centros nocturnos en Culiacán, Guasave, Los Mochis y Mazatlán, como snobismo, provocación o como detalles turísticos, muestran bustos, escapularios, clichés y oraciones alusivas a Malverde, amén de que en los mercados públicos puede hallarse una variada oferta de afiches con la imagen del también llamado “santo de los narcos”. Aunque no sólo los traficantes de drogas le rinden pagano culto, sino también diversos grupos sociales subalternos, como campesinos pobres y trabajadores agrícolas temporales, prostitutas, proxenetas, ladrones, asaltantes, sicarios, drogadictos, vagos, discapacitados, limosneros y desempleados. “Y no olvides a los “puñales” y a los locos”, apunta Vicente Jaime, ex funcionario de DIFOCUR y corrector de estilo de la editorial de la Universidad Autónoma de Sinaloa.

El escritor estadounidense Sam Quinones, asiduo visitante del estado como estudioso de las manifestaciones culturales, en un amplio trabajo de investigación (**Historias verdaderas del otro México**), advierte que Sinaloa es una entidad “donde la justicia no es ciega y no siempre los que están fuera de la ley son los malos”. E incluso, puntualiza que

“Tener al gobierno como enemigo puede mejorar una reputación. Por ello no es tan difícil entender cómo miles de personas llegaron a creer que Jesús Malverde, un bandido que murió hace tiempo, hiciera milagros en su vida.

“Tampoco es difícil entender cómo a lo largo de las últimas dos décadas Jesús Malverde se ha convertido en lo que ahora lo hace más conocido: “el narcosanto”, el santo patrono de los muchos traficantes

de droga de la región... Aquí los traficantes son héroes populares y una “narcocultura” ha surgido desde hace tiempo...”⁵⁵

Por su parte, el analista universitario Juan Carlos Ayala, en un ensayo, sostiene que los miembros de las organizaciones ilegales recurren al culto de Malverde, debido a la rigidez y la soledad que caracteriza a sus muy tensas y conflictivas actividades. De modo que el culto es como, a la vez, “catarsis” y “complicidad”.

“En la imaginería de los narcotraficantes...es la figura religiosa más cercana que se tiene...representa la unión entre el que ha logrado traspasar la barrera de la pobreza mediante esta actividad (el tráfico de drogas ilícitas) y aquellos que aún permanecen en la marginación; no es sólo una unión simbólica, es una unión social real, es el punto de identidad más profundo que existe entre el narcotraficante salido de la sociedad marginal y la sociedad marginal misma”.⁵⁶

Durante el día, a lo largo de la mañana y de la tarde, los feligreses van y vienen. Depositán las limosnas y se introducen a un pequeño cubículo donde aguarda y domina el escenario, desde su altar, el icono sinaloense que no requirió del Vaticano ni de ninguna Diócesis para investirse con una categoría celestial, mundana y pagana, pero categoría al fin. Los visitantes son, en su mayoría, hombres y mujeres ataviados con la clásica vestimenta campirana. Sombreros, huaraches, botas, amplios faldones coloridos, se miran deambulando en los alrededores, mientras un grupo de música nortea ofrece sus servicios de forma casi permanente dentro de la pequeña iglesia, que es uno de los sitios preferidos en los itinerarios de los “narco tours” que se efectúan en la ciudad de Culiacán. Adornos, fotografías, postales, relicarios, pulseras, collares, casets, discos, bustos, plumas, camisetas, veladoras, pueden adquirirse ahí mismo. La encargada de la pequeña tienda, doña Tere (que nos ha pedido que “no menciones mi nombre porque puede traerme mala

⁵⁵ Sam Quinones (2002), **Historias verdaderas del otro México**, Ed. Planeta, México, p. 256.

⁵⁶ Juan Carlos Ayala Barrón, citado en “Malverde: la leyenda continúa”, reportaje de Luis Enrique Ramírez, diario **El Debate**, Culiacán, Sin., sábado 10 de agosto de 2002, pp. 6-7.

suerte, pero ya tú sabrás si te sirve de algo”), quien se declara “la más fiel de las siervas” de Malverde, combina alegremente la devoción con el negocio y se permite algunos rituales que ejercita con emoción hacia los clientes, y en especial a sus conocidos y a quienes ella observa con demasiadas tribulaciones y ansiedades.

“Debemos quitarte esa mala vibra”, le dice entonces a su interlocutor, como adivinando preocupaciones. Se persigna. Luego, enciende una veladora, emite rezos casi en sordina, rocía el cuerpo del aludido con lo que se supone es agua bendita malverdiana y simultáneamente le frota con fruición un escapulario sobre las manos, los brazos, el rostro, la cabeza, el pecho, la espalda, las piernas y los pies. “Debes tener confianza y tienes que creer en él. De lo contrario no podrá ayudarte”, dice. A cada nueva visita que realizamos, las atenciones son más plenas y el rito adquiere mayor calor e intensidad, aunque no llega a durar más de tres minutos. Y arenga, confanzuda: “Debes venir más seguido”. En la última ocasión, con afecto, nos obsequia una oración y un colguijo de baqueta con la fotografía del busto de un molesto Malverde en primer plano y al fondo un dibujo de éste que yace colgado y patético de la rama de un árbol, tal y como cuentan los credos que se reiteran de voz en voz sobre su presunta muerte, ordenada por el gobernador porfirista, general Francisco Cañedo, el 3 de mayo de 1903, justo a los 33 años, exactamente la edad que tenía Jesucristo cuando fue sacrificado en la cruz.

Pero otras versiones indican que la sentencia de muerte dictada por Cañedo fue cumplida el 3 de mayo pero de 1909, contra el personaje que en realidad, dicen otras voces no muy convencidas, se llamaba Jesús Juárez Mazo, y que, para estar a tono con la edad de Cristo, habría nacido precisamente un 24 de diciembre de 1876 en el estado de Jalisco, o en el municipio de Mocorito, al norte de Sinaloa. Hasta han llegado a circular actas de nacimiento, apócrifas por supuesto, sobre las poblaciones de su presunta llegada al mundo: Navolato, Bamoa o el barrio La Redonda de la capital del estado. Y otro día señalado en torno a su nacimiento es el 6 de junio de

1878, de acuerdo a una versión teatral que destaca que “esa fue la fecha que eligió el diablo para volver a la tierra”. Porque para muchos católicos ortodoxos, Malverde no es más que uno de los espectros, comenta Vicente Jaime, pero del “chamuco”: Satanás disfrazado de supuesta benevolencia.

El texto **Sinaloa. Historia y destino** del literato, periodista e historiador Herberto Sinagawa Montoya, que es visto como una suerte de diccionario sobre los personajes relevantes del estado, no consigna una ficha ex profeso sobre el “santo de los narcos”. Sólo lo hace a través de los datos que se ofrecen en torno al exgobernador Cañedo. Y muy brevemente se anota que, según contaba el propio gobernante, el bandido tenía el atrevimiento de introducirse constantemente a la casa del mismo Cañedo para robarle. Y se dice, anota Sinagawa, que “con el producto de sus rapiñas, ayudaba a los pobres”. No más. En realidad, deja entrever el escritor, al parecer se trató quizá de un invento del gobernante porfirista para justificar la persecución que efectuó contra sus enemigos políticos.⁵⁷

Pero cuenta la historia oral que el nombre del personaje alcanzó notoriedad y fue arraigándose en el imaginario colectivo en virtud de la audacia que se le atribuía al bandido, a su valentía y su generosidad; el mote con que finalmente ha sido identificado, se insiste, en realidad provino de las ocurrencias de sus andanzas, cacerías y atracos, pues generalmente se ocultaba a la vera de los caminos embozado con el camuflaje de amplias hojas verdes de los platanares, que le permitían acechar y sorprender a sus víctimas. Así habría sido forjado, entonces, “el mal verde”. Sinagawa, ya en entrevista, confiesa que siempre ha tenido dudas sobre las fechas y sobre la propia figura del santón, “pero como producto de la cultura popular es una realidad rica e incuestionable”.

⁵⁷ Herberto Sinagawa Montoya (1986), **Sinaloa. Historia y destino**, Ed. Cahita, Culiacán, Sinaloa, p. 86.

Daniel Sada ha llamado la atención, en el ensayo “Cada piedra es un deseo”, respecto de que “a contracurso de esa suerte de codificación vocinglera”, en tanto mito vestido y resemantizado por las múltiples versiones e historias populares, difícilmente podrá realizarse un acercamiento fiel hacia el personaje. De modo que

“Ningún historiador que se respete está dispuesto a basarse sólo en la tradición oral, lo que deja traslucir que la leyenda es un mero correlato expuesto a mil y una tergiversaciones que, sin embargo, no deben alterar lo esencial: Malverde fue un ratero prodigioso que tuvo la fortuna de convertirse en un ánima favorecedora, y se diga lo que se diga su milagrería ya rebasa un siglo”.⁵⁸

Pero al margen de las fechas de su existencia o no, de su nombre, de su nacimiento y muerte, lo trascendente es el proceso de construcción y diseño que logró realizarse del personaje, formateado con días y años especiales y tradicionales, así como con valores entrañables de la cultura popular; además, resultan significativos los elementos adicionales de carácter transgresivo, por su rompimiento de las leyes y sus enfrentamientos con los poderes del sistema, que supuestamente caracterizaron a su temperamento y personalidad. Más tarde se le empieza a ligar también con las actividades marginales de los sembradores de amapola y marihuana, hasta que paulatinamente adquiere un estatus representativo, en el marco de la desviación social, para toda la industria del narcotráfico. En ello ha influido la condición social de los campesinos dedicados a la siembra de las drogas, en general un segmento de la sociedad profundamente marginado económica, política y culturalmente, que ha visto en Malverde una hereje y heterodoxa representación social a la medida de su entorno, su hábitat y su realidad más inmediata.

Se trata de un cuasisanto sin aura mística, sin elegancia y sin relumbrón, y sin rituales ni liturgias formales, ni ceremonias ostentosas, sino que más bien podría mirarse a la mágica figura santificada de los bajos fondos socioculturales: una

⁵⁸ Daniel Sada (2000), “Cada piedra es un deseo”, en **Letras libres**, marzo de 2000, No. 15, México.

representación simbólica de la santidad de la transgresión y la desviación social, puesto que en un momento dado también las actividades ilícitas tendrían aspectos, para sus actores, que las justificarían o las explicarían como partes de la condición humana, o más francamente, como acciones surgidas de las necesidades de la sobrevivencia social; es la figura seglar, entronizada por la fuerza de las voluntades populares y atendida y adorada como “ánima bendita”, pero que se ha edificado sin las exigencias morales y sin los mandamientos tan complicados como los que se establecen en otros ritos y otras parafernalias religiosas oficiales. “Es más bien un santo en bruto”, diría Vicente Jaime.

Aquí la creencia va directo, sin contemplaciones y al grano: la imagen, si se le tiene fe, sencillamente apoya y otorga protección, revelaciones, hallazgos y milagros, sin ver para quién y para qué. De modo que todos los sectores sociales y todos los actores y agentes, proscritos o no por el sistema; legales e ilegales; pobres y ricos; parias, violadores y criminales; sicarios, padrotes, meretrices y homosexuales; serranos, ciudadanos y abigeos trashumantes; drogadictos, pecadores y narcos y hasta políticos y gobernantes de fama y trayectoria **ad hoc** a los quehaceres del tráfico de drogas, pueden tener cabida bajo el cielo y el manto generoso y antidiscriminatorio del **sui géneris** y santificado patrón sinaloense. Todo es cuestión de identidad y fe. Y la fe, recuerdan ciertos fumadores y distribuidores en pequeño de la zona dorada mazatleca, ha hecho productiva a la sierra y ha movido a las inescrutables y sinuosas montañas de Sinaloa y de los estados circunvecinos. Y no importa que la fe tenga faltas de ortografía, pues muchas prendas, escapularios y artículos con la figura mítica, transcriben, por ejemplo: “Que Dios y Malverde vendigan (sic) mi camino”.

El ex procurador y ex secretario general de gobierno en el sexenio de Francisco Labastida Ochoa, Manuel Lazcano y Ochoa, recuerda sobre el personaje, en el libro **Una vida en la vida sinaloense**, que como símbolo es un fenómeno

“curioso” y expresa precisamente una suerte de “vinculación de una forma de la cultura popular con el crimen y la delincuencia”. El lugar donde hoy están las oficinas administrativas del ejecutivo estatal, hace algunas décadas, era sencillamente un paraje enhiesto, un matorral; en medio de éste, por el camino viejo a Navolato, se encontraba una pequeña cruz; los caminantes, de acuerdo a las tradiciones, supersticiones y cábalas, al pasar le aventaban o le colocaban piedras, hasta que se formó un promontorio y así fue configurándose la leyenda: una figura regional, auténtica, ligada a la tierra y que se la “rifaba” por los intereses de los desposeídos y desvalidos. Al principio llegaban a rezarle muchachas de “la vida galante”. Circulaban ya los rumores sobre el bandido generoso: “un Chucho El Roto, sin mucha importancia”, acota Lazcano. Y la fama creció, sobre todo cuando se construyó la unidad administrativa gubernamental y hubo necesidad de remover la cruz, por lo cual se edificó finalmente la capilla, con el propósito también de tranquilizar a los fieles que ya abundaban a fines de la década de los setenta y que en un principio se habían opuesto a que la tumba fuera removida del sitio donde, bajo la rama de un mezquite, habría sido ahorcado el susodicho Jesús Malverde o Jesús Juárez Mazo.⁵⁹

El periodista Luis Enrique Ramírez, de **El Debate** de Culiacán, en un reportaje narra una anécdota sobre la imagen del sacrificado salteador de caminos, a raíz del incremento de su popularidad e internacionalización. A principios de la década de los ochenta, el entonces “capellán” Eligio González León tuvo que buscar un rostro para la “prosaica divinidad”, porque era más que evidente la imploración popular: “la gente quería saber cómo era”. Y ya había mandado a hacer los perfiles que evocaban a Pedro Infante, cuando un funcionario municipal de apellido Vega visitó a Eligio González “con una propuesta acompañada de un fuerte donativo: crear la imagen con base en una foto que presentó y que correspondía a otro político

⁵⁹ Cfr. Nery Córdova (2002), **Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa**, pp. 215-217.

de la época”: un tal Carlos Mariscal, delegado de Corett durante el gobierno de Antonio Toledo Corro. Fue “una broma” entre políticos y entre colegas que al final

“inmortalizó a un funcionario que de no ser por esto hoy sería poco recordado. A Mariscal, entonces, corresponde la cara de quien se supone fue Jesús Malverde”. Sólo se le habría agregado la indumentaria rural de la época”.⁶⁰

Empero, el autor del busto, el escultor jalisciense Sergio Flores, que radica en Mazatlán, ha insistido que en la imagen persisten los aires del popular cantante y actor Pedro Infante (del que tampoco se sabe bien a bien dónde nació: Guamúchil o Mazatlán), pero sobre todo se trata de un rostro con los rasgos fundamentales típicos del sinaloense, con todo y bigote.

Luis Enrique Ramírez, en su reportaje, reproduce un diálogo con Eligio González, quien será recordado, sin duda, como el principal promotor de la figura y del mito. Indicaba que “Yo hablo de Malverde no como un santo que está en el cielo, sino como el nombre de un varón que ayudó mucho a la gente y lo sigue haciendo esté donde esté”.⁶¹ Y la actual administradora de la tiendita de la capilla coincide con esa impresión y solicita que le demos directamente un mensaje al escultor: que necesita un molde para contar con bustos de mediano tamaño. “Ni muy pequeños ni muy grandes”, dice, pensando por supuesto en la comercialización de la efigie milagrera, cuya nombre ha traspasado las fronteras sinaloenses y nacionales, y en torno a la cual se preparan dos películas más, aparte de las obras dramáticas que se han hecho en torno al polémico y protagónico sujeto que, desde un simple promontorio de piedras y de una tumba arrumbada, se transformaría en creencia y mistificación masiva, hasta llegar a formar parte incuestionable de la realidad cultural de una región. Las más destacadas producciones artísticas, hasta ahora, ha sido la obra teatral **El jinete de la divina providencia**, del dramaturgo sinaloense

⁶⁰ Luis Enrique Ramírez, **Op. Cit.**

⁶¹ Luis Enrique Ramírez, **Ibidem.**

Oscar Liera, obra en la que se basó el cineasta mazatleco Oscar Blancarte para realizar un filme sobre la misma temática, y también el trabajo **El ladrón generoso**, del investigador y actor sinaloense Sergio López. Además de la fuerte crítica contra la Iglesia y el gobierno, la obra original de Liera sostiene, sustantivamente, que cuando “el pueblo quiere, hace milagros”, como los que, en la ruta de la desviación social, se siguen realizando en las costas, los valles y las serranías de Sinaloa.

El investigador Arturo Lizárraga, en el ensayo “Angel de los pobres”, publicado en la **Revista** de la Universidad Autónoma de Sinaloa, dice que la imagen tiene que ver con el “culto a una tradición que une y fusiona la religión, el afán por violentar las leyes, el redimirse a través de la violencia y el saberse débil. Por eso es santo patrono de los ciudadanos de todo tipo, principalmente de los que se encuentran, por una razón u otra, al margen de la ley”⁶². Y explica que a la capilla de Culiacán llegan los traficantes y, además de manifestar su devoción a través de la expresividad de la música, la banda y los corridos y de depositar los significativos diezmos, le ofrecen los bienes materiales acordes a los favores recibidos. Y en efecto, hombres y mujeres de las serranías dedicados a la producción y al tráfico de drogas ilícitas transformaron al personaje en “su santo”. Quienes han estado

“en un campo donde se siembra marihuana o amapola afirman que, invariablemente, hay un altar para honrar su memoria y (para) pedirle salir con éxito: todas las mañanas, antes de iniciar el cultivo, los que participan deben orarle. Son ellos, los narcos, los que visitan con gran frecuencia la considerada tumba de su santo patrono y quienes, con bandas de música regional o cuartetos de música nortea, le agradecen su protección en los negocios”.⁶³

Como se puede corroborar durante cualquier día, el sitio se encuentra siempre con visitantes, principalmente hombres y mujeres de la sierra y del campo,

⁶² Arturo Lizárraga Hernández (1998), “Angel de los pobres”, en **Revista** de la Universidad Autónoma de Sinaloa, No. 1, mayo-junio de 1998, Culiacán, Sinaloa, p. 55.

⁶³ **Ibidem**.

campesinos que acaso siembran productos prohibidos, que bajan a la ciudad capital a realizar sus compras de maíz y frijol y demás víveres, y que de paso aprovechan el viaje para realizar la visita obligada con su respectiva ofrenda; y cuando el momento y la cosecha lo ameritan, y acaso lo amerita casi siempre, no dudan en contratar al trío o a los cuartetos para amenizar y hacer más claro, evidente y festivo el agradecimiento por las gracias otorgadas. Durante las 24 horas del día, y este es otro de los distintivos del popular templo, las puertas están siempre abiertas, pues para arreglar y curar las cosas del espíritu, dice la señora de la tiendita, no hay horario.

Cuenta Arturo Lizárraga que en una ocasión, tres jóvenes vestidos a la usanza rural, vecinos de El Melón, de la sindicatura de Quilá en el municipio de Culiacán, se encomendaban a la imagen, pues estaban por iniciar un azaroso viaje al norte, con rumbo a Arizona.

“...Uno le promete a Malverde que sus veladoras, sus coronitas, su música, para que nos vaya bien...Uno se encomienda a Malverde, porque no sabe cómo le vaya a uno. Uno anda por allá en el peligro”. Y se despidieron fervorosamente de la imagen, mientras dejaban un recado, colocado con emotividad a un lado del busto: “...Gracias Malverde, cuídanos siempre. Fe en ti, agradecidos”.⁶⁴

El literato Daniel Sada efectuaría, según se lee, un emotivo recorrido entre las sombras mitológicas de Malverde. Luego de entrevistar y charlar con “creyentes” y “fieles” en los alrededores de la mezquita, y de ver o sentir en algunos de ellos las “vibras de rufián” y francamente “los ojos de la muerte”, conversó largamente con el entonces protector y promotor del templo, Eligio González León, quien le habría expresado que el “ánima”, como patrono de los necesitados, requiere que los devotos sean individuos precisamente con urgencia y necesidad. En consecuencia,

⁶⁴ *Ibidem*.

“quien no tenga necesidades que no venga a rezarle, porque nuestro santo no es un juguete”.

“¡Claro que no!”, se respondió a sí mismo Daniel Sada quien, en el ensayo “Cada piedra es un deseo”, manifestaría abiertamente sus inquietudes y temores. Pero estas mismas emociones, escribió, le sirvieron para proseguir con sus interrogaciones. Y “no sin temblor”, volvió a cuestionar al “capellán”:

“¿Y qué me dice de los narcos, de los delincuentes, o de todos aquellos que no deambulan por el camino del bien?”. Sin inmutarse don Eligio se mantuvo montado en su macho y me repitió casi lo mismo, aunque ya en un tono más airado. Fue la última pregunta que le hice. Durante las poco más de tres horas que conversé con él no sentí el más mínimo encrespamiento, pero nomás mencioné a los narcos y ¡puf!: le salió lo gallón y, bueno, yo tuve miedo...Miedo de permanecer allí como si nada”.⁶⁵

Al destacar que los símbolos sagrados, aunque en este caso profanos, no únicamente dramatizan valores positivos, sino además valores negativos, Geertz ha sostenido que tales iconos apuntan no sólo rumbo a la existencia del bien, sino igualmente hacia la existencia del mal, y en el derrotero se formula un conflicto entre ambos aspectos. De forma que el llamado asunto “del mal”, consiste en formular desde la óptica de “la cosmovisión” respectiva, la honda y “verdadera” naturaleza, en realidad, de las fuerzas destructivas que están inmersas y que

“moran en la persona y fuera de él, en interpretar los homicidios, los fracasos en las cosechas, la enfermedad, los terremotos, la pobreza y la opresión de manera tal que sea posible llegar a una especie de acuerdo con esos fenómenos. Declarar que el mal es fundamentalmente irreal...es sólo una solución del problema más bien infrecuente; con mayor frecuencia se acepta la realidad del mal y se la caracteriza...”⁶⁶

⁶⁵ Daniel Sada, **Op. Cit.**, p. 34.

⁶⁶ Clifford Geertz (1997), **La interpretación de las culturas**, Ed. Gedisa, Barcelona, p. 121.

“Angel de los pobres” o “prócer de los narcos”, Jesús Malverde condensa un asalto singular a la razón, como genuina y apegada iconografía de la creación popular, como santo evocativo que exalta y rinde tributo y culto a la violencia. Por ello, no fue casual que el prestigiado artista Sergio Flores hubiese incorporado un poco más tarde su propia percepción sobre el rostro del espécimen idolatrado, al realizar un modelo con aires y rasgos sutiles que lo acercaron aún más entrañablemente al imaginario colectivo y a las manifestaciones populares; aunque más tarde, en los afanes de la comercialización, la cultura popular y la cultura de masas de nuevo se imbricaron en la mixtura de la sociedad contemporánea. Un analista local confirma la apreciación: “si estuvieran juntos los retratos del ánima y del propio Pedro Infante, no habría grandes diferencias, podrían fácilmente ser de la misma familia”.⁶⁷

La figura, guste o no, se convirtió en un icono pleno de significados. Controversial como todos los mitos, los adoradores siguen siendo, fundamentalmente, de los estratos miserables y de la periferia de la sociedad, segmentos ligados a bandas, clanes, cofradías, y de espacios, sitios y senderos de la desviación. De tal suerte que tampoco ha resultado casual que sujetos de dudosa calaña y estirpe, como sicarios, resentidos y delincuentes marginales como raterillos y carteristas urbanos, hayan sido sus principales clientes o siervos, en tanto que siempre tendrán motivos para rezarle, cantarle y ofrecerle ofrendas, pues se trata ya, en los tiempos actuales, de un auténtico representante espiritual de la transgresión, si es posible pensar así, como contraste frente a los santos oficiosos del catolicismo.

A los voceros de la iglesia católica no les ha quedado más remedio que tolerar la irreverencia y la profanidad explícitas del símbolo popular, a quien la capilla ya “le queda chica”, según decía el administrador Eligio González, si se piensa en la

⁶⁷ Véase Julio Bernal, en “Jesús Malverde: de bandido generoso a santo laico”, reportaje de César Güemes, *La jornada de Enmedio*, 10-08-2001, pp. 2ª y 3ª.

cantidad de personas que semana a semana, y durante todo el año, llegan como turistas, visitantes ocasionales y fundamentalmente fervientes devotos en busca de un milagro o para patentizar agradecimientos por las cosechas, la pesca, o bien por los ajusticiamientos, las vendetas y las transacciones llevadas a feliz término. Entre los relicarios, cadenas, estatuillas, fotografías enmarcadas, cintos, hebillas, veladoras y demás artesanías alusivas al pagano milagrero que están a la venta, y en los que se arenga al público, por ejemplo, para que le “abran su casa y su corazón” a la nobleza de Malverde, prácticamente en las paredes y espacios de la capilla no quedan ya más sitios para los retablos y exvotos de la población, rubro en el que predominan, sin duda, las leyendas y los testimonios inverosímiles de familias e individuos de los poblados y rancherías de la Sierra Madre Occidental.

Según la interpretación del periodista César Güemes, señalar que el ánima seglar “es el santo patrón de los narcotraficantes mexicanos lo acota”, e impide adentrarse en las honduras del arraigo popular de su imagen. Pero destaca tres aspectos del fenómeno que complementan y refuerzan sus nexos con el mundo precisamente de la violencia. En un recuento sintético, se indica que desde 1973 a la fecha, en la capilla se han otorgado, de forma gratuita para los deudos, alrededor de diez mil ataúdes, así como un millar de sillas de ruedas y otros tantos juegos de muletas, amén de que el espacio del templo sirve como velatorio para las familias que lo requieran.⁶⁸

Es decir, en las secuelas de la sórdida guerra de las drogas, hay apoyos para las viudas, los huérfanos, los lisiados y víctimas de los ejércitos locales de la transgresión, que pueden ser de grupos en pugna, confrontados, y de las instancias oficiales (ejército, policías federales y milicias estatales y municipales) contra las gavillas de asaltantes y delincuentes, paramilitares y comandos especiales de los clanes de traficantes de drogas y de otros grupos subalternos e ilegítimos de la

⁶⁸ *Ibidem*.

sociedad. Dados los datos que se ofrecen, se está hablando, por lo menos, de unas doce mil víctimas sin recursos económicos que han necesitado apoyo explícito frente a los estragos de la violencia, a partir solamente de 1973.

“Ante la pérdida de credibilidad –ha explicado Rossana Reguillo-- de buena parte de los actores institucionales, el conflicto se diversifica y cada grupo social, desde sus pertenencias culturales y sus anclajes objetivos, va al encuentro del otro, provisto de sus propios temores. Las violencias no están “fuera” de lo social, se construyen y se configuran en el contacto entre grupos diversos”.⁶⁹

Mientras tanto, Eligio González, a quien el ex procurador de justicia Manuel Lazcano Ochoa acusaba de farsante, manipulador y vividor, y algunos otros lo calificarían como un hábil y empírico explotador de la “mercadotecnia”, sin embargo pensaba en grande y creía que con los donativos de los devotos, de los pobres, de los habitantes agradecidos, de algunos grupos económicos importantes y, por qué no, hasta con la aportación de ciertos individuos poderosos de los clanes delictivos, podría construirse, si no una catedral, por lo menos una iglesia “más en forma”, que estuviera un poco más “a la medida de los grandes milagros de nuestra ánima”. Más allá de la irreverencia o la herejía, la leyenda levantada ha resultado proporcional al vigor de ciertas tradiciones y concepciones sentidas y hondas de la población. Y esa fuerza puede representar, anota Geertz, “el poder de la imaginación” del hombre

“para pensar y edificar una imagen de la realidad en la cual los acontecimientos, de acuerdo a Max Weber, “no están sencillamente presentes y ocurren sino que tienen una significación y ocurren a causa de esa significación”.⁷⁰

⁶⁹ Rossana Reguillo (2001), “Miedos, imaginarios, territorios, narrativas”, revista **Metapolítica**, Vol. 5, enero/marzo de 2001, México, p. 86.

⁷⁰ Clifford Geertz, **Op. Cit** p. 122.

En el terreno de la subjetividad de la interpretación simbólica y de las formas, los propios analistas caen en las apariencias o en los lugares comunes, que pueden alzarse como trampas y subterfugios de la mitología. La cercanía con el mundo o con el hábitus de la desviación social, dificulta la reflexión en torno a las aristas de la problemática. De cualquier manera, empero, resultan importantes los acercamientos a las creencias y opiniones en tal sentido, pues constituyen parte de la doxa. Así, luego de llamar la atención sobre un pre-supuesto “carácter sensual” de la cultura de la población serrana, en la que destacan de manera preponderante las manifestaciones comunicativas relacionadas con “las impresiones y los sonidos”, un investigador de la temática histórica y cultural en la región ha interpretado que el mito, particularmente aquí, constituye

“el signo de lo irónico e irreverente que trae el sinaloense muy arraigado en (las) profundidades del subconsciente y el cual se cubre al manifestarse en la figura del bandido generoso que después ha derivado en bandido social”.⁷¹

El escritor Sinagawa Montoya, en entrevista realizada en su casa de Culiacán, proporcionó su propia versión, con otros detalles, sobre el bandolero social que habría de acceder a la veneración pública. Explicó que desde mucho antes de 1940, como parte de sus tradiciones ancestrales, y particularmente los indígenas mayos,

“en sus trajines y largas caminatas, tenían (tienen aún) la costumbre de arrojar una piedra al pasar frente a una tumba, como una especie de tributo y protección. Hay cierto significado religioso. La tumba de Malverde era un montón de piedras sueltas con una cruz rústica, bajo un guamúchil ya muy viejo, que a mí todavía me tocó mirar. Antes de su muerte, se dice, asaltaba y hacía sus fechorías disfrazado también con hojas de milpa. Pero hay que advertir que en Sinaloa resulta muy común que todos los bandoleros adquieran la fama o el prestigio de generosos. Lo mismo se podría decir de los narcotraficantes que hacen su negocio, pero también se dan su tiempo

⁷¹ Gilberto López Alanís, “Narcotráfico, corridos y cultura”, **El Suplemento**, DIFOCUR, 8 de diciembre de 1991.

y su espacio para ayudar un poco a la gente, a su pueblo o a su rancho; a la gente que se deja, la ayudan. Pero en parte es con el propósito de crear un escudo de protección”.⁷²

Para el investigador del Colegio de la Frontera Norte, José Manuel Valenzuela, los iconos de esta naturaleza revelan “la complicidad popular” con la figura transgresora. Y Malverde realizó sus travesuras y correrías “en tiempos complicados donde abundaban las gavillas y las bandas de salteadores”, que recreaban los escenarios socio literarios descritos por Ignacio Manuel Altamirano en **El Zarco**, o por Manuel Payno en **Los bandidos de Río Frío**. Y explica el sociólogo en el libro **Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México**, que de frente al sadismo o la “saña” eclesiástica que le condenaría como escarmiento, en un espectáculo brutal, a permanecer insepulto y

“colgado de un árbol de mezquite por órdenes del gobernador Francisco Cañedo, la gente del pueblo compensó al “bandolero ecologista” llevándole piedras, rogando por su alma y solicitándole favores. Piedras de misericordia y solicitudes que con el paso del tiempo lograron que el “mal verde” deviniera imagen taumática. El salteador que se camuflaba con las hierbas y plantas se convirtió en santo popular en (una) región donde el comercio del narco adquiría fuerza incontenible. Malverde adquirió fama y reconocimiento en campos sacralizados por la mística popular, situación que contrasta con su proscripción y anatemización por la iglesia institucionalizada, y su incorporación reduccionista en el narcomundo”.⁷³

Más allá de que los medios de comunicación insistan en ubicar a la figura tradicional sinaloense en el marco estricto del ámbito de las drogas, en realidad sus orígenes y connotaciones rebasan con mucho tal caracterización. Y es que el personaje, inventado o no, surge precisamente en el contexto de una sociedad altamente represiva, en el que la inmensa mayoría de la población campesina

⁷² Herberto Sinagawa Montoya, entrevista con el autor, Culiacán, Sinaloa.

⁷³ José Manuel Valenzuela (2002), **Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México**, Ed. Plaza y Janés, México, pp. 149-150.

padecía los estragos de una política porfirista, que sustentaba su poder, en buena medida, en los apoyos de hacendados, latifundistas y terratenientes. Entonces, uno de los milagros sociales de Malverde estriba en su raigambre o su venera popular, en sus orígenes y vínculos sociales, como representación vívida de la venganza simbólica de los pobres y los marginados. De ahí deviene su fuerza, su irreverencia, su implícito poder simbólico, su poder sugestivo de convocatoria popular, su atractivo cultural y la fascinación que ha ejercido y sigue ejerciendo hasta la fecha en ámbitos cada vez más amplios y significativos. Valenzuela puntualiza al respecto que el icono se inscribe dentro de los mismos procesos de “hipostasiado” de otras divinidades populares a quienes las interpretaciones externas, como las de los medios masivos de comunicación, los han etiquetado exclusivamente en función sólo de alguno de sus componentes, diluyendo u oscureciendo con ello su riqueza, su dimensión compleja y su multisignificación. Y se le ha pretendido circunscribir, anota, con las denotaciones exclusivas de

“santo de los narcos. La forma como se ha producido este proceso corresponde a diversas fases de la mística popular, las redes del narcotráfico y el papel de las industrias culturales...En este campo (de) creencias compartidas...la mística popular se expresó solicitándole favores que correspondían a las vicisitudes del narcomundo como ámbito expansivo que incrementaba sus redes. Posteriormente, la visibilidad del narco y la expansión de su campo de operaciones convirtieron a Malverde en una figura exportable, un santo de la diáspora del narcomundo”.⁷⁴

Para el doctor Arturo Santamaría Gómez, investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la UAS, autor de varios libros sobre migración, chicanos y política regional, en la mitificación de Malverde, sin duda que están representadas la cultura y la ideología gruesas de amplias franjas poblacionales de la entidad sinaloense. El fenómeno expresa una “mentalidad” poco proclive a los cánones y los rituales rígidos. Tiene que ver con “un sentir”, o con “un temperamento” muy poco

⁷⁴ **Ibidem.**, pp. 150-151.

convencional, distante de las “buenas formas” sociales y que puede mirarse, también, como un comportamiento que expresa escasa ortodoxia y,

“mejor dicho, se observa una actitud más bien antisolemne. De algún modo, es un reflejo de un sector de la población, que lo santifica en virtud de sus rasgos y características fundamentales, que son los de su propia condición social. Ocurre algo muy singular: se trata de la manifestación viva de un sentimiento religioso poco institucional, que eleva a la santidad a un ratero, a un irreverente social. Hay varios ejemplos de esta naturaleza, en donde este tipo de actores son convertidos en héroes, aunque el distintivo en Sinaloa es que se le alzó hasta la categoría de santo. Y como expresión orgánica de los sectores populares, ha permeado a la cultura en general. El cómo se gestó y se fue formando el mito, es correspondiente a la mentalidad y la ideología informales que se observan en las esferas rurales. Frente a esta realidad los poderes oficiales, del Estado y de la Iglesia, no pueden hacer nada. La cultura no se puede eliminar ni extirpar”.⁷⁵

De suerte que el actor simbólico de la mitología sinaloense, enclaustrado en una espirituosa capilla de “mala muerte” y de clientes y fanáticos rupestres, encarna y significa una tradición que se gestaría en la rebelión y la desviación social antiporfirista, y que más tarde sería retomada, también en los senderos de la marginación y la transgresión, entre otros, por grupos e individuos dedicados a la producción y trasiego de las drogas, en el ancho mundo de la narcocultura.

⁷⁵ Arturo Santamaría Gómez, entrevista con el autor, Mazatlán, Sinaloa.

2. Entrevista 1: El funcionario y político

Manuel Lazcano: la industria de las drogas, hoy

(El siguiente es un fragmento del capítulo final del libro *Una vida en la vida sinaloense*⁷⁶, reeditado en 2002, basado en una amplia conversación que se verificó en Culiacán, en sucesivas sesiones y durante varios meses, con el político que fungió como Procurador Estatal de Justicia de Sinaloa en tres gobiernos y tiempos distintos: por primera ocasión durante la década de los cuarenta, en el régimen gubernamental del general Pablo Macías Valenzuela; luego, en la década de los sesenta, en el gobierno de Leopoldo Sánchez Celis; y finalmente en los ochenta, en el período de Francisco Labastida Ochoa, cuando también, al final del sexenio, se desempeñó como Secretario General de Gobierno. Presentada como un monólogo, esta parte de la entrevista, realizada a principios del año 2000, en realidad fue un diálogo intenso sobre el surgimiento y desarrollo de la industria de las drogas ilícitas, sobre su dimensión, su desarrollo y su impacto sociocultural).

El narcotráfico en Sinaloa nos ha venido dejando marcas y secuelas: fama, inseguridad, y un reguero de violencia y asesinatos. Ejecuciones, levantamientos, ajustes de cuentas, son normales. Aparecen con frecuencia, con constancia, diversos grupos de muertos, 6 ó 7, unos por aquí, otros por allá. Y ahí van quedando, como si se tratara de un conflicto bélico entre los clanes del narco, en el que parece que se dieran juicios sumarios y auténticos fusilamientos. En Higuera de Abuya, en El Limoncito, en El Rosario, en San Ignacio, en Mazatlán, en Cósala, en Culiacán, en Guasave, en Guamúchil, en Surutato. Por todos lados. Ese es el ambiente social. En la mentalidad de la población hay una guerra sórdida, una lucha sorda entre estas gentes que están trabajando al margen de la ley. Y respecto de las autoridades, quien más da la cara es el Ejército. Es el que destruye plantíos y el que se enfrenta con los gavilleros. Se ha reconocido por ejemplo que hay más de 30 gavillas organizadas en el estado. Y están muy bien armadas. Andan en los altos y llegan al grado de tomar pueblos enteros. Hace muy poco, ahí por los rumbos de Badiraguato, entraron a un

⁷⁶ Cfr. Nery Córdova (2002), *Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa*, Ed. de autor, Culiacán, Sin., pp. 249-275.

poblado, sacaron a varios individuos de sus casas y de hecho, en la práctica, podemos decir que los fusilaron, a la vista de la población. Los dejaron ahí como si cualquier cosa, ejecutados, y se retiraron los asesinos muy tranquilamente, sin que las autoridades quisieran o pudieran intervenir. En su caso, por ejemplo, la Policía Judicial Estatal no está capacitada ni equipada para enfrentarse a estos comandos que forman parte necesaria o consustancial de esta industria ilegal.

Hay unos datos fríos, pero que son alarmantes: en promedio unas 600 muertes violentas anualmente en la entidad, como resultado del trajín de los gatilleros y de las gavillas. En Sinaloa este rubro siempre ha sido alto. Aunque se disparó más en los tiempos de Alfonso Genaro Calderón y Antonio Toledo Corro, en las décadas de los setenta y los ochenta. El estado estuvo en manos de truhanes y maleantes. El gobierno de Toledo fue acusado de violento, represivo, arbitrario y autoritario. Y fue público que se le relacionara con el narcotráfico. No es un atrevimiento decirlo ya que así se publicaba en aquella época en medios de comunicación serios, nacionales e internacionales. El imperio de la delincuencia fue muy grave. Pero Toledo Corro siempre minimizaba y hasta retaba y desairaba: que los medios de comunicación exageraban, que en realidad no era tanto y que se estaba combatiendo. Sin embargo, todo estaba fuera de control.

Las acciones del narco al término de cada sexenio, que se intensifican en lo concerniente a violencia y asesinatos, obedecen a que hay una especie de incertidumbre. Para empezar, la gente sabe quiénes son los que andan metidos en este negocio. Los sinaloenses, en corto, pueden dar testimonio de quiénes están dentro de sus garras. Así, la gente se da cuenta cuando diferentes individuos y familias dedicadas al “negocio” empiezan a irse del estado. Ocurre cíclicamente. Se fue fulano. Se fue mengano. Y regresó zutano. Esto cuando se presume que no hay o no habrá un ambiente propicio para seguir trabajando tranquilamente en los quehaceres de las drogas ilícitas. Residencias abandonadas se ven por diferentes

rumbos, como en la famosa colonia Las Quintas (barrio residencial de Culiacán). O Lomas de Mazatlán y el fraccionamiento El Cid en el puerto. Los productores, inversionistas y jefes de los grupos delictivos valoran y analizan la nueva situación. Además, cuando se instala el nuevo gobierno, reaparecen otros grupos e individuos que pretenden aprovechar las coyunturas y los espacios para dedicarse a la siembra, a la producción y el tráfico, y para ver si logran acomodarse.

En los restaurantes, en los cafés, en las charlas de vecinos, en los diálogos entre periodistas se comenta con frecuencia esta cuestión de los que permanecen, los que se quedan, los que vuelven, los que se van y los que huyen. Es un acomodamiento de sectas y mafiosos. En consecuencia vienen los enfrentamientos por el control de las zonas, de la siembra y del tráfico. Se trata de un procedimiento de previsión y de análisis de los riesgos que se repiten cada seis años. Aunque los organismos delictivos o los grupos poderosos que tienen alcance nacional e internacional, pues evidentemente continúan trabajando a través de diferentes vías, a control remoto, usando a sus gentes, rotándolos y bueno, pues sacrificando en muchas ocasiones a quienes se quedan encargados de las plazas y los mercados, infiltrados en las guarniciones policíacas y militares, o libremente desde sus mostradores y negocios camuflageados. Así ha ocurrido y así continúa.

Por otra parte, por razones del propio crecimiento económico general de la sociedad, crece también el tráfico. Es mayor la producción, hay más grupos delictivos, hay más consumidores y hay más competencia. Ahora Sinaloa ocupa el tercer lugar en el consumo de drogas a nivel nacional. Hemos pasado de la condición productora a ser un estado también consumidor. Para entender esta nueva condición habría que sopesar la magnitud que tienen algunas ciudades de altos índices de consumo de drogas y de alta densidad demográfica como el Distrito Federal, Tijuana, Guadalajara o Ciudad Juárez.

Para el caso de la ciudad de Culiacán, en navidad y durante las fiestas decembrinas, se calcula que se distribuye, por lo menos, un kilogramo diario de cocaína pura. Imagínate lo que significa mezclada. En términos económicos, si pensamos en su valor en Nueva York, estaríamos hablando de más de 150 mil dólares diarios, por consumo interno, en una sola ciudad y con una sola droga. Es un escándalo. Y ese solo dato ofrece una idea del fenómeno. Corre la coca y corre la mariguana, además de las drogas químicas, las anfetaminas y la heroína. Eso puede verse en las fiestas, en las discos, en las celebraciones familiares o las reuniones más privadas. Son los efectos de haber sido durante décadas, y de ser aún, un estado productor que ha dejado múltiples beneficios a los grupos delictivos y ganancias que después se han regado al resto de la sociedad.

Un detalle de la desmesura que ha alcanzado el narcotráfico: en las regiones de la costa sinaloense, ejidatarios y pescadores son ya consumidores de cocaína. Uno pensaría, a partir de los esquemas clásicos, que la coca es para las élites. Pues no. A los ejidatarios y pescadores los grandes narcos los ocupan como receptores, acarreadores y burreros y bueno pues sencillamente les pagan con droga. Parece una locura. Así es en toda esta parte de la costa del Pacífico: desde Mazatlán hasta Los Mochis, pasando por el centro, los rumbos de El Dorado, Altata y Angostura, entre otras zonas. Es una cosa exagerada, pero real: la costa sinaloense invadida por el narcotráfico. Nunca lo hubiese imaginado. Ha sido una perversión acelerada, sobre todo cuando uno observaba el problema como propio de las zonas serranas. La costa es la nueva situación, inédita, en el afianzamiento del narcotráfico sinaloense. No sólo por lo que se siembra y se produce ahí, sino sobre todo por lo que viene del sur del Continente, a través de embarcaciones marítimas o a través de los aviones que avientan los paquetes al mar para ser recogidos en lanchas por los pescadores ribereños. En muchos casos la pesca se ha transformado básicamente en parapeto, en máscara, en disfraz; resulta como un pretexto para justificar que se trabaja y que se

tienen ingresos legítimos; pero en realidad se intenta ocultar las actividades que en realidad les dan ingresos económicos sustantivos a los “pescadores de la droga”.

La industria del narcotráfico ha tenido una acción constante y sistemática. Y ello ha traído aparejado otros problemas como el incremento de la delincuencia, los secuestros y los asaltos comunes a la población. El problema de la violencia siempre ha estado ahí, latente, como hiedra venenosa, que ha venido extendiéndose. Y debemos destacar que a pesar de que la industria ha alcanzado hasta niveles de sofisticación, por su misma naturaleza desviada también se ha mostrado grotesca, terrible y muy dura.

Todo esto lo hemos venido no sólo observando, sino de algún modo hemos venido hasta asimilando sus expresiones como hechos “normales” que forman parte de nuestra realidad, de nuestra manera de ver el problema y ciertamente como parte de nuestra cultura regional. Aunque los grupos delictivos sean una minoría en la sociedad, por esa naturaleza de su actividad, por sus acciones compulsivas y por sus formas hasta espectaculares y llamativas, de muchas maneras marcan rumbos y tendencias. De diferentes formas las prácticas se manifiestan e inciden en nuestra cultura. Como un detalle: a pesar de los rigores de la vigilancia que ha establecido el Ejército, la famosa “petatera” o el traca-traca de celebración con armas de fuego, es una práctica que sigue vigente, no únicamente en festejos tradicionales, sino en reuniones familiares y privadas. Cualquier pretexto es bueno. Y es que además hay muchas armas no sólo entre los delincuentes sino también entre la población común y corriente. Un ambiente violento predispone, incide, afecta, influye. Y más al calor de la pachanga, el relajo y las copas.

¿Desde cuándo somos también importantes consumidores? Consumo siempre ha habido. En la década de 1940, durante el gobierno del general Pablo Macías Valenzuela, yo como procurador sabía quiénes masticaban opio y no llegaban a

cinco personas. Hoy es imposible saber quiénes son los consumidores. Porque ahora ya no sólo es opio. Ahora son muchas las variaciones y las presentaciones de los estupefacientes. Pero creo que el consumo empezó a incrementarse rápidamente o a desbocarse más bien, en los años esos del gobierno de Toledo Corro. La permisibilidad produce precisamente el incremento del consumo de drogas. Esa es una de las herencias. Y bueno, se incrementó notablemente el consumo durante los años del gobierno de Renato Vega Alvarado, a quien no le importaba nada, ahí por los años de 1993 a 1998, que fue un sexenio gris, intrascendente, sin pena ni gloria. Mejor dicho: con más pena que gloria.

Al analizar el fenómeno, primero hay que referirse a la geografía del estado: los sembradores y los sembradíos están semiocultos. Hay zonas de difícil acceso, donde es segura la producción. Lo sabe todo mundo. Pero hay cosas que no encajan, que no cuadran en las cifras oficiales. Se habla de que se destruyen miles de hectáreas. ¿Y por qué casi siempre no hay detenidos? Para hacer producir los plantíos se requieren miles de personas trabajando. Por cierto, se calcula que hay alrededor de un millón de trabajadores, o transgresores, que laboran en la industria del narcotráfico en el país.

Uno entonces se pregunta: ¿Cómo es que hay tantos trabajadores, cómo es que siembran tanto, cómo es que se destruyen tantas plantas y no hay detenidos? En otros términos, estamos hablando de una producción de grandes dimensiones. Los plantíos requieren cultivo, cuidado, atención, vigilancia. Además, en las zonas productoras, como las de allá arriba en Badiraguato, en la zona del llamado Triángulo del Diablo, en la amplia y abrupta región fronteriza de Sinaloa, Durango y Chihuahua, se necesita establecer, acondicionar o dar mantenimiento a la infraestructura, los sistemas de riego, los equipos, los medios y los instrumentos de cultivo y producción. Y para todo ello se ocupan trabajadores. Recursos suficientes. Medios elementales de subsistencia. Personal de vigilancia y protección. Y luego de

la cosecha posteriormente se requerirá de suficiente transporte. ¿Todo esto no se ve? ¿El Estado, el gobierno, no es capaz de ver esta situación abrumadora? En realidad entre todo este trasiego del mundo de las drogas --y no estamos inventando el agua tibia-- lo que estamos viendo es una enorme cadena ilegal de compromisos fácticos. Y es que habría que destacar que luego de tantas bravuconadas políticas y presuntuosas, pero falaces y demagógicas de quienes supuestamente persiguen a los traficantes, no nos queda más remedio que llegar a la conclusión de que nos creen tontos y que la sociedad les cree sus ridículas versiones.

Hasta se ha llegado a decir que algunos jefes del narcotráfico han dirigido la política del combate a las drogas, así como a sus organismos oficiales. ¿Qué contrasentido, no? Como el caso de Amado Carrillo Fuentes, “El señor de los cielos”, quien según algunas versiones ponía y disponía de los altos mandos policíacos, hasta que se le acabó la buena estrella. En tal sentido, también se dice que el general Gutiérrez Rebollo fue un chivo expiatorio, una cabeza prefabricada a la que había que entregar para calmar al gobierno norteamericano. Y se dice que es una víctima, pues el general pretendidamente estaba haciendo investigaciones que no convenían al sistema. Es decir, que estaba involucrando nombres de personajes --de la llamada nomenclatura de la industria de las drogas--, lo cual parecía no ser prudente ni adecuado para la seguridad del sistema. Se trata de las versiones del propio general encarcelado, así como de su hija, y que se ha consignado por ahí en algunos textos, como los de Andrés Oppenheimer y otros investigadores. Hay quienes han dicho de forma muy elemental: que el “pastelón” era tan grande, que Gutiérrez Rebollo no lo podía manejar solo. Y además, lo más grave para el sistema: que no lo sabía repartir.

En este sentido, el poder de los traficantes de drogas puede mirarse a través de sus acciones en los últimos tiempos. De las cosas que han salido a la luz pública y que podemos analizar, estudiar y deducir. El narco puede no sólo establecer

compromisos con gobernadores y funcionarios y secretarios de estado. Puede ayudarlos. Puede coptarlos. Y puede comprarlos. ¿Quiénes, por ejemplo? Bueno, las indagaciones y la cacería que la hagan las autoridades. Aunque sabemos, como siempre, que no las harán a fondo. De nuevo vendrán los chivos expiatorios o los sacrificados para bien del sistema y de la industria. Y es que la figura de la serpiente mordiéndose la cola es muy ilustrativa. De aquí podemos dilucidar y establecer muchas conjeturas, pero lo único cierto es que el dinero es como la humedad: no hay manera de detenerla. El narcotráfico es simplemente dinero. Recursos. Medios. Hombres. Y ya mezclado con la política, en sus círculos hay una constante de dólares reales, protección, armas y dólares falsificados. Es decir: poder. Poder económico, poder político, poder de fuego, poder financiero. Y todas las formas imaginables de la corrupción y el fraude.

Somos productores de amapola y heroína, pero no en los niveles de la producción de coca y cocaína, que forman parte fundamental de la economía de Colombia, que posee zonas de producción de coca para el consumo mundial, para las necesidades farmacéuticas. Y, por cierto, según estudios que se han hecho, nuestro suelo no es propicio para el cultivo de la coca. Tal vez ésta sea una diferencia clave, en lo que concierne al ámbito de las drogas. Y es que respecto de las diferencias y potencialidades entre la amapola y la hoja de coca, son varias y significativas. Por ejemplo, la heroína es una droga mucho más fuerte, mucho más dura que la cocaína. Es más difícil su manejo, su cultivo y su producción. Es más difícil consumirla y genera mayor adicción en los consumidores. Por ello, como derivados de la amapola, la heroína y la morfina son más costosas en el mercado. Aunque lógicamente, como en el caso de la coca, también hay cuotas legales de producción para fines medicinales.

Una hipotética legalización, resulta demasiado complicada. Vamos a suponer por un momento que se derogan las leyes que castigan al narcotráfico. Que se

legalizan la producción, el tráfico y el consumo en México y algunas otras naciones. Nos llenaríamos de negocios legales, como los bares, las cantinas y los antros, pero aquí serían expendios de marihuana, heroína, cocaína, metanfetaminas. Ya me imagino los anuncios: “Compre y lleve su gallo, su chiva y su perico”. O bien: “En la compra de un kilo de la verde, llévase gratis 100 gramos de cristal”. Sí, pero...¿Y los demás países? En la actualidad, la legalización de ciertos aspectos del consumo en países como Holanda, es una cuestión muy limitada, muy condicionada. Cosas extrañas: se legaliza cierta parte del consumo, pero sigue prohibida la producción. De cualquier modo, eliminar la prohibición no implica ninguna garantía de resolución del problema del mundo de las drogas.

Los grupos transgresores mexicanos, en realidad ¿no estarán dentro de las propias estructuras gubernamentales y del Estado? Por tanto, no habría necesidad de que narcos y gobierno negocien directamente entre ellos, como ocurre en Colombia. La pregunta y la inquietud son válidas. Sin embargo, no creo que estemos en estos niveles. Aunque ya no se puede soslayar el problema. Hay sujetos, individuos, personas muy importantes que en la sociedad son citadas o mencionadas con frecuencia, por la DEA, por el FBI, por la prensa internacional: Carlos Hank González, Carlos Hank Rohn, Carlos Salinas de Gortari, Raúl Salinas de Gortari, Roberto Madrazo, Mario Villanueva Madrid, Fernando Gutiérrez Barrios, Javier Coello Trejo, José Antonio Zorrilla, Gutiérrez Rebollo, Mario Ruiz Massieu, entre muchos otros. En tanto miembros de la gran familia política mexicana, son o fueron expresión “orgánica” de grupos de poder gubernamentales. Detrás de ellos han estado organismos e instituciones estatales. Es decir, podrían haber usado para sus beneficios particulares a ciertas instituciones del Estado. Resulta difícil referirse a la separación entre las personas y los cargos, a los individuos como tales y a sus representatividades. La presencia de ciertos personajes en el panorama político activo, se dice abiertamente, y hay acusaciones abiertas, se debe a que son producto de esas fuerzas oscuras. Hasta con aceptaciones implícitas de que han recibido

dinero de personas no **sanctas**. Todo esto nos dice que algo debe haber en el fondo, en esos fondos turbios del país. Esos nexos no son muy gratificantes. Con un poquito de especulación a fondo, uno puede pensar que esa es una intentona de ese tipo de gentes por hacerse del poder en México. Pero es acaso sólo una probable intentona. Por lo demás, pues no lo han logrado.

¿Y el asunto Luis Donaldo Colosio? También son varias líneas. Que el asesino solitario, que el complot, que el crimen político, que la relación con el narco. Por ahí podría haber una mezcolanza. Y uno pues tiene derecho, ante la falta de información y claridad, a especular que se trató de una maniobra del poder (en este caso los Salinas de Gortari) para eliminar a un político, a un candidato que se estaba saliendo del carril. Y por otro lado, bueno, hasta se ha hecho del fulano que está en el penal de La Palma, en Almoloya, una especie de mito: se dice que no es el Aburto original. Las dudas persisten en todas esas líneas. Y las dudas iniciaron porque el Aburto de la cárcel no se parece al Aburto del lugar del crimen. Lo cierto es que hay muchas contradicciones. En el fondo, los intereses políticos y económicos involucrados buscan, con el tiempo, que se diluya la verdad. Es la lógica de los grandes crímenes, es la lógica de los magnicidios.

Las redes de traficantes son por lo pronto una presencia. Habría que cerrar los ojos o mostrarse como ciego para negar el problema. La presencia es muy real, económica y socialmente, aunque aún no ha permeado a los organismos que rigen el Estado en forma fuerte. Y no funcionan tampoco como grupos de presión, porque en realidad son grupos delictivos que más que exigir ofrecen ayuda y apoyo, tanto a candidatos como a grupos y a políticos encumbrados. Es una relación potencial, y muchas veces real, que logra establecer compromisos subterráneos de carácter político, y que no son más que compromisos de corrupción. Esta presencia regada a lo largo del país, más en ciertas regiones que en otras, sí es una muy seria amenaza.

Colombia, en suma, es una imagen y un espejo, aunque tal vez distorsionado, de nuestro país.

Conviene apuntar que la política gubernamental de enfrentamiento de esta problemática, pese a ciertas detenciones que pueden ser llamativas y espectaculares, no ha tomado en consideración que las cosas han cambiado en el país. Se trata de los mismos procedimientos de hace años. Y pues no dan resultados efectivos. En cambio, los grupos delictivos sí han asumido los cambios. Se han venido adaptando al desarrollo político y económico. Los narcos sí han sabido adaptarse a la dinámica social. Se trata de gente mejor preparada para vivir en los ámbitos del delito. Debemos recordar que por razones de tipo legal, los funcionarios tienen tiempos límites: los cargos son pasajeros. Y en su caso, los mafiosos trascienden períodos, trienios y sexenios, y entonces se van haciendo cada vez más fuertes, experimentados y organizados. Resisten el paso del tiempo y van haciendo que crezcan y se desarrollen los negocios y sus empresas. Son como partes de la cultura. Cambian los regímenes, pero la cultura permanece.

Lo que hay que resaltar es que los sujetos que organizan y planean, los líderes y los jefes reales, los que generalmente no se exponen ni están en boca de todos ni aparecen en los medios de comunicación, los que son en realidad los responsables de toda esta industria ilegal, ellos básicamente pues siguen siendo los mismos. Y siguen mejorando sus estructuras y sus organizaciones, aumentan y perfeccionan sus equipos, sus vínculos con el mundo legal, sus riquezas, y sus miembros. Y sobre todo la experiencia que van acumulando es la parte más delicada: esto les proporciona una seria y alta peligrosidad para la sociedad y para las instituciones. Ya desde la historia de las mafias en Estados Unidos se registra este fenómeno: llegó un momento en que los grandes mafiosos se reunieron y hablaron de la necesidad de tener mostradores legales, creando negocios legales. Y para ello llevaron luego a sus hijos a las universidades. Y contrataron universitarios capaces que estuvieron

trabajando en negocios legalmente establecidos, pero cuyo sustento e interés era el interés de los mafiosos. Eso ocurrió en Estados Unidos y está sucediendo en nuestro país. De ahí, recordemos, nació el concepto de “lavado de dinero”, porque el dinero irrigó a los negocios legales o lícitos. Y esta es una cuestión que no puede negarse: millones de dólares de los narcos entraron a la banca y a las empresas. Es que en materia de dinero, éste jamás tendrá ni color ni olor.

De antemano hay que advertir enfáticamente que el negocio de las drogas no se puede acabar. Esa debiera ser la primera idea que habría que aprender. Y reconocer que solamente es posible intentar controlarlo, minimizarlo, y llevarlo a un nivel mínimo para que deje de ser una amenaza al país, a la sociedad y a la seguridad nacional. Y es que el discurso constante y dominante ha sido, y es, el siguiente: que el narcotráfico es un problema de todos, que la sociedad debe cooperar para erradicarlo. Yo lo veo de otro modo: la sociedad no es responsable de lo que ocurre hoy. La sociedad no tiene fuerza por sí misma. En consecuencia, lo que ha hecho la sociedad ha tenido que ver con la tolerancia: ha tolerado a los narcos. El gobierno, en cambio, es el que tiene la obligación de enfrentarlos y combatirlos. Es elemental: la sociedad paga para que la protejan, y no para hacerse cargo directamente de los problemas. Para eso tiene un gobierno, que en este caso ha resultado sumamente incapaz en este ámbito de la seguridad.

Por ejemplo, la gente ve a los narcos en sus casas, en sus hogares, pero no se atreve a denunciar. Para empezar no podrían enfrentarlos directamente. Sería una infamia. Porque es peligrosísimo. Más que heroísmo sería una estupidez. Y es que, además del poder de fuego del delincuente, el vecino, al denunciar podría encontrarse, en las instancias respectivas, con funcionarios de bajo nivel, medianos o altos que pudieran estar coludidos con el denunciado. Por eso la gente hace como que no ve nada, como que no ve al narco, al narcofuncionario, al narcopolítico o al narcoempresario. Y como uno no se puede cambiar tan fácilmente de casa, pues

hace uno como que no ve nada. Algunos amigos me han dicho, por ejemplo: por aquellas cuadras hay un tipo que se dedica a tal cosa; por la noche llegan gentes armadas y llegan camiones y se van. Llevan y cargan bultos, paquetes. No parece un negocio convencional. ¿Entonces yo qué hago, qué hacemos? se preguntan los amigos. Y pues qué les puede uno decir...No se le puede pedir al ciudadano común y corriente que se convierta en policía o que ande informando por aquí o por allá. No puede poner en peligro a su familia ni a él mismo.

Pero sí podemos hablar de que la sociedad está enferma. Tiene células cancerosas. Y a éstas tiene que combatir las el gobierno a través de la policía. Además, los denunciantes o los informantes jamás podrían volver a vivir tranquilos en su existencia. En este sentido ¿cómo pedir a los habitantes que pongan en riesgo la tranquilidad de su casa y que arriesgue su propia vida, si de antemano no hay credibilidad en torno a los cuerpos policíacos y en torno a los políticos que nos gobiernan? Entonces yo creo que ese discurso del poder, que llama a la sociedad a participar con ese tipo de denuncias, no es el correcto. Se me hace una irresponsabilidad. Es demagogia pura. Es claro: no todos son responsables de lo que ha ocurrido con el narcotráfico en el país. Los responsables son, en todo caso, los pequeños grupos, las sectas, los estamentos políticos y económicos con parcelas de poder, los que dirigen y han usufructuado esos poderes. Las autoridades son, en suma, las responsables de que la sociedad se encuentre en esta postración.

Hoy, decimos, la sociedad no denuncia. Pero no lo hace y no se atreve porque sería suicida. Es excesivo solicitar a los ciudadanos tales acciones de denuncia. No es justo. ¿Cómo le pides tú a un ciudadano que señale a alguien que representa y es parte de una corporación criminal? Por eso, la población, la sociedad en un sentido más genérico, convive con los narcos. No le ha quedado de otra. Hay una suerte de tolerancia pasiva. No se sabe bien a bien con quién estamos, con qué tipo de personas platicamos, con qué grupos compartimos en nuestra vida cotidiana. Aunque

bueno, en ciertos casos lo sabemos por sus hábitos, por sus formas de vestir, por algo de eso que se ha llegado a denominar como “narcocultura”. Es decir, hombres y mujeres exageradamente vestidos. En ellos resaltan las ropas, las botas, la joyería y la relojería de escándalo, los autos, las casas, las residencias, las mansiones. Además, en muchos destaca su altanería, su prepotencia, su soberbia. Envían a sus hijos a los colegios más caros. Compran automóviles como si compraran zapatos. Tienen varios “hogares” y varias mujeres. Hacen que sus hijas sean “reinas” de cuanto cosa es organizada, de cualquier cosa. Y todo ello no es más que expresión de su propia ignorancia. Creen que lo pueden todo. Adonde quiera son el centro de atención. No se miden. Se notan rápidamente. Son los nuevos ricos, pero las más de las veces son nuevos ricos fugaces, por la propia dinámica del narcotráfico. Pero estos modelos en efecto influyen de algún modo sobre el resto de la sociedad.

Por otra parte habría que hacer notar que los grupos de narcotraficantes de varias maneras han construido una especie de respaldo social. Aparte de que internamente funcionan a base de jerarquías, con una sólida y secreta disciplina, regidos por supuesto por las recompensas y los pagos. Se trata de grupos muy enérgicos. Muy duros. Implacables. Está prohibida la compasión. Nadie, ninguno de sus miembros, tiene derecho a fallar. Se exhibirían claramente entre ellos. Así que las fallas normalmente las manejan de forma violenta. Como ejemplo y escarmiento para los demás miembros. Por lo demás, se supone que entre ellos, entre los del círculo más cercano e íntimo, impera la lealtad. De lo contrario no funcionarían los esquemas de trabajo de la organización. Es conocida la figura esa de que cuando un pariente o un compadre llega a cometer un descuido delicado, el jefe se da el lujo de exclamar: “A mi compadre yo nomás me lo echo”. Y cualquiera de estos jefes operativos, que han sido en Sinaloa como líderes natos en sus ámbitos de influencia, de hecho se hacen también más fuertes al hacer que se sustente o caiga el peso de su poder en los diferentes auxiliares que les rodean. Y este círculo cerrado ha tenido la previsión de ir construyendo un importante respaldo social en las zonas productoras.

Como si fueran bandidos generosos han colaborado ampliamente con sus comunidades, construyendo iglesias, escuelas; haciendo caminos, brechas y carreteras; introduciendo luz, agua, drenaje, pavimento. Y lo han hecho y aún lo realizan de manera muy rápida. Tratan de mostrarse como personas preocupadas, buenas y nobles. Pero en realidad lo que hacen es construir la infraestructura material y social del negocio. Significa beneficio para los pueblos, pero además para la industria, para los grupos y para el ego de los llamados “capos”, que así se sienten con más poder, individualmente. Si lo vemos fríamente, se trata más bien de inversiones para hacer más rentable a la actividad. Esta ha sido igualmente una práctica común en el sur, en el centro y en el norte del estado.

¿Y cómo se organizan? Recuerdo que cuando andaban en la calle ciertos “capos”, se reunían en Guadalajara, con el propósito básico de no estorbarse y para no crear una lucha entre ellos. Se decía que se reunían personajes como Miguel Angel Félix Gallardo, Manuel Salcido Uzeta, Ernesto Fonseca Carrillo, Amado Carrillo Fuentes, Rafael Caro Quintero, Héctor “El Güero” Palma, Joaquín “El Chapo” Guzmán, entre otros. Había, y hay, una especie de compromisos y reconocimientos fácticos entre los mafiosos. Se siguen respetando, grosso modo, los diferentes territorios. Aunque ahora ya no es tan sencillo decir: en Sinaloa hay un “capo”, a pesar de que algunos tengan algún dominio. Lo que pasa es que hay varios, sueltos y dispersos. De ahí el incremento de los conflictos, las cruentas luchas por los controles, los enfrentamientos.

Ahora, curiosamente, existen grupos que no siembran ni compran la droga: la roban. Son como piratas. Y éstos indagan sobre las rutas de los cargamentos y los capturan. Estos mismos piratas “bajadores” distribuyen y comercializan el producto. Ya no existe ese control piramidal, cerrado, cuando los grandes capos manejaban todo. Ahora podemos decir que existe una especie de contrabando hormiga y hay hasta “changueros” o intermediarios de la droga. Otros “trabajan” y los asaltanarcos

son como una nueva secta que se beneficia del trabajo “ajeno”. Bueno, aunque evidentemente corren un enorme riesgo. Por eso se explican también las venganzas y las ejecuciones que constantemente suceden. Y muchas víctimas pues son personas que presumen de sus actos, de sus gestas, de sus hazañas, y se dedican a propagandizarlas. No están haciendo más que comprometerse y exponerse. En los círculos de los mafiosos abrir la boca resulta fatal. Y por ello no es casual que el narcotráfico, abierta y veladamente, produzca más muertes que muchas guerras. No pararíamos de contar muertos en Sinaloa, sobre todo cuando el problema crece de manera impresionante con el tráfico de cocaína que inicia a fines de los setenta.

En el combate al narcotráfico, habría que aprovechar los adelantos o los progresos tecnológicos. Pero no se usan. O si se usan, como los satélites, seguramente sólo es para saber, pero no para actuar contra la producción constante de la industria. Los grupos poderosos tal vez sufren pérdidas más o menos frecuentes de hombres, líderes, kilogramos y dólares, pero la industria prosigue viento en popa. Como se dice: caen los hombres, pero no las “instituciones”, en este caso las del narcotráfico. Pero lo que queda claro es que los narcos sí aprovechan los adelantos de la tecnología: radios, satélites, computadoras, y todos los modernos equipos de las telecomunicaciones, formas y mecanismos de transportación, fabricación e industrialización de derivados y drogas sintéticas, además de las innovaciones técnicas de siembra, cultivo y producción en general.

El narcotráfico sin duda que ha dado beneficios a algunos ámbitos de la sociedad. Pero sobre todo a los clanes delictivos, aunque los campesinos sembradores sigan siendo pobres, en su mayoría. Recordemos algunas características de los grupos desviados: en general tienen constancia, permanencia, organización y disciplina interna. Trabajan de forma sistemática. Frente a ello, y frente a la irrigación de recursos hacia el comercio, la industria, la banca o los servicios, por ejemplo instancias como la Secretaría de Hacienda no pueden hacer

prácticamente nada. Su competencia frente a la labor de zapa del narcotráfico es en realidad nula.

Así, la economía sinaloense, tomando en cuenta que la industria del narco nació hace más de cincuenta años, fue permeada también desde hace tiempo. La economía está infiltrada, revuelta. Las pruebas, como siempre, son difíciles de puntualizar. Pero las evidencias, por deducción, están ahí, a flor de piel. Más que duda o sospecha, tenemos certidumbre, pero no lo podemos probar legalmente --ni nos corresponde hacerlo--, así de forma enfática. Aparte, las drogas andan en las calles. Ha aumentado la oferta y han bajado los precios. Hasta parece una mercadotecnia legal. Saben exactamente dónde vender. Pero y si la economía está afectada, ¿qué es lo que no está afectado de la sociedad? Lo que ocurre es que en ciertas esferas el problema está apenas asomándose, en otras es muy evidente, en otras es incipiente. Aunque los grupos que dirigen estas actividades son pocos comparados con quienes se dedican a negocios legales, su alcance económico sin embargo es muy amplio y diversificado. Son minoría los narcoganaderos, narcotomateros, narcolecheros, narcoturisteros, narcopescadores, narcorestauranteros, narcobanqueros, pero todo marca, estigmatiza y se manifiesta configurándose en nuestra percepción y en la percepción que la sociedad local y nacional se hace de nosotros. Has fama, guarda silencio y échate a dormir. Fuma, que algo queda.

Durante mi participación como procurador de justicia primero, y como secretario general de gobierno después, en el régimen de Labastida Ochoa (1987-1992), evaluamos amplia y detalladamente el fenómeno. Partíamos de una situación delicada, pues la herencia que se nos había dejado era terrible. Como expresión de su estilo de gobierno, Toledo Corro para empezar fue como un paradigma de la violencia. Había superado todos los récords en la represión y el autoritarismo. Fue uno de nuestros grandes retos. Ibamos a entrarle al combate a las drogas, en la

medida de nuestras facultades y más. Pero este “más” nos creó múltiples problemas, por la cuestión de nuestra competencia jurídica, nuestros alcances, nuestras facultades y nuestras limitaciones. Sabíamos en el gobierno que todas las policías estaban infiltradas por el narco. Depuramos al personal con antecedentes, así como al que era sospechoso por su manera de vivir, en relación con sus ingresos legales y sus gastos. Pensamos en la instrucción policíaca, en la cuestión de la infraestructura, los contenidos de la enseñanza, los profesores. Sabíamos que las acciones eran limitadas, pero como semillero era un principio. El proyecto debió hacerse crecer. Desgraciadamente no hubo continuidad en los otros gobiernos. Creo que fue un proyecto fallido.

Vivimos en esos años una situación especial. La Policía Judicial Federal protegía a ciertos grupos de narcotraficantes. O ellos mismos eran narcos. Hubo entonces un conflicto grave. De acuerdo a nuestras líneas políticas y operativas, la Policía Judicial Estatal tenía instrucciones de actuar, en las facetas de la coadyuvancia, y actuaba en tal sentido, pero los federales alegaban --parecía que en ello se jugaban su “honor”, pero en realidad eran sus intereses-- que aquélla y que nosotros no teníamos porqué invadir sus funciones. Nosotros insistimos en varios frentes. Denunciamos. Exigimos. Teníamos autoridad moral y política. Y al final logramos expulsar a agentes de la PGR y de la PJF. Fue el resultado de la constante denuncia ante los excesos de esos cuerpos federales. Habían ocurrido las escandalosas muertes de los venezolanos y de la defensora de derechos humanos, la universitaria Norma Corona Sapién. En el frente federal la cabeza notoria era el comandante Alberto González Treviño. Era el principal mafioso con charola federal. Pero a pesar de todo su poder, lo hicimos salir del estado, con todo y su cofradía y sus huestes y sus lacras y sus sicarios con credencial. Así, muchos narcos también se fueron, al ya no disponer de protección de la PGR. Se fueron Amado Carrillo Fuentes, Héctor “El Güero” Palma, Joaquín “El Chapo” Guzmán.

En este tenor, vino aquél asunto de 1989, en lo que ciertos medios de comunicación denominaron como “estado de sitio” contra el gobierno de Labastida. El general Jesús Gutiérrez Rebollo, a la sazón jefe de la Zona Militar, aprehendió a los jefes policiacos del estado. Fue un escándalo. Exigimos explicaciones. El general dijo que él sólo acataba órdenes superiores. Y su jefe máximo era el Presidente de la República y se llamaba Carlos Salinas de Gortari. Que él sólo era un soldado. Más que una acción contra el narco, aunque se detuvo en Guadalajara al “capo” Miguel Ángel Félix Gallardo, el “estado de sitio” fue en realidad una acción de tipo político de Salinas de Gortari contra Labastida. La intención, claro, era cuestionar y desestabilizar, por venganza y revanchismo. Y puede leerse también, al mismo tiempo, como una advertencia fuerte del narcotráfico. Pero más tarde hemos visto que Gutiérrez Rebollo no era una palomita blanca. Hoy sabemos, por decirlo así, que no era muy “católico” que digamos. Ya tenía algo turbio o empezaba a tener.

Lo cierto es que el dinero de las drogas ilícitas, a lo largo de tantos años, se filtró en múltiples rubros de la economía, en Sinaloa y el país principalmente a través de los bancos y las sociedades anónimas. El dinero mexicano está revuelto. Se mezclaron el dinero sucio y el dinero limpio. Y aunque la evidencia resulte muy difícil asentarla, es muy fácil sin embargo deducirla. Estamos hablando de miles de millones de dólares. ¿Y en Sinaloa qué es lo que no está afectado? Es muy complicado establecerlo. En algunas áreas el dinero de las drogas está tan adentro que ya ni se nota. En otras actividades apenas está apuntando y despuntando. En algunos rubros es evidente. En otros es incipiente. Pero hay que dejar muy en claro que si los inversionistas narcos producen leche, por el hecho de que yo tome de esa leche no me hace a mí narco.

¿Qué ha significado para mí colaborar con hombres tan diferentes como Pablo Macías, Leopoldo Sánchez Celis o Francisco Labastida? Son muchas diferencias notables. Lo más importante es la necesidad de adaptación. Para un

hombre como yo, que siempre gravitó y actuó a partir de su pensamiento ideológico de izquierda, pero al que las circunstancias condujeron a trabajar con hombres del sistema político mexicano, pues no puede actuar de la misma manera frente a sujetos diferentes: los estilos, los momentos y las circunstancias históricas fueron diferentes. Tenía que adecuarme a la realidad.

Por ejemplo, don Pablo Macías era un hombre formado en la lucha militar. Para empezar, él si acaso tuvo segundo o tercer grado de educación. Se inmiscuyó en la Revolución y fue siempre un hombre práctico, pero con una malicia ranchera muy especial, malicia de nacimiento y con un enorme conocimiento que adquiría en función de que trataba a la gente con mucha facilidad. En el ejército empezó muy joven hasta llegar a general de división, cuando era también muy joven. Era sensato y gran conocedor de la condición humana. Cuando se acusó a don Pablo de estar vinculado a ciertos narcos, en realidad yo no sentí temor, a pesar de mi novatez y de mi juventud. Yo sabía que se trataba de una maniobra política instrumentada precisamente por los cardenistas, a quienes el general había vencido para la gubernatura en Sinaloa. Buscaban descalificarlo. Pero nunca tuvo relación con los narcos. Puedo decir que don Pablo conoció el opio en mi oficina de la Procuraduría de Justicia. En esos días se había decomisado una maleta con unas cuatro o cinco bolas de a kilo de opio. La maleta estaba abierta. El gobernador entró uno de esos días a mi oficina y preguntó, curioso:

--¿Qué es esto?--. Al escuchar la respuesta, sólo atinó a exclamar:

--Ah, caray.

Estuvo ahí curioseando, inquieto, viendo la droga, de cierta forma hasta pasmado. Pero hasta ese momento no tenía la más remota idea de lo que significaban esas bolas de goma de opio. Y es que para empezar él jamás había

estado en Sinaloa. Había andado para arriba y para abajo en el país, en varias zonas militares, como Ministro de Guerra. De hecho, a Sinaloa llegó para ser gobernador.

En esos viejos tiempos habría de ocurrir aquella expresión curiosa de Miguel Alemán Valdés, durante una reunión en Los Pinos, cuando el narcotráfico empezaba a ser una cosa grande, y que tenía que ver con las divisas que estaban generando las drogas para nuestro país. En esa famosa reunión de convenios fácticos también estaba don Pablo Macías Valenzuela, en su calidad de gobernador del estado. Y bueno, podríamos decir que en esos años empezó a sentirse de manera fuerte la producción de amapola en Sinaloa. Vamos, se disparó el tráfico. Sobre valores entendidos, cada vez más personas se involucraron en la producción y el tráfico. Incluso ya a fines de la Segunda Guerra, nosotros veíamos las facilidades que se le daban a los campesinos que cruzaban prácticamente de forma libre la frontera con Estados Unidos, trasladando el producto, que era la goma de opio así en bruto. Y nosotros empezamos a advertir que Sinaloa estaba registrando un despegue real, efectivo, como región altamente productiva de amapola. En esos años, conviene insistir, en realidad prácticamente no había consumo interno. Pero el incremento de la producción y el tráfico se registraría de forma significativa algunos años después, durante otro conflicto bélico: la guerra de Vietnam.

Precisamente ya durante el gobierno de Sánchez Celis, colaboré con él y con su gobierno como amigos. Nuestras familias eran muy cercanas. Así, nuestra relación fue de tú a tú. Y bueno, tratando de ser finalmente sintéticos, puedo decir que don Pablo Macías nunca vio al narcotráfico como prioridad, porque no había o no se tenía aún idea de lo que significaría el fenómeno. Con el gobierno de Leopoldo Sánchez Celis el narco empezó a crecer, apresuradamente, aunque aún no había tanta violencia. Digo: comparada con la que habría de desatarse durante el régimen de Calderón, en que empieza a registrarse el tráfico de cocaína proveniente de Sudamérica, a finales de la década de 1970. Luego vendría el violento e impune

sexenio de Toledo. Y los tiempos de Labastida son ya, plenos, los tiempos del auge y del florecimiento internacional de la industria, con todo y sus riquezas magnificadas, con todo y sus redes atadas a las distintas esferas de la vida pública. Se trata, hoy, de un estado y de un país, en buena medida, que viven bajo la amenaza y el asedio del imperio de las drogas. Y del fuego de la violencia y la muerte.

3.- Entrevista 2: el artista

Lenin Márquez: el arte de pintar al narcotráfico

Lenin Márquez es un artista de una vigorosa, sugerente y significativa trascendencia pictórica, en donde la estética pareciera un alarde preciosista de lo artístico, y viceversa. En la tendencia figurativa, en la impresión de primera vista, pareciera que las formas se encuentran en una constante riña y confrontación con los contenidos. Como que la finura plástica resulta contrastante frente a los temas brutales que son plasmados en los lienzos; como si el arte fuese, en su literalidad, manchado con los colores de la muerte. En realidad la confrontación vital ocurre entre la creación, como un todo conceptual, y el contexto sociocultural. Más que crónica a través de la pintura, se trata de una síntesis artística sobre un tiempo y un drama que nos ha tocado testificar y vivir. El crimen, la sangre, la violencia, la transgresión, han sido los actores y protagonistas recurrentes en una obra --que ha dado cuenta de un ambiente y un hábitat social perfilado y carcomido históricamente por protagonistas reales de la vida--, enquistados casi siempre en posiciones de poder, en la política y la economía; desde la región para (y con) el país y el mundo.

Por su trayectoria y por su calidad, Lenin ha sido apreciado en su tierra y más allá de sus fronteras. Distinciones, premios y reconocimientos han sido de variada índole. En esta entrevista, los temas se van hilando coloridamente, pero siempre en el contexto de los rudos entornos sociales. El presente texto, publicado en parte en el semanario estatal Riodoce (lunes 8 de marzo de 2004), es una síntesis de una muy extensa conversación efectuada en Culiacán, entre cálidos sorbos de café, mientras los regueros de las balas, por supuesto, han proseguido abierta y subrepticamente, en la sierra, los campos y las ciudades. Y como dato curioso, una de sus primeras obras (un óleo con un rostro angustiado) habría de ser un mudo testigo de un crimen en Mazatlán: en 1994 fue asesinado a balazos en su hogar, por parte de un par de sicarios, el que fuera vice-rector de la Universidad Autónoma de Sinaloa, doctor Ignacio del Valle Lucero. El crimen, como muchos otros, sigue impune. Y dice Lenin, sarcástico: “Me gustaba mucho ese cuadro, tanto que me arrepentí de haberlo vendido. Quién sabe dónde terminó. Quizá también lo desaparecieron, por aquello de que fue un testigo mudo del asesinato”.

--El artista reflexiona y explica.

--El tema plástico llega sólo, de afuera hacia ti. No necesitas buscarlo. De pronto adquiere sentido la información que proporciona la sociedad, tu entorno cercano. La disciplina y la sensibilidad se conjugan con la necesidad de expresarte como parte de

tu sociedad y entonces es ésta la que induce y obliga a pintar determinadas situaciones, momentos y circunstancias. En mi caso suelen ser aspectos dolorosos, como los del narcotráfico y la violencia. No puedo sustraerme a ello. Resulta extraña la fascinación que ejerce tal temática en mi obra. Y no pinto por pose, ni por moda ni por **boom** ni por negocio. Hubo un tiempo en que dejé el tema, pero sólo porque dejé de pintar; sólo así pude hacerlo. Yo, en realidad, tengo necesidad de expresarme en relación con lo que veo, siento y vivo. Y ocurren cosas positivas y negativas, buenas y malas, pero afortunada o desafortunadamente a mí me llaman más la atención las malas, porque las buenas y bellas resultan demasiado obvias. Creo que contribuyo social y culturalmente, desde mi humilde trinchera, para ponerle atención a esta situación que tanto ha afectado a la sociedad. Yo pintaría un paisaje sinaloense, pero lo pintaría desde el otro lado, como lo he hecho, con otro contexto, con el contexto real y crudo. Es claro: en la sierra hay gente que cultiva la tierra, pero también hay gente que cultiva otros productos. Y en las ciudades los criminales andan sueltos. La parte oscura del mundo es lo que en particular me afecta y me lastima. Es algo que está ahí y yo tengo que decirlo a través de lo que sé hacer. A veces, te juro que no sé porqué pinto esas cosas terribles; sólo sé que es una muy honda necesidad.

--Lenin, pensemos en una balanza: ¿Tu actitud frente al cuadro es más racional o más pasional?

--Están imbricadas ambas cuestiones. Aunque trato de que sea lo menos racional posible. El mismo hecho de no realizar un boceto previo indica que no hay mucho raciocinio. En general obvio lo que es previsorio. En el proceso de la creación pierdo de vista muchas cosas, como la noción del tiempo. Cuando se intelectualiza demasiado al tema y al concepto termina uno por encasillarlos. Pero es muy curioso porque yo no busco al tema; más bien la temática me busca a mí. Es como una inquietud, una necesidad que asedia. Es el deseo y el placer de pintar, pero no sólo de pintar por pintar, sino de hacerlo con un enfoque, con una idea. En realidad,

como decía Rufino Tamayo, el tema es sólo un pretexto para pintar, pues la misma pintura vuelve interesante al tema.

--A pesar de que se observa lo emocional en la viva piel de tu pintura, estás lejos de ser un pintor atormentado.

--Curiosamente hace tiempo me acusaban de eso, tal vez por lo que pintaba y...

--Rememoro los personajes deformes y sufridos de tus primeros tiempos como pintor.

--Sí. Alguien me dijo que soy una persona muy tranquila y hasta diáfana; y que por ello no entendía el porqué de mi pintura. Lo que pasa es que uno no pinta del interior hacia afuera, sino de afuera hacia adentro. De pronto se vuelve más importante lo que uno ve que lo que uno siente. Sin embargo eso se revierte. Y no es que yo diga: “como soy esquizofrénico voy a pintar esto y lo otro”, que sería lo más literal como ejemplo extremo del enfoque. Tú sabes que siempre me ha inquietado el tema social: la gente, la calle, lo que ocurre fuera de mí. El hecho de ojear un periódico te sacude; ver lo que pasa con los demás y con los vecinos pues impacta y asusta. El hecho de vivir tan ajeno a la violencia, que se traduce en sentido contrario en la pintura, es tal vez un mecanismo de defensa, como una manera de catarsizar o exorcizar los fenómenos. Un amigo me cuestionó respecto de si no le tenía miedo al narcotráfico. Y sí: es el miedo que muchos tenemos. Afortunadamente aún no me ha pasado nada. ¿Pintar una pistola genera violencia? Yo no busco representar la violencia con un arma, que sería lo más inmediato semánticamente. La pistola puede representar muchas cosas, hasta sexuales y fálicas. Pero indudablemente en mí se trata de una desesperación: mi necesidad de decir algo.

--Parece demasiado importante el contexto.

--Exactamente. Como en mis series pictóricas de “Los desaparecidos” o “Daños a terceros”. En nuestro contexto son temas vastos. No los puedes dejar. Son temas virulentos de todos los días, que se renuevan en la vida hora tras hora. Con el pintor Oscar Manuel García Castro (otro artista sinaloense que pinta también sobre el “narco”) coincidimos mucho. Somos de la misma generación, fuimos amigos. Coincidimos en personajes, situaciones, circunstancias, entorno. ¿Y en premios? Sí, en premios también. Acaso somos de una generación marcada por un notorio contexto, en el que están algunos otros artistas de la región como Ricardo Corral y hasta Eduardo Sánchez Encinas. O María Romero.

--Aunque ella más a un nivel interno y conceptual.

--Un enfoque más autobiográfico y anecdótico. Pero en general se trata de una violencia que no le quita para nada la belleza a la obra. Entonces la influencia exterior resulta de primer orden. Conozco a unos chavos gemelos, tienen lana y les fascina la pintura. Me caen muy bien porque le echan muchas ganas. Son güeros de ojos claros, galanes, muy unidos. Hacen cuadros por ejemplo de una prostituta jodida o de un tipo descuartizado, un Cristo tirado o un sujeto balaceado. La obra podría ser definida como muy obvia y hasta panfletaria, pero lo importante es que dicen cosas. Y en mi caso tal vez sería más fácil pintar mis propios sueños, lejos de la realidad.

--¿Cómo los monstruos oníricos del pintor Luis González?

--No. Fíjate que por ahí no. Mis respetos para Luis, pero eso no. Creo que ahí hay cierta represión...Quizá hay una carga emocional muy fuerte, que termina por ser un anclaje...

--Va una pregunta absurda: ¿Por qué no pintas flores y rositas?

--No se trata de un afán por ser original o de buscar estilos. En mí anida una necesidad de expresión, de decir algo que mucha gente no dice, que no se atreve a decirlo, y que probablemente deba ser dicho a gritos. Es algo que me angustia, que me preocupa y que me ocupa. Por eso yo no pintaría un sueño. Los sueños no me gustan ni me preocupan. Ni yo a veces lo entiendo; pero sé que es una urgencia vital de creación. Por eso no pinto sueños rositas o floresitas intimistas. Sería como burlarme de lo que yo creo. No sería yo. Más que ser original o buscar un estilo superfluo quiero ser yo mismo y decir lo que creo y pienso. Pero puedo ver una flor y quizá sea una...

--Una amapola.

--Fíjate que hubo una bienal del noroeste donde ganó una amapola, de un tal señor Gaxiola que jamás volvió a ser seleccionado ni le volví a ver un cuadro. El de la amapola, con una calavera entre la maleza, ni siquiera es kistch; es más bien ingenuo. Pero ganó.

--Cuando estás frente al cuadro, ¿hay alienación, enajenación?

--Sí, precisamente. Como otra dimensión. Quizá una sensación de olvido en torno a lo que pasa en la vida, para no estar en la vida. Pero el encanto se rompe cuando debo ir al baño, por ejemplo. En el proceso retomo al mundo y luego me distancio del mundo. En alguna ocasión no he oído el ruido terrible de la vida, ni la calle ni los toquidos en la puerta. Llega uno a morar y levitar con todos sus sentidos perdidos y sublimados dentro de la obra.

--Tú necesitas de la luz y por eso pintas en las mañanas. Pero en tu obra no aparecen precisamente formas luminosas, sino más bien tenebrosas, efectos

acaso perversos del ser social. Destacados críticos y pintores del país, como José Luis Cuevas, Raquel Tibol, Leopoldo Flores, Alberto Castro Leñero o Luis Carlos Emerich, dicen que tu obra tiene una enorme fuerza social, y además una estilización notable. Es decir: está presente la emotividad y también la racionalidad a través de las formas. Todo esto parece hasta contradictorio.

--Entiendo. Honestamente no lo había pensado hasta ahorita que lo dices. Intentaré buscar una explicación en este momento. En realidad lo oscuridad me gusta. A veces cierro todo, cierro las ventanas, me recuesto y cierro los ojos. Pero luego, tal vez sea inconsciente, al pintar busco la luz para ver los caminos, etéreos y convulsos, de la obra. Las luces del sol son como rayos X. Cuando colocas el cuadro a contraluz puedes identificar detalles inacabados, excesos. ¿Que si gusto del impresionismo? Claro. Amo a Monet, a Van Gogh. Tengo obsesión por la luz. Siento nostalgia por los lugares abiertos, como la tierra donde nací: Mocorito. Pero tal vez las contradicciones se explican porque los seres humanos somos complicados; por ello pinto una parte oscura del hombre, las penumbras, los lados más perversos, el sadismo, la violencia, que resulta como un destello de la iconografía del narcotraficante kistch, como los marcos dorados de terciopelo negro, los caballos de las camionetas, los sombreros en el polarizado, las balas y las armas, la escenografía diversa en torno a la irreverencia del santo Jesús Malverde con sus varias lecturas y significaciones. De tal suerte que a mí me llaman la atención los aspectos terribles de la sociedad que vivimos. Podría pintar quizá las cosas agradables o buenas, pero son demasiado obvias. Y es que destaca el doble discurso que tienen las cosas. Sería absurdo negar u ocultar que desde Sinaloa se han atizado los fuegos de la ilegalidad; hay empresas fuertes que exportan alimentos, pero hay grupos e individuos que asesinan en las calles y en las casas a plena luz del día. Aquí está esa parte oscura y yo tengo necesidad de decirlo pintando. No puedo abstraerme de mi realidad y mi contexto. Yo no hago ni invento el escándalo; lo ha hecho desde hace muchos años y lo sigue haciendo la vida real.

--Las partes sórdidas de la sociedad. ¿Te angustia la sociedad?

--Me angustian algunas cosas sórdidas de la sociedad. Y la verdad es que el tema es muy rico plástica, visual, contextual y conceptualmente. Y te confieso que he intentado dejar de pintar las imágenes relativas al impacto de las drogas, de los sujetos amarrados, ejecutados y tirados en los campos y las calles, pero honestamente no he podido. En el fondo tampoco he querido. No pinto las cosas de la cultura del narcotráfico por gusto, sino en virtud de las necesidades esenciales de mi conciencia y mi ser. Es necesario y pertinente hablar de lo malo. O, en otros términos, hay que ser auténticos, buscar dentro de ti, encontrar y sacar a flote tus raíces, trabajar con eso que conocemos como esencia, aunque con la influencia del exterior, en tanto que es imposible vivir y ser uno mismo sin los estímulos exteriores. Por eso no resulta casual, en el contexto sinaloense, que cada vez más los jóvenes artistas se estén involucrando con motivos y escenarios de violencia que, nos guste o no, son nuestros. Así, en los lienzos aparecen El señor de los cielos, un cuerno de chivo, pistolas, hojas de marihuana y amapola y muertos destazados a punta de balas. La pintura es una disciplina que exige, y mucho. Es un estilo de vida, un compromiso, una actitud y significa estar en la jugada. La pintura que expresa al mundo es la pintura genuina y auténtica. En mi opinión, no tiene mucho sentido andar buscando en los sueños y las fantasías los temas de las obras, cuando la vida real y concreta te ofrece una gama inmensa de posibilidades. En lo cotidiano y en lo más sencillo al alcance de tu mirada pueden estar los fundamentos valiosos de las obras y las creaciones.

--A pesar de todo, tu obra no parece de denuncia...

--Nunca he querido ni buscado hacer trabajos de denuncia. Quizá la pintura se transformaría en panfletaria. Y yo me siento muy lejos, lejísimo del panfleto. ¿Por qué denunciar? Sólo pinto lo que vivimos, lo que está a flor de piel de la sociedad.

Algunos han cuestionado mi trabajo y me han acusado de interpretar erróneamente la realidad social. Y prueba de ello es que ciertos organismos y funcionarios en un momento dado no te apoyan o algunos otros prefieren no promover ni comprar algún cuadro determinado porque aparece Malverde o aparecen signos que se relacionan con el mundo de las drogas. Yo pinto obras y no notas rojas de los periódicos. Pero me satisface mucho ver mis cuadros colgados en las galerías o en los hogares de quienes han comprado mis obras y más satisfacción siento cuando advierto que ellos no han reparado que por ahí entre los trazos y el mancheo y los colores se coló un “gallo”, un “perico” o un “chivo”, que forman parte de la iconografía de la tierra sinaloense. Son como caballos de Troya en las moralistas paredes de los burgueses y de los políticos y de los edificios públicos y privados.

--Has padecido la censura...

--Sí, por supuesto. Pero poco a poco han aprendido a tolerarme cada vez más. Ya no les espanta tanto ver un rostro medio desfigurado, un caballo herido y unas manos medio mutiladas. Te diría nombres de quienes censuran en Sinaloa, pero ya los conoces y no tiene mucho sentido. Son sujetos pasajeros. Conmigo ha habido una especie de prejuicio. Imagínate: los violentos, los que se hacen los occisos frente a la violencia de la vida real, los que incluso tienen que ver con las cofradías del narco, poniéndole peros a la pintura que habla del narcotráfico, de Malverde y de los crímenes que día a día se padecen en la sierra, en los valles y en las ciudades. Demasiada hipocresía. Y sí, en efecto, el problema de la violencia hoy es que está organizada desde las alturas o desde los bajos fondos sociales, y yo creo que sociológicamente es digna de pintarse, como cualquier otro fenómeno social. En suma, el problema estriba en que el sistema político haya dejado crecer, por intereses económicos, las ramificaciones del fenómeno. La sociedad no está preparada para hacerle frente. Y quizá ya adquirimos e interiorizamos la costumbre de ver a la violencia y al narco de manera natural; sin embargo, no deja de impactar.

Pero nos hemos acostumbrado a ella. No ven el fenómeno quienes quieren pasarse de listos o quienes francamente están ciegos. La situación es demasiado descarada, a la vez que complicada, pues ha afectado a múltiples esferas de la sociedad. Y llegó también por el lado más vulnerable: la política, que a lo mejor siempre ha estado afectada, pero ahora resulta más que evidente. Y bueno, por otro lado, el ser narcotraficante significa ser empresario, significa ser exportador con gran visión empresarial. Además, dada la estructura del tráfico de drogas, cuando llegan a desbaratar a algunos de sus grupos y sus células, se reconstituyen, se rehacen y se reproducen de manera muy rápida y eficiente. Vivimos en medio de ese mundo, y por lo demás globalizado y altamente tecnologizado; y los narcos se anuncian, en clave, hasta por internet. Como anécdota, te cuento que en una ocasión un sujeto charló conmigo a través de la red. Quizá era puro cuento, pero en el ambiente existe toda esta escenografía de la desviación. El sujeto se identificó, para variar, como Arellano, y hasta contaba con una página web: “www.com.narcotae”. Entre otras cosas, no entiendo porqué, inclusive me mandó un plano o una guía sobre cómo se procesa una droga sintética, una anfetamina. Quizá sea una de las formas que tienen para enganchar a sus potenciales clientes o para involucrarlos en la industria. O tal vez haya sido sólo un “hacker” o un bueno para nada jugándole bromas a la gente y a la vida.

--Tu obra, como parte inevitable de las formas diferentes de la apreciación y la percepción, puede ser vista como escatológica, como resultado de una elaboración compulsiva e intencional, para destacar y llamar la atención.

--Claro. La han juzgado así. Algunos me han comentado que mi pintura tiene ese fin, que es una forma de prostitución. Pero, reitero, llamar la atención nunca ha sido mi propósito. En realidad, en el largo proceso que implica el arte, yo prosigo en una constante búsqueda. Y tal vez algún día deje de pintar las subjetividades de mi espíritu a través de las realidades que vivo y miro, pero por lo pronto eso no sería posible. Pero el hecho de que me acusen de tales artificios no ha afectado para nada

a mi trabajo. Al contrario. Me ha ayudado a poner mayor atención para evitar caer en la superficialidad y el snobismo que caracteriza a los farsantes. Y, por ejemplo, yo le tengo mucho respeto a la artista Rosy Robles (en una obra de ésta, excomulgada por la Diócesis de Mazatlán, se hizo un autorretrato con el fondo del manto de la Virgen María, desnuda, en la que utilizó sus propios vellos púbicos), la respeto como persona, como amiga y como artista. A ella le da por provocar al público, a la crítica y a las instituciones. Pero curiosamente cuando no utiliza los grandes falos escultóricos, las vaginas y las cuestiones escatológicas es cuando ha obtenido los reconocimientos y los premios, inclusive nacionales. Pero al margen de su estilo, ella es endiabladamente buena. Y en mi caso, pues sencillamente yo no podría pintar otra cosa. Y en suma, si otros pueden y quieren referirse al mundo rosa y paradisiaco pictóricamente, pues igual se vale, si el artista se entrega y se da totalmente en su propia obra. En esta idea por eso me encanta también la luminosa obra de don Antonio López Sáenz, quien es, pésele a quien le pese, el más grande artista mazatleco y sinaloense, de nivel internacional, que pinta, a su manera, los colores de la tierra y del alma de un pueblo. Se puede pintar sensiblemente la vida con el color de la tierra, como diría Marcos. Pero también puedes pintarla con los colores del espíritu de tu tiempo o con los colores de la violencia, la brutalidad y la muerte.

4.-Entrevista 3: El literato

Elmer Mendoza: reflexiones en torno a la narcocultura

(Este es un fragmento de una entrevista con el más destacado narrador sinaloense de los tiempos actuales. La charla con el escritor se efectuó durante una extraño mediodía, por apacible y fresco, en los portales de un café del centro de Culiacán. Autor de diversos textos cuya trama remite a los asuntos de la desviación social y la violencia, Elmer ha trascendido regional, nacional e internacionalmente de forma significativa con sus más importantes novelas: Un asesino solitario, El amante de Janis Joplin, y la más reciente, Efecto Tequila, editadas por Tusquets. La entrevista giró en torno, por supuesto, a la trascendencia sociocultural del fenómeno de las drogas prohibidas. La conversación ha sido estructurada como una reflexión en soliloquio, casi sin la injerencia del interlocutor y fue publicada, sintéticamente, en el periódico sinaloense Ríodoce, el lunes 21 de abril de 2003).

Elmer Mendoza asume rápidamente la temática. Desde el pausado tono de la voz discurre, en principio, en torno a las aristas de la estigmatización sinaloense. Y explica.

En sentido antropológico, la sociedad ha sido marcada por ciertas modas que han sido adoptadas y adaptadas por los narcos. El ejemplo clásico: la música. Pero lo que más me llama la atención es la vestimenta, y en especial la ropa “Versace”. Por la zona del “Mercadito”, en Culiacán, a donde llegan camiones de la sierra, se ven muchos jóvenes espigados, con sus relucientes botas, de piel de avestruz, de víbora, ataviados con sus jeans y sus camisas “Versace”, o de seda. No se trata de una moda que se haya extendido masivamente en Sinaloa, pero a los grupos de muchachos que las usan en efecto los distingue. O vas a diversos sitios, lugares de entretenimiento, cafés y restaurantes y ves a comensales con vestuario colorido y chillante. Y bueno, la joyería. Mucha gente se cuelga de todo, con tal de que sea notorio.

Estos iconos forman parte de la cultura. Y son, de cierta forma, un reflejo de un poder. Poder que implica colgarse artefactos, accesorios que son costosos. Estamos sumamente influenciados, en un cierto sentido, de la impunidad. En las

colonias populares y las no tan populares hacen fiestas, cierran las calles, y no importa si causan molestias. Se producen escándalos y sonidos espantosos y no hay manera de que se les pueda callar. Y cuando se trata de grupos de narcos organizando las fiestas, la policía por supuesto brilla por su ausencia. El ruido es más fuerte y estruendoso. Y esto es parte de la influencia que recibe la sociedad.

Otra cuestión es la del lenguaje. Van asimilándose giros verbales que revelan el mundo de la transgresión. Por ejemplo: “Pásala para andar iguales”; “Ya ando mariguano”; “Pasa las tres”; “Voy a echarme un toque”. He visto cómo le dicen a los niños, en las reuniones familiares, que aplaudan y entonen frases de exaltación de narcos o que canten narcocorridos. O exhortan a los pequeños para que teatralmente se den un “pericazo” y los niños se llevan los deditos a la nariz y aspiran, provocando las risas de los adultos y demás. Esos comportamientos los he visto en distintos lugares y en diferentes sectores sociales, de clase media alta, hogares de profesionistas y por supuesto en otros ámbitos. Me he quedado sorprendido y frío frente a esas manifestaciones. Son ecos de la “narcocultura”. Aparte, en ciertas fiestas, en las discotecas y otros sitios –lejanas ya las expresiones de misticismo--, los jóvenes se alocan; hacen orgías con quienes se pongan enfrente; cogen frente a conocidos y desconocidos y explayan intensa y compulsivamente su frenesí; bailan y gesticulan desnudos bajo los efectos de las múltiples drogas que se meten, incluidos “gallos”, “pericos” y “chivas”, además de metanfetaminas, cristal y otros estupefacientes. En suma, estamos llenos de momentos y situaciones límite que tienen que ver con formas de violencia y delincuencia.

El escritor, en su fuero interno, resiente la indignación. Aunque fiel a su costumbre, jamás pierde la compostura y el aplomo. Muestra tan sólo muecas de sarcasmo. Y prosigue ecuánime, lentamente.

Respecto de la iconografía de la violencia, se está haciendo cada vez más común que en las tumbas y mausoleos de los cementerios se coloquen fotografías de los

mueritos, así como leyendas, letreros y recuerdos diversos. Pero siguiendo con la línea de la moda, se tiende a seguir un modelo que rompe con la armonía, tal vez en aras de lo fuerte y lo violento, representado en jeans, playeras, camisas vaqueras. Parece que no importa la indumentaria; o sí importa, pero para reiterar desde el escándalo el mal gusto. No sólo los narcos, sino a la población le ha dado por ponerse colgijos. Y esto igual se relaciona con el hecho de que en las calles muchos andan con la música a todo volumen para llamar la atención. Aún me sorprendo de ver a jóvenes ensordecidos de 16 ó 18 años en sus camionetas del año con estéreos en lo más alto de los decibeles escuchando, es un decir, banda, tambora y norteña. Me pregunto: ¿será realmente su gusto?

Pero es lo que se escucha en el barrio, en la casa; y se comparten tales cosas en la escuela con otros jóvenes. He escuchado a maestros decir a alumnos que se esfuercen en estudiar y éstos, en muchos casos, responden que para qué. Y retan incluso al pobre profesor: “¿para andar como usted? Vea como anda, con esa ropa y ese carro tan jodido...” Y es que no hay garantía de que las carreras universitarias puedan significar estabilidad económica o estatus, como ocurría antes. El joven hasta se ríe y se burla de lo que pudiera ganar a futuro siendo un profesionista.

Está también el asunto de los videos. En una estación que se llama “Videorola”, que se dedica a la promoción de música mexicana y cosas de la tecnobanda, transmiten videos que son verdaderos muestrarios significativos. Por ejemplo, un icono que parecería ya común en estas tierras: se ve algún cantante que va con una muchachona medio abrazada; en una mano lleva una cerveza de a litro y se la empina; claro, también lleva una pistola fajada a la cintura y atrás viene un montón de gente, siguiéndolos. Y la vestimenta: camisa roja, pantalón de mezclilla, botas puntiagudas y sombrero. Toda esta escenografía es representativa y está dirigida cierta y principalmente al narco, pero finalmente el mensaje termina por expandirse al resto de la población.

Elmer Mendoza sonríe con ironía ante una pregunta y luego frente a su propia respuesta. Y rememora.

En cuanto a la estigmatización de la sociedad, creo que hemos sido demasiado brutos en la promoción de la imagen violenta. Y no es sólo por el fenómeno histórico de que aquí empezó la industria de la droga o porque los narcos más famosos han sido sinaloenses. Más bien valoro que ha habido un disfrute en mostrar esa cara violenta y por lo mismo bastante irreverente e irrespetuosa. A mí me ocurrieron cosas en los años setenta, cuando estudiaba en el D.F.: yo era muy respetado no porque fuera violento, sino por ser de Sinaloa. La gente como que decía que había que tener cuidado en meterse conmigo. Bueno, fue algo que nunca desmentí. Incluso me decía: “qué bien”. En las fiestas oíamos corridos y gritábamos “¡Arriba Sinaloa, hijos de su pinchi madre!”. Y los amigos chilangos pues se la creían. En cierta medida nos enorgullecíamos de ser de un pueblo tan negativamente épico. Es sólo una anécdota, pero sí, el estigma nos lo hemos ido ganando a pulso.

Aparte, ha existido durante los últimos 40 ó 50 años una complicidad social de la cual tardíamente nos arrepentimos. Y es que nadie denuncia nada. Yo no tengo ninguna duda en que las fuerzas del orden saben quién anda bien y quién anda mal, pero dicen que no hacen nada mientras no reciban denuncias. Y tú no denuncias porque sabes que te creas un enemigo y sabes que se puede resolver con sangre. El peligro es para toda tu familia. Y por supuesto, la población no confía en la policía. La descomposición es evidente. No hay ninguna confianza en las instituciones que administran la justicia. Nadie les cree. Inclusive han querido militarizar las ciudades y eso no resuelve nada. Los narcos no operan para que los atrapen de esa forma.

El también autor de los textos Trancapalanca y Buenos muchachos confiesa su desconcierto ante el “valemadrismo” de la sociedad actual, sobre todo ante el comportamiento de la juventud. Pero intenta reflexionar sobre ello.

Siento que al interior de las familias está la esencia de las transgresiones. Hay un trastocamiento de valores y pese a los comportamientos llamativos y protagónicos, como que nadie se da cuenta de nada. Ni padres ni hijos ni familiares ni vecinos reparan en los cambios involutivos que se están registrando. Los jóvenes parecieran decir: “como no me hacen nada, pues no estoy violando ninguna regla”. En este sentido, todo lo que no está prohibido pues está permitido. En parte, por ello, se ha expandido la industria de las drogas. Y por lo pronto y por lo tanto, hoy y mañana y pasado mañana me voy a una disco a drogarme, a beber alcohol adulterado, a desnudarme y a coger en una mesa aunque me vean los demás; o meto a mis amigos a mi recámara y hacemos una orgía, mientras mis padres ven la televisión en la recámara contigua. Por ejemplo, en cuanto al gobierno foxista, solamente creen en él los que tienen mucha lana y los economistas. Entonces tú te preguntas: ¿cuáles son los asideros del mundo? ¿Por dónde tenemos que caminar para ir en confianza por las calles de este mundo? Y el joven también se pregunta, elementalmente, ¿porqué debo ir a la Universidad si cuando salga no voy a conseguir empleo? Mejor vendo tacos o me meto francamente de narco. Porque los que consiguen empleo son los recomendados, y los juniors, y los yupis y los parientes de los dueños de las fábricas. Estamos viviendo una gran descomposición social y no quiero ser ave apocalíptica, pero creo que dentro de unos 20 años estaremos viviendo una crisis profunda, honda, auténtica. Al país se lo va a llevar la chingada. La caída del PRI no significó la caída del sistema de gobierno y eso se me hace aún más peligroso. El proyecto de Fox sigue siendo parte del proyecto salinista. Y eso que yo admiro a Carlos Salinas de Gortari porque es un tipo que ha sabido jugar a la política, y en la derrota más espantosa para él, ha sabido jugar. Tiene tanta presencia que hasta el peso se devalúa cuando vuelve al país. Esa forma *fouchesca* de hacer política, de influir en los factores y los sectores resulta admirable, aunque yo esté en absoluto desacuerdo con tal proyecto. Por lo pronto, en este país no se observa absolutamente nada positivo. No puedo confiar en un gobierno tan superfluo y tan ignorante, que ni siquiera mira a los 50 millones de pobres, 40 de los cuales están en la miseria

extrema, donde la gente sólo sobrevive para reproducirse. Y cómo voy a confiar y a creer en un gobierno y en un sistema, si yo mismo toda mi puta vida he vivido de mi trabajo y no veo la mía. Llegar a donde he llegado me ha costado muchísimo. Qué país, qué sistema de gobierno no es capaz de crear programas estables donde sus escritores, sus artistas y sus intelectuales puedan vivir de su trabajo, y no de simples becas para unos pocos. Para este gobierno la gente que se dedica a la cultura y al arte cuenta menos que un administrador o un gerente.

El narrador, también maestro de literatura y activo tallerista donde comparte y transmite sus conocimientos y habilidades, se entusiasma al evocar la música regional.

La música sinaloense es producto de la elaboración genuina de la cultura popular. Absolutamente. La temática y los personajes de los corridos dan para mucho, amén de que no pocos narcos han pagado para que les hagan su canción. En el fenómeno de las bandas, muchos traficantes patrocinaron grupos. He escuchado que por ejemplo a “Los Tucanes de Tijuana” los apoyó por ahí alguien oscuro. Ellos lo desmintieron. La cuestión estriba en que no hay manera de demostrar los patrocinios, pero parece evidente como otro mecanismo del lavado de dinero. Se ha dicho también que algunos compositores como Paulino Vargas han recibido dinero por algún corrido. Y bueno, son detalles y hallazgos que gravitan en la vox populi. Cosas de la cultura popular. Por ejemplo cuando escapa el “Chapo” Guzmán del penal de Puente Grande, al otro día ya tenía su corrido. Como los hechos y las situaciones poseen referentes mitológicos, tienen un impacto directo en el inconsciente colectivo; de inmediato los músicos aprovechan los momentos y las coyunturas. Los temas, los “héroes”, forman parte también de la cultura popular.

En este sentido, la prohibición de la narcomúsica en los medios electrónicos se me hace una medida ridícula. No son formas de resolver el complejo problema de las drogas, cuya solución está en otros ámbitos. Y uno de éstos, fundamentalmente,

tiene que ver con el gobierno, en especial con el gobierno federal. Sólo hay que fijarse en esta simple ecuación: capo que agarran, capo que tiene que ver con el gobierno federal. Desde la literatura siempre hemos hablado de la colusión de los aparatos gubernamentales y los delincuentes, pero ocurre que las autoridades no leen, y mucho menos literatura. Y en cuanto a los programas de combate al narco, es lo mismo de siempre: “llamaradas”. Los promocionan como algo sin precedentes, históricos, pero la delincuencia sigue exactamente igual: en auge. Hace poco fui a Tijuana y charlé con un tipo y le pregunté su opinión sobre el cambio de gobierno en el país. Dijo que en realidad todo era igual a los tiempos del PRI y que en esos momentos estaba parado “porque estamos negociando”. Ni siquiera estaban preocupados; sólo estaban afinando diferencias y negociando. Es que se trata de un negocio que los grupos transgresores no van a dejar. En el improbable caso de que México dejara de exportar sus productos a Estados Unidos, inmediatamente se meterían grupos de otros lados del mundo: el Lejano Oriente, Europa Oriental, Rusia, Sudamérica, etcétera. En términos reales: los intereses “nacionales” no se abandonarán tan fácilmente. En Guadalajara tomo un taxi rumbo al aeropuerto y el conductor pregunta por mi lugar de residencia: “Culiacán”, digo, y entonces el taxista exclama: “Ah, de los narcos”. Luego, me cuenta cosas de los traficantes de Guadalajara, su visión y su percepción de la temática. Habla de cómo crearon fuentes de empleo, cómo se estimuló la industria de la construcción, del turismo, los servicios, los restaurantes, la industria automotriz. Y relató inclusive que él le dio servicio de taxi a un cliente narco, y que gracias a las dejadas y propinas pudo completar en dos meses para el enganche de un carro nuevo. “Lo que no hace el gobierno”, dijo el taxista.

Entonces, eso de prohibir las canciones, ¡por favor! Es una soberana tontería. Es como si prohibieran las canciones y los poemas de amor: ¿ya por eso no vamos a amar? La prohibición es absurda. En virtud de la gran impunidad que impera en el país, terminamos por externar cierta admiración por esos personajes, como el

“Chapo”, que es capaz de sobornar y comprar todo un sistema carcelario para escaparse. A la mayor parte de la clase política le importa un comino lo que ocurra con el país. Más bien se siguen jodiendo en nuestro país. Quieren seguir gobernando con puras declaraciones. Así, no le están dejando a la gente otra alternativa que delinquir: es una opción más segura. Al rato todo mundo va a estar haciéndole competencia a la Banda de los Pinos.

Uno de los méritos principales de la música narco, creo, es que ha posicionado una visión del mundo: es parte fundamental en estas nuevas formas de convivencia social y en el ejercicio de esta forma de transgresión. Juega un papel de relevancia en señalar a estos personajes artificiales y es un testimonio muy oportuno de la descomposición que sufren el país y la sociedad. Como elaboración artística, la narcomúsica quizá no posea mucho sustento, pero como realización popular tiene bastantes asideros: es evocativa, pegajosa, grata. En este sentido expresa contenidos populares y en la medida en que cumple con la función de ser una manifestación que cubre un sector de la sociedad, que estimula y recoge aspectos directos de la población, creo que tiene sus méritos y sus valores. En lo particular me gusta el acordeón, el juego de voces y algunas letras. Muchas tienen aliento poético. Y sí, creo por ejemplo que “Los Tigres del Norte” han contribuido a enriquecer la identidad y la cultura nacional.

Por lo demás, las prohibiciones siempre tendrán un efecto contrario a lo que se pretende. El fenómeno de la recepción transgrede las pretensiones moralistas. La población tiende a apoyar y rescatar lo que los gobiernos tratan de prohibir. Hay un sentimiento muy antiguo del hombre, que siempre se interesa por las cosas prohibidas. ¿Recuerdas? Hace algún tiempo no querían que usáramos anglicismos. Qué torpeza y qué ridículo. La cultura popular es tan fuerte, tan sólida, que no admite tales medidas superfluas. Ahí están nuestros indígenas. No los para nadie. Ahí están con sus manifestaciones artísticas, con sus danzas, sus historias, su

música, su indumentaria, sus sueños y sus rituales. Y lo mismo ocurre con la música popular, y en este caso, con la nortea. Son absolutamente ridículas las prohibiciones. A los gobiernos, a las élites políticas y a los grupos de poder les hace falta sensibilidad social y mucha cultura.

--Hablar con Elmer Mendoza, en su propio terruño y con alientos constantes de naturaleza literaria, resulta un ejercicio placentero, pese a que la temática se inmiscuya entre los aspavientos de la violencia, la ilegalidad y el crimen.

Personalmente, el fenómeno del narco me ha afectado, pero en el buen sentido. Para mi fortuna nunca he tenido algún problema con algún delincuente. Nunca, ningún narco, me ha puesto un arma en la cara, aunque la policía sí. Los delincuentes nunca me han humillado, ni en público ni en privado. No he sido víctima ni he estado en medio de las constantes balaceras. Y bueno, tampoco me he beneficiado económicamente; no tengo tienda, ni restaurante, ni negocios ni vendo carros. El beneficio para mí tiene que ver con lo revelador que ha sido estar cerca de la mitología. Vivir cerca de un fenómeno social muy particular, completamente irreverente, realizado por personas que tienen la idea de vivir una vida muy rápida, que no esperan nunca el mañana, y que viven el hoy como si fuera el último día de su vida, y que lo viven y no reparan en el dinero, resulta una experiencia extraordinaria. Vivir cerca de todo eso, ver la transformación cultural, sentirla, palparla, resulta algo único. Ver que pasa la transgresión y los transgresores en sus camionetas impresionantes; que vuelan sus avionetas y sus aviones y que les da por pilotear sus propios helicópteros y enterarme luego que esos sujetos son los que negocian cara a cara con los representantes del gobierno, pues resulta increíble y precisamente extraordinario. Te cuento que cuando publiqué uno de mis primeros textos sobre las drogas, se me acercó en la calle un tipo y me dijo que sabía que yo había escrito un libro sobre el tema. Entonces me propuso, muy amable: “Si quiere que le cuente más cosas, búsqieme”. En realidad, son detalles que te “prenden”. Al tipo alguien le había platicado que el libro era muy vivaz y que estaba escrito con el

lenguaje y con la visión propia que ellos tienen del trasiego de las drogas. De ahí su interés. El personaje del libro, un tal Chuy Salcido, en realidad nunca existió. Más bien es el ensamble de muchos personajes. Y como dicen los narradores, si la historia está bien contada, puede dar la impresión de que es real. Es la cuestión de la credibilidad y la veracidad. El del narco es un tema que me apasiona, en primer lugar porque sus personajes son rebeldes y transgresores. Viven al filo de la navaja. No confían en las instituciones. Sólo tienen confianza en sí mismos. De algún modo han perdido el amor a la vida, lo cual significa el sentido de la convivencia, la familia, la planificación de la vida, arriesgarse por el futuro de los hijos y todas esas cosas. Ellos son diferentes. Me interesan, por ejemplo, los capos, los grandotes, que están muy bien establecidos y que no tienen conflictos visibles, pero que están esperando siempre los enfrentamientos a balazos con sus enemigos. Me interesan esos sujetos que pueden estar al filo del abismo. Esos tipos que, por ejemplo, ya no se pueden coger a sus mujeres porque ya no tienen erecciones después de tanta cocaína, y lo cual los hace sufrir, personal y socialmente. Me llama la atención la vida martirizada de esos hombres y que se levantan y desayunan con la idea de que ese día puede ser el último de sus vidas, y de que ese día van a irse a dar en la madre con el que sea. Y si van a jalar la bola pues la jalan. Y si van a cerrar el restaurante más caro de la ciudad pues lo cierran. Y como dijo el genio de José Alfredo, para ellos realmente la vida no vale nada.

Elmer Mendoza, autor precisamente del último texto aludido, Cada respiro que tomas, hace una pausa, da un sorbo a su taza de te y toma un respiro en la conversación. Luego, otea la céntrica y bulliciosa plaza “culichi”, en la que nunca faltan los paseantes ensombrerados, y murmura: “Nery, este país es un desastre”.

5. Entrevista 4: El periodista

José Angel Sánchez: Un testimonio, una memoria sobre la “leyenda negra”

(José Angel Sánchez López, oriundo del norte del estado, es un periodista con una vasta experiencia profesional. Fue reportero, jefe de información, jefe de redacción y subdirector del diario El Debate, de Los Mochis. Luego, de 1975 a 1985 fue director de El Debate de Culiacán. De 1985 a 1987 asumió la dirección de El Diario de Sinaloa. Desde 1987 y durante unos diez años se hizo cargo de la dirección de El Sol del Pacífico en Mazatlán. Actualmente se dedica al periodismo radiofónico y ha presidido al mismo tiempo el Comité Estatal de Consulta y Participación Ciudadana del Consejo Estatal de Seguridad. En el período preciso, desde el ojo de la tormenta, vio muy de cerca el fenómeno de las drogas y la violencia, en el norte, el centro y el sur de la entidad. Este es el resultado de dos amplias sesiones de análisis, de reflexión, de una doble conversación que tuvo lugar frente al azul brillante del mar mazatleco, en dos tiempos distintos: en 1991, la primera; en 2001, la segunda. El tema, invariable: la llamada “leyenda negra” como imagen en torno al mundo del “narco”).

José Angel habría de acudir a la memoria para ofrecer un significativo anecdotario sobre los tiempos aciagos que le tocaron vivir. Y relataría con amplitud.

La violencia comenzó a registrar un mayor auge durante los años postreros del gobierno de Leopoldo Sánchez Celis, a fines de la década de los sesenta. Lo recuerdo. Sobre todo porque en ese tiempo me estaba iniciando en el periodismo. Pero previamente a ese auge, se habló en aquella época de un acuerdo o un pacto entre el gobernador Sánchez Celis y los grupos del narcotráfico para que dirimieran sus problemas fuera del estado.

En consecuencia, emigraron algunos grupos a Jalisco. Pero parte de esos grupos, los que se encargaban del control del tráfico de drogas, se ubicaron en el área de San Luis Río Colorado; en ese tiempo yo cubría la fuente policíaca de **El Debate**, en Los Mochis. Llegué al extremo, durante un tiempo, en que todos los días hablaba yo por teléfono a la sección de policía de San Luis Río Colorado: era mi fuente, para ver qué hechos y qué sinaloenses se habían enfrentado allá, porque era

una situación de refriega cotidiana. Sin embargo, cuando llega Alfredo Valdez Montoya a la gubernatura de Sinaloa (1969-1974), se terminó el pacto. Empiezan a regresar los traficantes, en el contexto también de los conflictos que se daban con diversos grupos de la Universidad. Y empieza a repuntar otra vez la violencia.

Quiero decir que la violencia, en sus primeros balbuceos, bajó de la sierra. Los sinaloenses tienen el carácter fuerte, sí. Pero los problemas de la violencia, además de la parte que nos corresponde, yo considero --ese es mi criterio-- que bajaron de la sierra con los emigrantes y se fueron arraigando; de la sierra a los valles y a las ciudades. Y no sólo de la sierra sinaloense, sino de la sierra de Chihuahua y de Durango. En el norte del estado nos encontramos con muchos apellidos que provienen de la sierra chihuahuense. Así podríamos citar una serie de apellidos que no son de Sinaloa o no provienen de las corrientes naturales de la República, sino que bajaron de la sierra de Chihuahua.

Eran, pues, de extracción rural. “Sierreños”, como les llamamos. Los serranos bajaron más que nada por conflictos entre familias. Bajaron a refugiarse y aquí se quedaron perdidos en las ciudades y en los valles. Muchos se fueron a los ejidos. Ya traían la condición violenta. Mentalidad de uso de armas. Me tocó conocer incluso a jovencitas que eran expertas en el manejo de pistolas y rifles. Y se dispersaron en los valles de El Fuerte y de Culiacán. No es la única causa, pero eso influyó mucho en las explosiones y la reverberación de la violencia atroz que habríamos de vivir en el estado.

Más tarde llega al gobierno Alfonso Genaro Calderón (1975-1980). Desde el principio se habló de que hubo relación entre los promotores de su campaña con grupos de traficantes, que habrían apoyado económicamente el financiamiento de la campaña política. Empero, ya en su gobierno, la violencia empieza a tomar más y más fuerza. La fuerza que ya se manifestaba con Valdez Montoya se dispara con

Calderón. Los años 1975 y 1976 fueron una pesadilla. Ni siquiera el sexenio posterior de Toledo Corro tiene comparación con la violencia desmesurada que se registró por ejemplo en 1976; ni en las cifras ni en el ambiente hostil y sórdido que vivimos en aquellos años.

En **El Debate** comenzamos a hacer una campaña demandando la intervención del ejército. Calderón respondió que el ejército no tenía nada que hacer. En el estilo clásico: arguyendo que el gobierno del estado era suficiente para controlar el problema. Trataban en el gobierno del estado de negar o bien ocultar las dimensiones y las ramificaciones del tráfico de drogas. Intentaban engañar a la sociedad y ocultar lo que a todas luces era una evidencia: los traficantes eran amos en la entidad.

José Angel escarba en el recuerdo. Rememora escenas. Y describe una escenografía peliculesca.

Al transcurso de los meses, mientras seguía creciendo y subiendo el tono de la violencia, las balaceras famosas en el puro centro de Culiacán se hacen cada vez más constantes. Enfrente del hotel Ejecutivo asesinan a un funcionario de la Procuraduría estatal. También ahí se liaron a balazos varias patrullas un domingo por la tarde, por accidente. Estaba recién egresada una generación de cadetes de policía. Vieron pasar a un sujeto que cruzó la calle, armado, luego de que uno de los compañeros de éste había caído abatido por las balas policiacas. Los cadetes se fueron sobre el muchacho armado y entonces los compañeros de este último abrieron fuego contra los cadetes y se armó un estruendo de película.

Uno de los hechos que nos dio una triste proyección nacional fue lo de Lamberto Quintero y la masacre que hubo por la Francisco Villa, enfrente de la clínica Santa María, saliendo del Templo del Carmen. La clásica venganza. Desde las azoteas de las casas, en los alrededores, decenas de sicarios estaban esperando el

paso de un cortejo fúnebre. La gente de Lamberto, precisamente. Estaban cazando a otro grupo de delincuentes: los Lafarga, del ser del estado. Supimos extraoficialmente de 17 muertos. Oficialmente sólo hubo uno: un joven de 22 años llamado Héctor Caro Quintero.

En el marco rudo de la intensificación de la violencia, finalmente Calderón cedió ante la presión de una sociedad que ya estaba más que alarmada: estaba indignada ante la pasividad o complicidad de la autoridad para dar, para facilitar Culiacán a la “mafia”. No es que la población se asustara por las balaceras. Prácticamente ésta ya había asimilado las balaceras que se desataban en las colonias populares, donde era más que manifiesta la presencia de los grupos delictivos. Pero al usar las calles como centros y campos de combate, la gente empezó a indignarse. Más que a aterrarse, a indignarse. La presión de los periódicos, de ciudadanos, de organismos diversos de la sociedad, logró hacer que por fin el gobierno atendiera los reclamos. Convocó entonces a una reunión pública para hacer un anuncio importante y entonces habría de llegar la tristemente célebre Operación Cóndor. Llegaron las tropas al mando del general Hernández Toledo. Y entonces el ejército tomó Culiacán. Y los soldados tomaron el estado, las ciudades y el ambiente adquirió los aires y las tonalidades de una guerra. Fue un desfile impresionante de las fuerzas militares.

El entrevistado recapitula. Las sombras cruzan su rostro. Y precisamente, en una mesa contigua, en involuntario simbolismo, una decena de desvelados parroquianos vestidos a la usanza vaquera (camisas a cuadros, sombreros tejanos, botas puntiagudas, dientes, pulseras y cadenas de oro), poco a poco han venido transformando su seriedad inicial hasta desinhibir sus emociones y alegrías. Mientras beben y comen y gesticulan y hablan y casi gritan, la grabadora, durante varias horas, prosigue registrando las palabras del periodista, que vuelve al tema y detalla.

Aunque no dieron la cara, el apoyo de los traficantes a Calderón había sido evidente. A través de nuestras fuentes, como tienen todos los periodistas y periódicos, nos

enteramos de esas operaciones. Claro: el fin de los grupos era quedar bien con el nuevo gobernante. La acción, de hecho, era una suerte de salvoconducto para moverse con más libertad; de tal manera que lo tomaron de rehén y se apoderaron de él. Habían logrado un compromiso factual. Y posiblemente eso fue lo que mantuvo al gobierno de Calderón con las manos afuera, y en parte por ello se desató con impunidad la violencia. No se atrevía el gobierno a aceptar ni a enfrentar un problema que le estaba creciendo y que ya le estaba quemando las manos. Se resistió hasta que fue imposible que siguiera cerrando los ojos y los oídos a los reclamos de la sociedad. Pero en un principio los dejó hacer y deshacer.

Los gobiernos, de forma directa o indirecta, mantuvieron relaciones y vínculos de varios tipos con los grupos del tráfico de drogas. Aunque el que menos pudo haber establecido tales relaciones fue el gobierno de Valdez Montoya. Quizá porque vivía un mundo aparte. Su problema, el que asumía, era el de los conflictos con la Universidad, aunque el narcotráfico había seguido incólume, en los diversos senderos y ámbitos de la entidad. La industria siguió creciendo; nunca se detuvo. Se desarrolló normalmente.

De hecho, los hombres que representaban al gobierno sinaloense habían asumido la idea de que el narcotráfico como industria era ya una actividad irremediable, inevitable. Era un síndrome con el cual había que aprender a vivir, con el que se habría de convivir, con el que debería aprenderse. Las componendas o los pactos no escritos pero reales, no se pueden interpretar de otra manera.

En los años previos de Sánchez Celis, desde el momento en que hay una especie de alianza, o un acuerdo, en el cual un gobierno es capaz de establecer: “Yo no quiero problemas en Sinaloa y mi gobierno no se mete con ustedes. Diriman sus problemas (los de los diferentes grupos de mafiosos) fuera del estado. No se peleen aquí. Váyanse a pelear fuera. Aquí nada más trabajen y yo no los voy a molestar”.

Desde esa perspectiva hay un pacto. Básicamente ese fue el acuerdo: “Aquí no quiero problemas. Trabajen, sí, pero diriman sus dificultades fuera del estado. Y vámonos. Y sigan trabajando”. Entonces tuvieron ese sexenio donde trabajaron abiertamente. ¿Y sus problemas internos? Pues los resolvían como saben: se mataban en Sonora; se mataban en Jalisco; se mataban fuera.

Así, en Sinaloa disminuyeron los enfrentamientos y los hechos de violencia. O éstos ocurrieron como situaciones muy esporádicas, hechos fortuitos y hasta raros. Líos personales. Rencores individuales. Sí, podríamos hablar de que el pacto funcionaba. Era el reconocimiento tácito hacia el encargado, hacia el responsable de gobernar al estado. Hasta cierto punto, inclusive, llegó a existir temor en alguno de ellos. En el caso de Calderón: temor y conveniencia por el apoyo financiero. “Acepto su apoyo financiero, asumo el trato y no me van a molestar más; no se van a meter conmigo”. Quizá haya razonado en estos términos. Pero qué sucede: que al asumir su mandato, los grupos se desatan y las armas vuelven a vomitar fuego.

Me comentaba un amigo, que fue jefe de la Policía Judicial del Estado, de un incidente que ocurrió con una partida que mandaron a San Ignacio para cumplir unas órdenes de aprehensión. Una de ellas era contra un campesino acusado de abigeato. Al llegar por él, éste les dice: “Yo no robé la vaca. Maté la vaca. No ha llovido y mis hijos tenían hambre. Yo maté a la vaca para darle de comer a mis hijos”. Les propuso que lo dejaran, que no se lo llevaran. A cambio les ofreció “un norte”; un asunto bueno: “Va a bajar un cargamento de marihuana hoy en la noche, y yo les digo dónde lo pueden interceptar”. Y bueno, acordaron. Los llevó al sitio y se ubicaron en un paraje al lado del camino. Al anochecer escucharon ruidos. Callaron y apagaron los cigarros. Efectivamente, bajaba un cargamento, nada más que venía en camiones del ejército y custodiado por soldados. Los judiciales se quedaron en silencio y temerosos. Se quedaron agazapados, sin moverse. Casi sin respirar.

Regresaron a Culiacán e informaron al jefe de la corporación. Y éste, nada más por no dejar, a los tres días fue a saludar al general que estaba al mando de las tropas militares. El jefe judicial preguntaría.

--¿Qué pasó mi general, qué novedades ha habido?

--Todo tranquilo. No ha habido nada--, respondería el militar.

De suerte que esa droga no venía incautada. Había desaparecido. Y es que la actividad de los traficantes no había cesado. Al contrario: siguió fluyendo la droga. Y más allá de esos detalles, con Valdez Montoya, hubo desarrollo de inversiones en Culiacán por parte de “esa gente”. Por esa época surgió Lomas de Boulevard, que el vulgo bautizó como “Gomas de Boulevard”. Una buena parte de las residencias era de “esa gente”. Se salieron de sus casas de la colonia Tierra Blanca y empezaron a proyectarse a nuevos fraccionamientos de primera. Otros se fueron a Las Quintas, donde había focos fuertes, líderes, cabezas de los grupos. Se fueron a colonizar otros sectores de Culiacán.

José Angel hace una pausa. Pareciera que le abruman imágenes y recuerdos. A pesar de todo, pese a la entereza y al sentido profesional, los hechos se invisten quizá agobiantes. Pero el recuento sigue.

Luego, decíamos, vimos la llegada de la Operación Cóndor, que se manifiesta en las ciudades, en el campo y en la sierra. Empiezan las batidas fuertes. Los más mal librados fueron los campesinos pobres e inocentes. Llegaban los del Cóndor y asolaban los pueblos y las rancherías. Recuerdo una matanza por allá en Santiago de los Caballeros: llegaron a un pueblo, a una fiesta precisamente, y acabaron y arrasaron con la fiesta y todo. Los militares argumentaron que habían sido recibidos a balazos y que ellos sólo habían respondido. Yo mandé un reportero de **El Debate** de Culiacán y publicamos una nota exclusiva sobre el suceso. El reportero entrevistó a los familiares de las víctimas. En la fiesta, estaba el baile andando cuando llegó el

ejército de repente. Se soltó la balacera y a correr todo mundo y a caer como moscas. Muertos y muertos y muertos. ¿Cuántos? Decenas.

Con la invasión de los federales la gente llegó a cuestionarse y a recapacitar: “Para qué vinieron. Mejor se hubieran quedado los grupos de mafiosos”. Aunque éstos promovieron una violencia terrible, lo cierto es que fueron muy raros los casos en que cayeron personas que no pertenecían a los grupos. Si bien es cierto que tuvieron sus enfrentamientos en el mero centro de Culiacán, a 200 ó 300 metros del palacio de gobierno, también es cierto que no molestaban directamente al ciudadano común. Los pleitos eran pleitos de mafias. Pero al llegar los soldados y los policías federales, llegan atropellando a todo mundo. Y lo más grave: el narcotráfico siguió viento en popa. ¿Qué sucedió? Se descontrolaron un poco los grupos fuertes de traficantes con la intervención del ejército en las zonas de cultivo, pero luego pasó el efecto y la euforia, y los grupos retomaron las riendas de su actividad y siguieron laborando. Algunos emigraron efectivamente. Rafael Caro Quintero se va a Sonora o a Chihuahua, pero todos siguieron trabajando. Aquí. Allá. Las raíces ahí estaban.

Durante su estancia, los federales se posesionaron de los centros nocturnos. Antes, en esos sitios, no entraban narcos. Y si entraban lo hacían muy humilditos, como rancheritos muy calmaditos, con inhibición, sin ostentación y sin sombreros y sin armas. Pero llegaron los federales y tomaron los lugares de entretenimiento y diversión por asalto. Se convirtieron en los amos. Ay de aquel matrimonio o pareja de novios que fueran a bailar ahí con la señora o la muchacha atractiva, porque de plano se la sacaban a bailar. E inmediatamente se la querían llevar. Y cuidado con que el esposo o el novio se opusieran porque cuando menos se llevaba una encañonada y una amenaza de muerte. Lo debía de aceptar y el otro se iba a bailar. Eso estaban haciendo, cotidianamente, para molestia e indignación de la sociedad.

Lo otro: la alianza de los federales con los grupos de traficantes. Llegó un momento en que ya no cuidaban las formas. Se exhibían juntos. Y lo mismo judiciales federales, que del estado y municipales. Hasta que los narcos, de nuevo, llegaron a tener el control de las policías. Se llegó a dar el caso que cuando se venían los relevos de las partidas de la policía federal, el comandante que recibía al que llegaba le daba con celeridad la relación de los contactos. Y de a cómo era. A ese extremo. Era un secreto a voces. Eran cifras y tarifas. Nombres, domicilios y tarifas: las cuotas de los capos.

El periodista mochitense, colocado en el papel poco usual de personaje entrevistado, puntualiza episodios. Y también denuncia.

En esa época se formó la Coordinación de la Campaña contra el Narcotráfico. Y entonces vino uno de los más grandes pillos y delincuentes, investidos de autoridad, que pisaron suelo de Sinaloa. Era Carlos Aguilar Garza. Prepotente. Se dedicó al crimen y al saqueo. Y claro: a la negociación con los grupos de la mafia. Cuando salía de gira, siempre iba acompañado de muchachas jóvenes, muy jovencitas. Llevaba la maleta repleta de dólares. Y de cocaína. El asesinato del periodista de **Noroeste**, Roberto Martínez Montenegro, todo mundo se lo atribuye a él. Aunque cuando lo mataron de hecho ya estaba desligado del periódico y se dedicaba más a fungir como jefe de prensa precisamente de Aguilar Garza. Lo asesinaron cuando salió un día de las oficinas de éste en la Judicial Federal. Un crimen como muchos otros, que jamás se esclareció. Al parecer ya estaba pidiendo demasiado el muchacho (Martínez Montenegro). Amenazó con que si no le cumplían iba a soltar todo lo que sabía. Y lo sabía todo.

Luego, también se da otra situación de un cargamento de cocaína que interceptaron en El Limón de Ramos, un rancho cercano a Culiacán. La ruta era, como siempre, Colombia, Sinaloa, Estados Unidos. Quienes coordinaban los envíos hablaron con el comandante de la judicial federal en el estado, Jaime Alcalá, y le

piden seguridad. A cambio, le entregaron un portafolio repleto de dólares. Y él les dijo: “nada más díganme cuándo y dónde para retirar a mi gente de ahí, para que no estorbe”. Le dijeron cuándo y dónde. Pero sorprendentemente él les cayó y les decomisó el envío. Se trataba del cargamento más cuantioso que se había decomisado en México. Eran 1,200 kilogramos, pero se reportaron cerca de 700, nada más.

A raíz de ello, hubo un despliegue de protección en torno de Jaime Alcalá. Estaba muy temeroso. Al departamento donde vivía en la colonia Chapultepec llegaba a recogerlo un helicóptero. El jefe judicial iba protegido por el helicóptero, además de las patrullas, simultáneamente, en las calles. Más tarde los cambiaron, tanto a Jaime Alcalá como a Aguilar Garza, a Tijuana. Luego, aquél renunció y se fue a vivir a Guadalajara. Abrió un negocio y al poco tiempo lo mataron frente a su establecimiento. Lo esperaron y lo cazaron. Esos tipos nunca olvidan. Todo esto que te cuento sucedió con Calderón. Fue la época crucial y más terrible que tuvimos.

Viene entonces el régimen de Antonio Toledo Corro (1981-1986). Se habló mucho de él y de su gente, muy allegada a los grupos del narcotráfico. El funcionario Atalo de la Rocha fue ubicado como el enlace entre los grupos de la mafia y Toledo Corro. Y éste siempre defendió a Atalo de la Rocha. Incluso llegó a darse la situación de que le ordenaron que se deshiciera de él, que lo separara del gabinete gubernamental. No lo hizo. Sólo desapareció una temporada, pero seguía ahí, presidiendo, en la discreción, una oscura comisión de Minería.

Se ha mencionado, entonces, a Toledo como protector de narcos. Por varias razones. Una de ellas: el rancho del vecino, “Los Angeles” (de Manuel Salcido Uzeta), frente a “Las Cabras” (de Toledo Corro), cuyos cascos hacendarios se miran frente a frente. Bueno, pero su régimen se caracterizó por aquella frase de los gobernantes que no asumen o no quieren problemas: “El tráfico de drogas no es de

mi competencia”. Y no es de su competencia el narcotráfico, pero los efectos sí. ¿Y qué sucede? Vuelve otra vez la ebullición del narco, como con Calderón. Por órdenes que se habían dado en México, se obligó a los narcos a que disminuyeran los decibeles de su comportamiento, a que bajaran el volumen de sus acciones de escándalo, a que contuvieran las cosas. Eran ya demasiados los desmanes y la violencia desatada en todo el estado. Esto obligó a los grupos y a los líderes a que cuando menos se aparentaran las cosas.

Con Toledo la violencia creció otra vez. Inclusive se llegó a dar el caso de que desde la oficina de prensa del gobierno se convocara a los reporteros de las fuentes policiacas a una reunión. A una fiesta, en la que participó el inspector de policía de Culiacán. Les dieron, en la fiesta, de todo. De todo. Y les indicaron, de hecho les ordenaron a los periodistas que no destacaran en sus trabajos los hechos de violencia. Que en todo caso la minimizaran. Que no se hablara ya de los muertos, de los crímenes del mes, de los homicidios de la semana. Yo empecé a notar los síntomas en **El Diario de Sinaloa**, al que ya estaba dirigiendo. Vi que la información disminuía en fuerza. Claro: mi reportero nunca me dijo de la reunión. Yo averigüé por otras fuentes. Me di cuenta del proceder de mi reportero y luego lo confirmé y lo constaté con los demás periódicos. Parecía, en efecto, una consigna: abajo todo lo que huela a violencia.

En **El Diario de Sinaloa**, como periódico del gobierno, nos habíamos dedicado a hacer nuestro trabajo informativo, en la medida de nuestras posibilidades. E informamos. En una ocasión el jefe de prensa del gobierno me reclamó mi proceder, airadamente. Fue testigo mi sucesor en la dirección del periódico **El Debate** de Culiacán. El funcionario del gobierno me dijo que yo era el que menos debía hablar. Que yo estaba traicionando al gobernador, al patrón. Y es que, en efecto, el periódico del gobierno del estado era el que más señalaba las cosas de la violencia. Para evitar eso, pues habían convocado a la reunión con los

periodistas de la fuente policíaca. El fin era ocultar lo que estaba ocurriendo en la vida sinaloense. Igual que con Calderón. El objeto: dejar que las cosas siguieran corriendo, dejar el campo abierto para que la mafia siguiera haciendo y deshaciendo.

Padeció Culiacán una ola de secuestros y violaciones. En 1984 vimos formarse la gota que derramó el vaso: un grupo de jóvenes y señoritas estaban en un restaurante en tranquila convivencia cuando llegó un sujeto envalentonado, acompañado de varios tipos. El sujeto vio a una de las muchachas, le gustó, y así sin más, se la llevó. La joven era hija de un notario famoso. Se hizo un escandalazo. Pero en realidad era uno sólo de los muchos casos que se habían dado. A los dos días del rapto llamó el secuestrador al notario para decirle que no se preocupara, que su hija estaba bien atendida. Que ya se enfadaría de ella y se la devolvería, pero convertida en mujer....

El periodista recuerda detalles y no oculta su molestia. Subraya hechos que han lastimado a la sociedad. Y entonces reconstruye un diálogo que sostuvo con el entonces procurador Jorge Chávez Castro (ejecutado frente a su domicilio, por cierto, varios años después, el 17 de febrero de 2003).

A Chávez Castro yo le cuestiono. Y le reclamo:

--“¡Qué pasa contigo! ¿Por qué no renuncias al cargo?

--Ya he renunciado y no me aceptan la renuncia--, contestó el funcionario.

--No concibo que una persona deba permanecer por la fuerza.

--Mira --repuso, impotente, Jorge Chávez Castro--, sabíamos dónde estaba la muchacha secuestrada. Pero si yo concentro a toda la Policía Judicial Estatal y les digo: “Vamos a tomar la casa de este amigo y a rescatar a la muchacha”, en ese momento me matan, ahí mismo, mis propios agentes.

Como te decía en la entrevista anterior, había un reconocimiento abierto de que la Policía Judicial estaba controlada totalmente por el narco. Y creo que a ese

nivel estamos todavía. Las manos del delito organizado están dentro de las corporaciones. Y en aquellos tiempos de Chávez Castro, el crimen organizado había engendrado formas de violencia desaforadas. En realidad había ocurrido que un grupito de mafiosos, de jóvenes vinculados a la mafia, había puesto en predicamento a la sociedad. Asolaban Culiacán. Secuestraban. Violaban. Mataban. En ese tiempo yo escribí un artículo, dirigido sin duda a los capos. Les dije: “Ya paren a su gente, la sociedad está irritada”. Les dije que todos eran padres, que tenían hijos, que tenían parientes y familia. Y que de seguir así las cosas, también a ellos les iba a llegar su propia violencia.

José Angel revela hasta curiosidades periodísticas. Y aunque con un dejo de percepción moral, rememora.

El día que apareció mi artículo me habló Jesús Michel Jacobo (universitario y periodista, asesinado unos años más tarde) y me dice que quiere comentar algunas cosas conmigo. Luego, me informa que hubo una reunión ese mismo día por la mañana, de las 6 ó 7 gentes que controlaban el tráfico de drogas, para discutir el asunto de mi comentario periodístico. Y que algunos se habían pronunciado para ir sobre mí. Pero hubo uno más tranquilo y mesurado que dijo: “Creo que él tiene razón. La sociedad está molesta, irritada. Y puede traer consecuencias. Por ejemplo: que de México se venga otra campaña. Y más nos va a entorpecer el trabajo”. Ante esa argumentación los “capos” acordaron aplacar a sus “mozuelos”: al grupito de facinerosos y vándalos de la mafia que tenía en jaque a la población. Eran cuatro: “El Culichi”, “El Loco Samuel”, “El Niño” (hijo del periodista Odilón López Urías, a la postre también asesinado) y uno más...¿Quién era el cuarto? Lo dejamos de tarea. Adivínalo. El caso es que le ordenaron a los juniors, a principios de diciembre de 1984 (en plena mitad del sexenio toledista), abandonar el estado una temporada. Que se fueran de vacaciones. Y se fueron. Pero como nunca falta alguien así, uno no obedeció: “El Culichi”. Entonces los “capos” sacaron a un sujeto de la cárcel y le

encomendaron la misión: el día de los santos inocentes, en la madrugada del 28 de diciembre, fue ejecutado “El Culichi”.

Esa mañana me habló de nuevo, por teléfono, Jesús Michel Jacobo. Me preguntó:

--¿Ya te enteraste de “El Culichi”.

--No--, dije.

--Lo mataron en la madrugada. Luego te llamo. Ahorita te hablé nada más para decirte que la gente aquella está cumpliendo.

--No, no más--, le interrumpí.

--¿Qué?, preguntó sorprendido Michel Jacobo.

--¡Lo que te dije!--, grité. Y le colgué.

Más tarde llegó Michel Jacobo y ofreció disculpas.

--Oye, es que yo quería avisarte, comunicarte.

--Mira --le dije, enfático, furioso--. En primer lugar ni siquiera me lo digas. Y menos por teléfono. Van a suponer que yo tengo nexos con esa gente. Y yo no los tengo. Ni quiero tenerlos. No quiero saber más. Con esa gente, nada. Es problema de ellos.

Tiempo después, en marzo de 1986 (último año de gobierno de Antonio Toledo Corro), le llegó el turno al “Niño”, Héctor Odilón López López. Con su muerte, por cierto, Odilón López Urías (el periodista) “se alocó”. Se puso casi demente. Culpaba del crimen de su hijo a medio mundo: a Roberto Robles, a Toni Toledo, hasta a mí me llegó a involucrar. En su estilo desbocado, López Urías difamaba, amenazaba. En su folletín advirtió que en una siguiente edición iba a dar nombres, de asesinos y de capos. En ese ambiente, en esas circunstancias, un día el propio Toni Toledo fue a la casa de Odilón y le dijo: “Nomás te vengo a decir que el 31 de diciembre termina mi obligación de estar calmado. Sigue vociferando y en cuanto amanezca del día 1º. de enero te voy a buscar”. Odilón no llegó ni siquiera al

31 de diciembre. Y la anunciada siguiente edición, menos. ¿Quiénes ejecutaron a Odilón? La mafia. La gente del narcotráfico.

José Angel Sánchez guarda silencio un par de minutos. Reflexiona en torno a sus palabras. Mira fijamente a su interlocutor y al final se reconforta: “Son cosas públicas”, dice. Y prosigue.

El ingreso de Sinaloa a la subcultura de la violencia o a la llamada “narcocultura” ha sido también responsabilidad de los medios de comunicación. Tanto como las autoridades que la han solapado. Sobre todo la radio. Los narcos se hicieron héroes y éxito en los medios. La mentalidad sinaloense se impregnó de violencia y narcotráfico: la actividad resultaba lucrativa, sus actores eran gente valiente y los hombres más hombres eran por supuesto narcos. ¿Quiénes son más culpables? Nos preguntamos. ¿Quiénes tienen responsabilidades políticas y que pueden vivir tranquilamente junto con los narcos o tener de vecino a un narco? ¿El poder político o los medios de comunicación? Ambos. Una autoridad que no ejerce su responsabilidad es cómplice, aun cuando no esté involucrado directamente en el negocio. El hecho de tolerar, de convivir, es complicidad.

Pero en el terreno de los beneficios económicos, la industria automotriz se benefició de manera impresionante. Había individuos que cambiaban de automóvil una o dos veces al mes. Camionetas de llanta gorda y vidrios polarizados. Autos de superlujo. Si alguien de la sociedad quería comprar un auto de esos, cuando llegaba a las agencias resultaba que ya estaban vendidos. Un gerente de una agencia automotriz solía relatar un incidente: en una presentación de modelos recientes el señor Alfonso Zaragoza, y su esposa, apartaron y adquirieron un carro. Pero al día siguiente llegó un sujeto a la agencia, mientras preparaban el auto para enviárselo finalmente a don Alfonso.

--Oye, quiero ese carro--, dijo el sujeto.

--Ya está vendido.

--Yo quiero ese carro--, insistió.

--Es que no sé cuánto cuesta...Aún no tiene precio--, fue un intento de excusa del gerente.

--Este es el carro que yo quiero --exclamó, caprichudo, el hombre--. ¿No sabes cuánto vale? Te doy un cheque por 3 millones. Y si hace falta me avisas--. El individuo garabateó sobre un cheque y con desparpajo se llevó el auto, que en ese tiempo no valía ni un millón de pesos.

Durante la Operación Cóndor varios banqueros fueron detenidos. Otros huyeron. De hecho, había banqueros que actuaban como empleados de los narcos. Les dejaban la lana y como a corredores de bolsa les indicaban: “Tú manéjala”. Yo conocí a un banquero que viajaba con frecuencia al extranjero llevando el dinero de “ellos”. Sí. Había muchas inversiones. Una enorme cantidad de negocios surgieron de ahí. Empresas, corporativos. Bienes raíces. Colonias enteras. En Mazatlán: Gaviotas, El Dorado. “Gomas de Mazatlán”.

¿Efectos? ¿Una balanza? Ha sido una historia infame. Pero aún cuando ha sido mucho el dinero derramado y regado por el narco en la producción y la economía sinaloense, la diferencia con la economía legal es muy notoria. La economía narco es mínima, pero ha sido un factor importante de crecimiento y su proyección ha sido terrible. En el caso de los medios de comunicación, su infiltración ha sido relativa. Un caso muy conocido fue el de Manuel Salcido Uzeta, “El cochiloco”, cuando se convirtió en empresario en Mazatlán. Trató de cultivar una relación con la gente de los medios impresos. Hubo reuniones, comidas. Y decía: “Yo fui narco, pero ya no soy. Ahora soy empresario. Y quiero integrarme a la sociedad”. Las asistencias a las reuniones con el jefe narco de San Ignacio eran regulares. Pero una relación directa en cuanto a participación de los “capos” en los medios de comunicación no ha existido. En todo caso se han permeado los medios a

través de reporteros. Los periódicos fueron infiltrados, como otras instancias de la vida de la sociedad.

En lo que respecta al enfoque y al tipo de información manejado de manera preponderante en este período, el que se relacionó con la violencia fue inevitable. Lamentablemente no se le podía proscribir. Lo cierto es que los medios se han excedido en la presentación de la información. Se le ha destacado sobremanera. Y ello influyó negativamente. La nota roja, el amarillismo, el sensacionalismo, han sido como un principio, como un fundamento. El enfoque es importante, pero si la intención tiene que ver sólo con afanes de circulación, si los periódicos lo hacen básicamente para vender más, entonces el asunto “violencia” deja de ser un problema informativo, periodístico en sentido estricto. Y se convierte en un problema de puro negocio y comercialización. Y ésta no es la función adecuada del ejercicio periodístico. No creo que sea el camino. Hay que señalar los problemas, redimensionando su realidad, buscando soluciones.

En la conversación el periodista se da un breve respiro. Como echándole un vistazo a la escenografía de los estilos y comportamientos vividos en la historia reciente, resalta aspectos que, más allá de la sorna o el ridículo, forman parte inevitable de la realidad cultural. Empero, en la descripción, tras la sonrisa que apenas se alcanza a dibujar, hay también un gesto de repulsa, de rechazo y cuestionamiento.

La juventud ha visto con ojos míticos a los narcos, los que podían estar atrás o en el fondo de cada sujeto cargando kilos de oro en el cuerpo. De esos que de hecho arrastraban joyas; y vulgarmente mostraban pulseras, cadenas, anillos, relojes, armas con cachas laqueadas, de oro y plata, y hasta con muescas simbólicas. Desde sus dientes de oro mostraban, entre la risa y la soberbia, los auténticos rasgos de su condición social. Hasta individuos payasos como Raúl Velasco o Antonio Aguilar han sido parte de esta “educación”. En una ocasión, al presentar a un cantante en un

carnaval, el locutor llegó a exclamar que el mafioso Lamberto Quintero había sido un héroe de la Revolución.

El caso es que la subcultura de la violencia está arraigada. Hace no mucho, en año nuevo ocurrían detalles chuscos, increíbles. En algunos lugares de Culiacán de pronto el piso podía aparecer como regado de “piedritas”. No eran piedras. Eran plomos. Balas. El pavimento mostraba las huellas de las celebraciones. Y las balaceras no se daban sólo en diciembre. Las escuchábamos todo el año, a la menor provocación. De repente, alguien emocionado por cualquier razón, digamos en Tierra Blanca, al calor de las copas y entre los ruidos de la tambora, sacaba la pistola, o la metralleta, y comenzaba a disparar al aire. Al ratito alguien contestaba en otra calle, en otro barrio, en otra colonia. Y luego otros. Y así. Al rato se generalizaba la petatera: Las Quintas, Lomas del Boulevard...

Hubo casos risibles de tan patéticos, que sin embargo ofrecen una idea de los comportamientos que se padecían. Cuando a finales del sexenio de Toledo Corro, el comandante Rodolfo Reta Trigo pudo controlar las peculiares formas de la celebración balística en Culiacán (el 31 de diciembre de 1986 sólo hubo tres balaceras; los militares detuvieron a dos de sus causantes y el tercero fue muerto al resistirse a la detención), se dieron casos de individuos que no podían dormir si no escuchaban los secos tronidos de las descargas. ¡Les dio insomnio! Les faltaba la serenata: su concierto de balazos. Para ripley. Pero es verídico. A ese grado se llegó a asimilar el sonido de la violencia.

Pero, decía de los medios. En la prensa ha habido sumisión frente al narco. Por temor. Hay que reconocerlo: por temor. Te voy a confesar esto: cuando yo llegué a Culiacán como director, fue a verme un amigo. Este era supervisor de eventos especiales de una empresa de Los Mochis. Yo lo había perdido de vista. Y

en Culiacán reapareció. Iba a verme...enviado por “ellos”. Iba a ofrecerme la amistad de “ellos”. Y una ayuda mensual.

--No me interesa tener relación, pero tampoco me interesa ir directamente contra ellos. Olvídate--, le dije.

--No te preocupes --arguyó--. Si no quieres recibirlo aquí, te lo ponemos en una cuenta en el extranjero. No hay origen.

--Te lo agradezco, pero no quiero tener ninguna relación--, establecí finalmente.

Con esa gente no se puede jugar. Fui muy claro. Pero podemos decir también que en algunos casos la prensa investigó. Denunció y se pronunció. Sin embargo, faltó constancia. No hubo permanencia en la labor.

Por otro lado, si en la policía ha privado la corrupción y ha faltado profesionalismo, algo similar ha ocurrido con el poder político. Quienes dirigieron los rumbos de la vida estatal durante los últimos años ni formación profesional tuvieron. Eran políticos por profesión, pero sin formación. Con una sociedad temerosa y un gobierno identificado con los narcos, la situación se torna catastrófica. Y si el gobierno está dentro, está involucrado con el fenómeno del narco --como ha sucedido--, menos interviene y participa la sociedad. Mejor, yo ciudadano, cuido mi integridad física, mi familia.

En este sentido todos hemos sido cómplices. Ha sido un disimulo que se ha convertido en complicidad. La mayoría hemos dejado ser y correr las cosas por temor. Nuestra sociedad ha sido impotente. Si no tienes un gobierno que sea leal a los principios que lo deben regir, ¿a quién acude el ciudadano común y corriente? La gente se hunde y dice: “Mejor no me meto ni digo nada”. Aunque ha llegado el momento en que ha crecido tanto el problema que uno termina por explotar. Y debido al coraje también, grupos de la sociedad han podido rebelarse y plantear

exigencias y pronunciamientos, cuando se han rebasado todos los límites. Pero ha sido lastimoso, aunque comprensible, que una sociedad como la sinaloense haya llegado a preferir a los narcos que a los mismos judiciales. El fenómeno manchó a la sociedad.

Varias horas después de iniciado el diálogo, José Angel Sánchez López repara por primera vez en el reloj. Pero aún tiene cuerda. El tema es tan vasto, dice, como en el caso de la entrevista a don Manuel Lazcano Ochoa, que te permitió escribir el libro Una vida en la vida sinaloense. Algunos años más tarde, durante la segunda conversación, el ex director de El Debate, El Diario de Sinaloa y El Sol del Pacífico, mira un panorama sombrío, ratifica situaciones, hechos, anécdotas, percepciones y convicciones. Así, vuelve a plantearse él mismo una de las interrogantes.

¿Por qué no están en la cárcel los políticos que han dejado hacer las cosas del narcotráfico? Por un criterio que ha imperado, en esencia, en el ejercicio del poder público: el de que meter a la cárcel a los políticos daña profundamente la imagen del sistema. Pero no creo que pueda dañarse más de lo que ya está dañada. Lo cierto es que los narcos, en general, han mantenido una buena relación con el poder político. Y ya ha llegado hasta la máxima cúpula del poder político. Y los presidentes, se supone, poseen información; claro que tienen información. Nadie se traga el cuento de que, por ejemplo, Carlos Salinas de Gortari, no supiera nada de lo que ocurría con su hermano incómodo, Raúl Salinas de Gortari. Pero los nexos o la colusión de traficantes y gobierno se ha dado siempre. A nivel estatal la buena relación los narcos la han conseguido durante mucho tiempo. Aunque diría que a eso se le puede llamar control, por parte del poder político. Si los políticos cómplices están libres, se debe, en parte, a que en el plano nacional la lógica política aún funciona. ¿Qué sucede con los expresidentes? Salen incólumes, porque forman parte de la institucionalidad. ¿Y los exgobernadores? Funciona de forma similar, salvo casos excepcionales, cuando los escándalos francamente ya no pueden soslayarse u ocultarse. Y en relación con los narcos visibles, muchas veces abandonan el estado, pero los intereses y las acciones siguen vigentes. Y el tráfico sigue. Y los plantíos

ahí están. Y cada vez más cerca de las ciudades. Plantíos. Y plantíos. Y plantíos. Aunque otros estados, como Michoacán y Guerrero por ejemplo, estén produciendo más que Sinaloa. O que, con base en la tecnología, el estado de California se haya convertido en el primer productor mundial de marihuana, en el seno mismo de los Estados Unidos. Pero bueno, nosotros como sinaloenses hicimos nuestra tarea en este mundo de la transgresión, la que forma parte de nuestra desgracia como entidad: cría fama y échate a dormir.

Referencias (Capítulo IV)

- 1.- Jürgen Habermas (1999), **Teoría de la acción comunicativa**, Tomo II, Ed. Taurus, Madrid.
- 2.- Anthony Giddens (2000), **Sociología**, Alianza Editorial, Madrid.
- 3.- Giuseppe Carlo Marino (2002), **Historia de la mafia. Un poder en las sombras**, Ed. Vergara, Barcelona.
- 4.- Elijah Wald (2001), **Narcocorrido. Un viaje al mundo de la música de las drogas, armas y guerrilleros**, Ed. Rayo de HarperCollinsPublishers, New York.
- 5.- John B. Thompson (1998-A), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de comunicación de masas**, Ed. UAM-X, México.
- 6.- Luis Astorga (2003), **Drogas sin fronteras**, Ed. Grijalbo, México.
- 7.- Enrique Vega Ayala (1992), **Historia del carnaval de Mazatlán**, Ed. CODETUR-DIFOCUR, Mazatlán, Sinaloa, México.
- 8.- Leticia Sánchez, “Arte contra la violencia”, diario **Milenio**, 7-06-2005.
- 9.- Jesús Martín-Barbero (2002), **Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura**, Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- 10.- Sam Quinones (2002), **Historias verdaderas del otro México**, Ed. Planeta, México.
- 11.- Herberto Sinagawa Montoya (1986), **Sinaloa. Historia y destino**, Ed. Cahita, Culiacán, Sin., México.
- 12.- Daniel Sada (2000), “Cada piedra es un deseo”, revista **Letras Libres**, marzo de 2000, No. 15, México.
- 13.- Nery Córdova (2002), **Una vida en la vida sinaloense**, Ed. de autor, Cul., Sin.
- 14.- Arturo Lizárraga (1998), “Angel de los pobres”, **Revista de la Universidad Autónoma de Sinaloa**, No. 1, mayo-junio de 1998, Culiacán, Sin., México.
- 15.- Clifford Geertz (1997), **La interpretación de las culturas**, Ed. Gedisa, Barcelona.
- 16.- César Güemes (2001), “Jesús Malverde: de bandido generoso a santo laico”, **La jornada**, 10 de agosto de 2001, México.
- 17.- Erich Fromm, **Los manuscritos económico filosóficos de Marx**, Ed. FCE, México.
- 18.- Adam Schaff, **La alineación como fenómeno social**, Ed. Limusa, Madrid.
- 19.- Rossana Reguillo (2001), “Miedos, imaginarios, territorios, narrativas”, revista **Metapolítica**, Vol. 5, enero/marzo de 2001, México.
- 20.- José Manuel Valenzuela (2002), **Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México**, Ed. Plaza y Janés, México.
- 21.- Alberto Nájjar (2001), “Los narcos ganan las primeras batallas”, en suplemento **Masiosare, La jornada**, domingo 11 de marzo de 2001.
- 22.- Jean Paul Sartre (1969), Prefacio a **Los condenados de la tierra**, de Frantz Fanon, Ed. FCE, México.